

LAS
NEUROSIS

DE LOS

HOMBRES CÉLEBRES

EN LA

HISTORIA ARGENTINA

POR

JOSE MARIA RAMOS MEJIA

Ex-Presidente fundador del Circulo Médico Argentino

SEGUNDA PARTE

BUENOS AIRES

MARTIN BIEDMA, Editor

133—BELGRANO—139

1882

Dr. Dr. Mamei Peltar -
S.S.A.
Hauty
May 27/1812

LAS

NEUROSIS CÉLEBRES

SEGUNDA PARTE



LA MELANCOLIA DEL DICTADOR FRANCIA

EL ALCOHOLISMO DEL FRAILE ALDAÓ

EL HISTERISMO DE MONTEAGUDO

EL DELIRIO DE LAS PERSECUCIONES DEL ALMIRANTE BROWN

LAS PEQUEÑAS NEUROSIS



LA MELANCOLIA

DEL

DICTADOR FRANCIA



.

CAPITULO I

SUMARIO—Juicios sobre el dictador Francia emitidos por diversos autores Rengger y Longchamp, Moreau de Tours etc. etc.—Los padres de Francia—Su origen y antecedentes—La niñez—Primeros síntomas de locura—Incidentes íntimos—D. Martín Arámburu—En la Universidad de Córdoba—Influencia de la educación que recibió allí, sobre su enfermedad—Qué era la Universidad de Córdoba y cómo pudo influir de una manera tan poderosa—El Colegio de Monserrat—Opinión de Funes—Influencia de la educación en el desarrollo de los trastornos mentales—Como iba acentuándose su melancolía—Síntomas avanzados—Episodios de su vida de colegial—Contestura moral de los educandos de Loreto y Monserrat—Sus entretenimientos—Otros síntomas.

BIBLIOGRAFIA—**GUISLAIN**—*Lecciones orales &c.*—**RENGGER y LONGCHAMP**—*Historia de la Evolucion del Paraguay*—**ROBERTSON**—*Cartas sobre el Paraguay*—**TARDIEU**—*La Folie*—**GRATIOLET**—*De la Fisonomia*—**RAMON GIL NAVARRO**—*Veinte años en un calabozo ó la desgraciada historia de veinte argentinos envejecidos en los calabozos del Paraguay*—**VOGT**—*Lettres physiologiques*—**FOURNIER**—*(E.) Psychologie*—**TERAN y PEREIRA GAMBA**—*Compendio de Historia y Geografia del Paraguay*—**DAGRON**—*Des Alienés*—**W. C. ELLIS**—*Traité de l'alienation mentale*—**MÓLAS**—*Description histórica de la antigua provincia del Paraguay*.—**HOFMANN**—*Elements de medecine legale*—**DUMERSAY**—*Histoire phisique, economique, &c. &c. du Paraguay*—**MOREAU DE TOURS**—*Psychologie morbide*—**JACOUD**—*Patolojia interna*—*Apuntes de los S. S. Machain y Loizaga*—**ROBERTSON**—*Cartas sobre el reinado del Terror bajo la dictadura de Francia*—**FALRET**—*Maladies mentales*—**LEGRAND DU SAULLE**—*Traité de Medecine legale*—**LUYS**—*Tratado de las enfermedades mentales*—**FUNES**—*Ensayo de la Historia Civil del Paraguay*—**MITRE**—*Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*—**DU GRATY**—*La República del Paraguay*—**BARROS ARANA**—*Compendio de la Historia de América*—**F. PAGE**—*La Plata, the argentine confederation and Paraguay*—**ARCOS**—*La Plata*.

La generalidad de los autores que han escrito sobre la dictadura de Francia, hablan de las proverbiales singularidades de su carácter. Desde Rengger y Longchamp que hicieron un libro repu-

tadísimo, hasta las últimas biografías de los diccionarios europeos, todos están de acuerdo sobre este punto, para cuya confirmación basta, por otra parte, un conocimiento superficial de su vida. El mismo Moreau de Tours cuyo chispeante libro hemos citado tantas veces en el curso de este trabajo, consagra con la autoridad irrefutable de su palabra, esa afirmación de los alienistas *dilettantis*, digámoslo así: «Una enfermedad terrible, la locura, dice el autor citado, ha hecho muchas víctimas entre los suyos. A veces en medio de accesos repetidos de hipocondría, su razón parecía turbarse, y se había notado que el viento del norte siempre caliente y húmedo, cuya influencia es una causa activa de mal estar para las personas nerviosas, agriaba su carácter hasta el más alto grado.»

Francia, pues, por consagración universal, pertenecía, como dice Paul de Saint-Victor, hablando de Nerón, al alienismo histórico, una ciencia á crearse, y en cuyos cuadros figuraría la mayor parte de los malos Césares (1). No sé si me equivoco, pero creo que ninguno es más digno que él de que esta moderna tendencia de los estudios morales, que algún día formará una rama importante de la psicología positiva, le consagre su atención tratando de investigar cuáles fueron las secretas influencias que produjeron su enorme desequilibrio moral.

Francia ó França como él pretendía, buscando en la adulteración de su apellido una prueba de su

(1) Paul de Saint-Victor.

supuesto origen francés, era hijo de un brasilero que habia venido al Paraguay llamado por el gobernador Jaime Sanjust, cuando la corte de Madrid quiso hacer competencia á Portugal, introduciendo en su colonia la fabricacion del tabaco negro (1) Garcia França era un mameluco, paulista de origen oscuro y de conducta equívoca; mitad aventurero y vagabundo que sentó sus reales en la Asuncion con la esperanza fundadísima de levantar con el contrabando del tabaco una fortuna fácil. Allí contrajo matrimonio con una criolla de buena clase y de nombre muy conocido (2); de la cual, algunos años despues de nacer nuestro héroe (1757), se separó, regresando de nuevo al Brasil, á continuar su ágil y holgada vida de aventurero, ya que las pingües fortunas que habia soñado solo alcanzaron para comprar una casa en la ciudad y una chacra que fué mas tarde el refugio melancólico y el único patrimonio de su primojénito. Pocos años despues regresó de nuevo al Paraguay, en donde murió á una edad avanzada. Ni habia estado en Francia jamás, ni su tipo menudo y restringido, ni su color aceitunado y bilioso, revelaba que por sus venas corriera una sola gota de sangre francesa, segun en sus delirios de grandezas napoleónicas se lo imaginaba su hijo.

Cuando el niño se hizo hombre, lo tomó bajo su

(1) *Histoire Phisique, etc. etc. du Paraguay par A. Dumarsay.*

(2) Del documento que insertamos en el Apéndice resulta que la madre de Francia era de una de las principales familias del Paraguay. Pero segun informes de otra fuente que tengo, era una mujer vulgar y de origen completamente oscuro.

paternal proteccion un comerciante español llamado Martin Arámburu (1) y gracias á sus infinitas bondades y á las repetidas dádivas de que fué objeto por mucho tiempo, pudo ingresar á la Universidad de Córdoba á donde, segun sus propias palabras, lo empujaban á estudiar la carrera eclesiástica.

No conocemos los primeros años de su adolescencia que se pierden en la oscuridad de su origen mismo, y que probablemente se deslizaron en la inalterable quietud de su aldea; en la eterna y soñadora molicie de esos climas cálidos, que dan mayor sensibilidad á los sentidos, despiertan la fantasia con su exhuberante lujuria, y hacen jerminalar con precipitacion peligrosa la semilla que en las naturalezas predisuestas produce la enagenacion. No es estraño que ese niño vagabundo y desamparado por su propio padre, en la edad en que el cerebro se deja modelar dócilmente por las mil influencias que lo acechan, haya principiado entonces á sentir los primeros síntomas de su enfermedad; todos esos temores inciertos y oscuros que asaltan la imaginacion precipitándola en el tédio insoportable, en los vagos y tristes anhelos con que se inicia la pálida *madre de las sombras*. Lo único que recuerdan los contemporáneos y que la tradicion ha trasmitido con cierta repugnancia supersticiosa, es que aquel bruto, ya medio envenenado por sus propios vicios morales, tuvo á la edad de veinte años un fuerte altercado con su

(1) Datos suministrados por el Sr. Machain.

padre, en el cual reveló toda la fría y enorme ferocidad de su carácter símio y bestial. Tomáronse ambos en palabras, y cómo su padre le increpara acremente ciertos procederés poco limpios, Francia levantó su mano y lo abofeteó desapiadadamente; lo abofeteó sin que mediaran ímpetus y exaltaciones justificables; friamente impulsado por esa maligna obsesión que mueve la mano de un parricida.

En este incidente hay todavía algo más cruel para la especie humana. Muchos años después, moribundo el pobre viejo, lo mandó llamar con el deseo vehemente de reconciliarse. Desea salvar su alma,—le decían, tentando la única grieta por donde parecía entrar luz á aquella naturaleza proterva—ciertos escrúpulos implacables lo empujan á solicitar esta entrevista suprema. *Y á mí qué me importa de ese viejo; que se lleve el diablo su alma!*—fué toda su contestación. *The old man died almost raving and calling for his son José Gaspar* dice Robertson refiriendo este episodio que hace temblar la pluma. (1)

Cuando fué á Córdoba tendría veinticinco años próximamente, y no llevaba otro caudal de ilustración que el que había podido recojer en aquellos colegios cuyos maestros, según el juicioso autor del «ENSAYO DE LA HISTORIA CIVIL DEL PARAGUAY» difundían la corrupción de ideas que les era familiar. Enredado entre los lazos de Aristóteles y las trabas pegajosas de la escolástica colonial, en-

(1) Cartas sobre el Paraguay por J. P. y V. P. Robertson tomo II, pág. 297.

tre las cuales el alma grande de Maciel sufrió crueles angustias, según se ha dicho, terminó sus estudios y se graduó en la Facultad de teología. Solo conocía el derecho por los preceptos del Decálogo, la teología de Goti y la filosofía de Dupasquier; libros en voga entre las eruditas falanjes del Claustro Universitario, y en cuyas páginas escritas con ese estilo inflexible con que Berigard de Piza escribió su *Liber trium verborum*, habían causas suficientes para enloquecer al cerebro mas bien templado.

Si es cierto, como lo es, que la educación intelectual defectuosa, agregada á causas de otro orden mas poderoso, encierra jérmenes infinitos de perturbaciones mentales, la que recibió Francia en el Paraguay y particularmente en Córdoba, debió influir en el desarrollo ulterior de sus extraordinarias anomalías.

Cuatro años de Teología revelada deben ser para el espíritu, algo como la gravitación de un tumor semejante á una montaña, y si á esto se agrega la masticación casi diaria de las *Eneadas de Plotin* y del *Proslogium* hiperemiante de San Anselmo; si se agrega el estravío que causaría en aquellas pobres cabezas la idea de que terminado ese suplicio irían á *refrescar* la inteligencia adormecida por el estilo tenebroso de sus textos herméticos, en la deglución obligada de alguna rapsodia filosófica llena de congestiones cerebrales; se tendrá una idea vaga de lo que era en aquel tiempo y la influencia que podría tener aquella educación lóbrega y estéril como sus claustros. Eran larvas

de locuras incurables, algo como cuerpos extraños angulosos y ásperos que se echaban dentro del cráneo indefenso de estos pobres filósofos, y que les estaban pinchando, oprimiendo, irritando el cerebro, si cerebro les quedaba después de cuatro mortales años de abstinencias y flajelaciones intelectuales inicuas. La *gótica pagoda* de Monserrat que agobiaba el espíritu con el peso de su beca encarnada, era la que con éxito no menos maravilloso formaba las mas firmes columnas de aquel oscurantismo exótico, que el clima y la localidad misma con el horizonte sobre los ojos, hacía mas pesado. Porque Córdoba por su situación extraña, recibe *la luz* mas tarde que las otras ciudades colocadas sobre los valles y las altiplanicies.

Monserrat era un recurso, porque en sus rígidos encierros y en su disciplina presidaria, en la áspera misantropía de los maestros y en aquellas lecturas místicas verificadas por sus discípulos escuálidos y huraños en medio de un silencio profundo y desolado, fué donde pretendieron encontrar el *gran majisterio* que les permitiera hacer las transmuciones tan deseadas por una política que gobernaba con la sombra y el fuego, y educaba con el silicio y la penitencia. No había otro recurso: ó permanecer oscuro en la aldea dejando que la inteligencia se atrofiara en su inercia soñolienta; ó caer en las aguas de aquel lago turbio en donde circulaban revueltas las añejas ideas de Aristóteles con los bárbaros comentarios de los árabes (1)

(1) Juan M. Gutierrez. Vida del Dr. D. Juan B. Maciel.

Para aquellos venerables astrólogos de las letras, la lójica era el arte del sofisma, y la física convertida en el «estudio infructuoso de accidentes y cualidades ocultas, que nada tenían que ver con el conocimiento de los fenómenos naturales» mas bien que una ciencia exacta, era la continuación estéril de los ensueños inocentes de Arnaldo de Villanueva. La teología envuelta también en las redes de la escolástica «corria cenagosa, apartada de sus fuentes puras, por el campo de las sutilezas y de las disputas frívolas á que daba lugar el espíritu de facción, introducido en las escuelas monásticas que declinaban ya» (2). Después de todo esto y de haber torturado su inteligencia con la absorción lenta de la *Pars prima*, de la *Prima secundæ* y de la *Tertia pars* quedaban como sumidos en el estado intelectual deplorable en que quedan los Fueguinos embrutecidos por la repetición de sus orgias estomacales, esperando que la ansiada digestión levantara el peso que gravitaba sobre sus cráneos inermes.

Una vez terminados sus estudios, ó se envolvían en el ancho sayal continuando la vida áspera del monasterio ó salían al mundo, como Francia, inválidos del cerebro, cuando no palpitaba en su corazón el *empuje innovador* del Dean Funes, el temple de Baltazar Maciel ó la ambición saludable, el vigor de espíritu de los que lograron eliminar el veneno que se bebía allí hasta en el aire de sus claustros lóbregos y desamparados.

(2) Gutierrez, id id id id.

Tenía, pues, que ser necesariamente nociva esa vida de eterna masturbacion intelectual, aquel constante vagar del entendimiento oprimido por el grillete que lo amarraba al nebuloso sistema del Peripato ó al viejo pergamino apolillado y venerado en los éstasis excesivos en que caian aquellos *hermigios* coloniales; aquella densa tiniebla que envolvía las cabezas, y que nacida de adentro de los cráneos angustiados de Salamanca, fué, sin un relámpago de luz, difundíendose por toda la América, donde solo era permitido el comercio embrutecedor de los autores que segun la jerga peculiar de sus prosélitos, *simbolizaban con las verdades reveladas*.

El clero—decia el inolvidable Dr. Gutierrez—mantenia una red tendida por toda la superficie del mundo católico y sus hilos se estremecian á la aparicion de un talento precoz, apoderándose inmediatamente de él. Pero Francia, aunque tenía talento, era demasiado huraño y misántropo para que pudiera sostener con la augusta resignacion necesaria el peso de una tonsura muda y estéril como su alma. Asi es que huyó cuando pudo, del colejio de Monserrat, adonde habia ido desterrado, para ingresar á la Universidad á terminar sus estudios.

La vida sombría y monacal de Córdoba, su educacion primera y una indudable predisposicion nativa, habian ya desarrollado, aunque en tonos vagos, la oscura Melancolía que despues lo hizo célebre. El jóven teólogo vivia estraño á todo y á todos, sustraído por completo al contacto diario de

los compañeros y de los amigos cuyas francas y cordiales afecciones no necesitaba su corazón áspero y ya medio tÍbio. Un escaño casi perdido en la penumbra y en cuyo duro respaldo gravó su nombre, le servía de asiento ó mejor dicho de refugio, porque allí se ocultaba á las miradas curiosas de sus compañeros que principiaban á preocuparse y á sentirse impresionados por su carácter tan torvo y anguloso.

A medida que su concentracion melancólica aumentaba, iba perdiendo su rostro aquella vivacidad ingénuu que en la plenitud de la vida palpita en los rostros jóvenes, y su cuerpo espigado y flexible como un junco, esas posiciones francas y ámplias, signos habituales de un bienestar incommovible y de una confianza sincera y despreocupada. Iba gradualmente dibujándose en toda su persona la marcha paulatina que seguía la enfermedad. El hábito de estar en acecho habíale hecho adquirir á sus ojos la movilidad nerviosa y medio convulsiva, tan peculiar de los melancólicos y de los felinos, cuyas oscilaciones furtivas de cabeza, moviéndose siempre temerosa y desconfiada, le daban con ellos cierta sensible analogía.

Ademas de estos rasgos corporales que son, diré así, la firma visible que escribe en la frente la dolencia íntima, sus padecimientos habian adquirido ya en este tiempo ciertos signos característicos. Su estado habitual de sombría tristeza, de fría repulsion, mezclado á un sentimiento de disgusto por todas las cosas humanas, se acentuaba profundamente en los prolongados encierros á que

se condenaba él mismo en las celdas mal aereadas de Monserrat. La opresion incómoda que trae este malestar, la sensacion tan característica de un peso enorme que gravita sobre el pecho, solo se aliviaba y aun á veces desaparecia, en sus largos paseos por la ciudad. Y esto que tanto llamaba la atencion de la persona que con cierto supersticioso asombro me comunicaba el fenómeno, se esplica fácilmente recordando la curiosa observacion del autor de *La Fisionomia*: de que el tedio y el aburrimiento vienen con mayor facilidad en los lugares en donde el aire no se renueva, que en las montañas ó en las orillas del mar, alli donde circule profusamente y en grandes masas. De aqui la necesidad imperiosa de tomar aire, que sentia despues de algunos dias de reclusion mortal y de aburrimiento enfermiso, y que lo obligaban á estirar su largo pescuezo de espectro como dice Poe. El tedio, en un cerebro enfermo, es como alguien lo ha establecido ya, un principio de congestion pasiva y de asfixia y asi se concibe que todas las causas que puedan directa ó simpáticamente disminuir los movimientos respiratorios, un canto lento y monótono por ejemplo, lo soliciten irremisiblemente. (1)

Todas esas peculiaridades estrañas con que se dió á conocer entonces, y que son espresiones legítimas de una misantropía que puede y debe considerarse solo como el período prodrómico de su grave enfermedad posterior, le valieron de par-

(1) Gratiolet «La Fisionomia.»

te de sus compañeros el apodo apropiadísimo de el *gato negro*. Y debieron ser agudas las uñas de aquel teólogo felino, porque en una contienda de colegio, hirió gravemente á uno de sus discípulos, con un corta-plumas cuyo filo habia preparado de antemano, rumiando á cuenta, digámoslo así, la íntima satisfaccion que experimentarí al ver saltar la sangre de su inofensivo compañero.

Estos procedimientos ejecutivos eran usuales en aquel ya funestísimo hombre, educado como el fraile Aldao y otros neurópatas, bajo la férula teológica de la famosa Universidad y destinado como él por no sé qué singular coincidencia á vestir hábitos de mansedumbre.

Con motivo de una penitencia impuesta por uno de sus profesores, y que en su humor ágrío y destemplado consideró sumamente ofensiva, concibió una venganza cuya ejecucion meditada y saboreada con perfidia bizantina, refleja de una manera perfecta toda la doblez de su carácter atrabiliario y peligrosísimo. Para el mejor éxito de la empresa empezó por simular un noble olvido, un sincero y cariñoso apego al profesor cuya confianza ganó de un modo admirablemente ruin y calculado; y despues de examinar, comentar y madurar durante dos largos años todos sus planes, eligió aquel que le pareció mas seguro. El dormitorio del profesor estaba debajo del suyo, y como habia estudiado con la minuciosidad que requería el caso la ubicacion de la cama y de todos los muebles de la víctima, fijó en el piso de su cuarto el punto preciso que correspondía á la cabecera. En los ratos

en que el pobre clérigo salía á sus ocupaciones habituales, Francia trabajaba pacientemente, sacando ladrillo por ladrillo hasta que el agujero le permitiera ámpliamente la introduccion de la mano. Hecho esto, se procuró un fusil, probó su exactitud haciendo tiros en una supuesta caceria, y una noche que supuso al catedrático sumido en las beatitudes voluptuosas de su profundo sueño, metió el arma por el agujero y la descargó con rábia sobre su cráneo. El golpe, sin embargo, apesar de tanta precaucion se habia frustrado. Para felicidad suya la inocente víctima no se encontraba en la cama. Esta circunstancia produjo en Francia el primer acceso de esa amarga odiosidad que toda su vida profesó á los clérigos.

¿No se vé en estas minuciosidades pavorosas, toda la aridez melancólica y tranquilamente bravía de su alma?

Otro episodio del mismo género: Un compañero de cuarto vió sobre la cama de Francia tres ó cuatro duraznos, y se los comió dejando los carozos sobre su mesa de noche. Cuando aquel entró guardólos sin decir una palabra y todo pasó sin mas ruido. Pasaron los dias, las semanas y pasaron tambien los meses, cuando en una tarde al cerrar la puerta de la letrina, sintió el muchacho, que de afuera se la empujaban violentamente y que se presentaba Francia *egaré*, con una pistola en la mano!—Cómete estos tres carozos ó te mato aquí mismo—y le presentaba tres carozos punteagudos y llenos de escabrosidades. El pobre colegial trepida. Francia levanta el arma

á la altura de la cara y cierra un ojo apuntando. La víctima estira la mano resignada porque el *gato negro* es insensible á las súplicas, y aquellos ojos magnéticos producian vértigos, mil terrores supersticiosos, y se echa el carozo á la boca. . . . lo detiene en el borde de las fauces, lo pasea sobre la lengua haciendo tiempo y valor, lo pega contra el carrillo, lo vuelve asomar á las fauces sin atreverse á tragarlo. . . . — ¡Trágalo! le dice Francia y como empujado por la palabra misma, el carozo se desliza por la garganta escribiendo en aquella pobre fisonomía todos los dolores y las opresiones indescriptibles que causa su bárbara peregrinacion hasta el estómago.

—Este otro.

—Pero. ahulla el infeliz echando fuera de sus órbitas unos ojos de sonámbulo estraviado, y se lo traga tambien, no sin que *el gato* le revisara la boca para cerciorarse que realmente se los habia comido.

.

La mayor parte de estos individuos formados en los cláustros de la célebre Universidad, se resienten visiblemente de su educacion viciosa, y hasta podria decirse deletérea. Su influjo ha sido un famosísimo incubador de todos los vicios incurables que constituyen el fondo túrbio en estas naturalezas anómalas y mal dispuestas desde la cuna como Francia y sus conyéneres. Muchos de ellos llevan en su carácter, cuando menos, la doblez de los procedimientos jesuiticos, la desolada frialdad de sus cálculos, la mansa y falaz hipocresia de

sus maneras; un corazón lleno de las circunvoluciones y de las encrucijadas oscuras de sus claustros; y hasta la pesadez ciclópea de sus muros, se refleja viva y elocuente en el estilo de muchas de esas pomposas reputaciones literarias, que nos ha legado la colonia. Cada uno experimentó esta influencia á su manera y con arreglo á las condiciones y tendencias virtuales que sus respectivos organismos trajeron al nacer, y que ella desarrolló con la exuberancia que la época le permitía. Y al ver las grietas que han conservado toda su vida ciertos caracteres, parece que hubiera elegido con maléfica complacencia á aquellos cerebros llenos de mayor plasticidad, para adormecer en unos y atrofiar en otros, todas las tendencias bondadosas, favoreciendo el desarrollo de las máculas incurables y orgánicas que dieron por resultado esas naturalezas equívocas que harto conocemos.

Estúdiense sus mas célebres discípulos, y se verá con qué viveza reflejan muchos de ellos, aun en los actos mas pueriles de la vida, la influencia decisiva de aquella educación singularísima. El arte silencioso y paciente con que el Dr. Tagle urdía y llevaba á cabo la intriga mas atrevida, su jesto fijo é inalterable como sus ideas, impassible como su corazón y como sus escrúpulos (1) mostraban la firmeza con que habia influido, fomentando ese sombrío y taciturno disimulo que tenia Francia en tan alto grado. El tartufismo medio soñoliento y sibarítico de Bustos; la astucia felina

(1) Vicente F. Lopez. Historia de la Revolución Argentina.

de Ibarra; las tendencias mefistofélicas y el espíritu opaco y frío de Velez-Sarsfield ¿no eran acaso su expresión más elocuente?

Si no fuera científicamente cierto el influjo peligroso de este género de educación, sería casualidad singular, que la mayor parte de los hombres formados en las aulas inolvidables de Monserrat y de Loreto, hubieran sacado una contestura moral equívoca, cuyas anomalías eran tan acentuadas, que se abrían paso al travez de ciertas calidades lapidarias y de los escasos haces de luz que los salvaron de un olvido infalible, utilizando oportunamente el carácter y la inteligencia de muchos de ellos.

El mismo Funes á pesar de su notoria reputación y de sus inclinaciones liberales, era un hijo rollizo del colegio de Monserrat, cuyo sistema de severísima disciplina llevada hasta sus últimos y más brutales extremos, produce el decaimiento moral que traba, cuando no impide, el desarrollo de los sentimientos afectivos sobre los cuales se apoyan los instintos más generosos. Parecía un hombre de carácter débil «para afrontar responsabilidades directas y para mantenerse en sí mismo frente á las exigencias del poder ó de los hombres influyentes del partido dominante: sus maneras eran tan obsequiosas que á veces *comprometían lo que se debe á la propia dignidad*; pues parecía casi siempre predispuesto á pedir permiso para tener ó expresar un parecer, *sobre todo si había conflicto ó choque de pasiones y de intereses políticos*. Por esto se le tachaba de te-

ner un carácter doble y de ser inclinado á la hipocresía y al servilismo » (1). Lafinur, otro de los educandos célebres de la Universidad, tenia todas las rarezas y extravagancias, cuyas afinidades nada equívocas con la enagenacion mental, daban á su carácter cierto tinte profundo de hipocondría; y por lo que toca á Monteagudo (2) ese histérico megalómano lleno de sombrías petulancias y de vicios enormes de organizacion moral, fermentados al calor del claustro, él como pocos comprueba la verdad de este aserto.

Insisto sobre este factor que constituye, como dice Parrot, una fuente etiológica deplorablemente fecunda, porque en este caso lo creo de particular importancia; pues si bien la educacion moral é intelectual que *ayuda* á formar el carácter, no cambia el sello típico que constituye la propia é inalterable idiosincrasia del sujeto, en cambio cuando actúa sobre un organismo limpio de predisposiciones, puede preservarlo de los desvios anormales resultantes de las aberraciones de su sensibilidad elemental. Cuando hay vicios ingénitos, los fomenta y ayuda mucho á su desarrollo. Es un riego fecundo que empuja fuera de la tierra morosa, esa vegetacion abundante que despues se hace lasciva y trepadora. El interés, la cultura muy trabajada del corazon ú otra causa cualquiera podran talvez modificar (pero modificar simple-

(1) Vicente F. Lopez—Historia de la Revolucion Argentina.

(2) El Dr. Gutierrez en sus *Apuntes Biográficos de escritores y oradores etc.*, dice que el célebre Auditor de Guerra hizo sus estudios en Córdoba pasando despues á Chuquisaca á completarlos.

mente), las manifestaciones del carácter, pero su tipo fundamental no se pierde jamás al travez de las mas grandes vicisitudes de la vida: *génio y figura hasta la sepultura*, es un adagio vulgar, pero profundamente cierto y filosófico.

Una educacion viciosa como se daba en aquel tiempo en Córdoba, con todos los peligros que surgen de la lucha del carácter contra las imposiciones de sistemas atrabiliarios, que oponian á la movilidad natural de la inteligencia una coercion antipática, era propia para enardecer la irritabilidad enfermiza nativa, mas que para sugetarla dentro de sus límites saludables. Su régimen interno, la disciplina conventual y depresiva de sus colegios (1); su manera de enseñar, sus libros, sus maestros y hasta el régimen y los hábitos mismos de aquella ciudad mas colonial y retardataria que ninguna, echaban al espíritu en esas propensiones hipocondriacas que desvian los sentimientos y que dan á la inteligencia una direccion errónea.

Es necesario leer la descripción aterrante, aunque poco vivaz, que nos ha hecho el Dean Funes, del sistema seguido en el famoso Colegio de Monserrat y en la Universidad, para comprender cuan grande debió ser su influencia sobre el físico mismo, no ya sobre el espíritu que tenia tósigo suficiente con las lecturas reglamentarias. La comida, las flagelaciones mortíferas á que sugetaban sus cuerpos enjutos por la abstinencia, el inmenso trabajo mental improductivo, y una vida sedentá-

(1) Véase en el *Ensayo* de Funes el régimen del Colegio de Monserrat. Era bárbaro.

ria y soñolienta á fuerza de ser debilitante, perturbaba profundamente aquellas pobres cabezas que esterilizaron sus fuerzas y empobrecieron una sangre destinada á vivificar sus elementos nerviosos. Porque fué precisamente por ahí, por la sangre, por el aparato circulatorio, que la célebre *pagoda* llevó al espíritu una parte de su influjo complementado despues por otros medios eficacísimos. Por la sangre que hace vivir á la célula nerviosa; que es la que domina y reglamenta las diversas formas de su actividad; y no hay sangre ni organismo por bien templado que se halle, que resista un par de años á las torturas físicas y morales á que vivían sujetos los que como Francia ingresaban allí á estudiar para clérigos.

Me imagino la impresion desagradable que producirían aquellos claustros, en donde desfilaban á la media luz de un crepúsculo artificial, todas esas sombras humanas, entregadas á sus meditaciones escesivas, transidas por la anémia, pálidas, secas y como identificadas con el pergamino de sus infólios; con la sangre hecha agua, la esclerótica azulada y el cerebro jimiendo bajo el peso de su mendicidad circulatoria.

Cuando el torrente sanguíneo ha sido lanzado en los haces nerviosos con una impetuosidad insólita,—dice Luys—ó cuando se establece de una manera persistente bajo la forma de irrigacion continúa, el movimiento vital se desarrolla en la célula, que poco á poco se eleva á una faz de eretismo incoersible; entonces este mismo movimiento fluxionario, segun que se localice en tal ó cual de-

partamento cortical, ó que se circunscriba á tal o cual grupo de células aisladas, determina, aquí fenómenos de emotividad incesante, allí asociaciones de ideas, escitacion de la memoria y de la imaginacion, mas allá exaltacion de las fuerzas motoras, turbulencia, locuacidad incoersible; fenómenos variados y movibles que á pesar de su diversidad entran en accion bajo el influjo de una causa única: la aceleracion de las corrientes sanguíneas en los haces de las células nerviosas (1). Asi se esplica probablemente la turbulenta iniciativa de Ramirez; la movilidad incansable y el espíritu travieso de Dorrego; los arranques petulantes de Alvear y el brío fosforescente y movible de aquellos *chisperos* inolvidables que capitaneaba Beruti en los arcos de la Recoba. Porque bajo la influencia de una alimentacion sana y abundante, de un aire puro y convenientemente oxigenado y de una existencia libre, fácil y estimulante, la sangre enriquecida y saludable corria sin obstáculo irritando la célula y produciendo en cada uno las manifestaciones siempre bulliciosas de su idiosincracia moral.

Cuando al contrario, la circulacion se hace lánguida y la sangre se empobrece bajo el influjo de un ascetismo inconveniente, de una alimentacion precaria ó del recargo indigesto de la inteligencia verificado en la melancólica soledad de un claústro oscuro y asediado por las mil preocupaciones de una sociedad sin horizontes; fenómenos

(1) Luys—Traité des Maladies mentales.

inversos se manifiestan, es la vida —agrega Luys— que retrocede de todas partes degradando la actividad nerviosa, que cae debilitada mas á bajo de la *media* fisiológica. Son los fenómenos de depresion, de lipemanía y de laxitud que aparecen y que se presentan bajo el aspecto de diversas y variadas modalidades, segun que el proceso anémico se haga sentir en tal ó cual parte del sistema y segun que un número mas ó menos considerable de células hayan caido en la faz de torpeza incurable. (1)

Asi tambien podría esplicarse el lánguido y embrutecedor abandono de Bustos «ejemplo irreconciliable con la marcha progresiva del país» especie de topo cretinizado por el Colegio de Monserrat y sin mas calidad intelectual que la astucia agudísima del lobo; asi la misantropía huraña de Lafinur; la morosidad sensitiva del Dr. Tagle, su fisonomía nebulosa y fria, aquel color lipemaniaco tan desagradable y las aptitudes medio linfáticas de su cuerpo pequeño y bilioso; asi por fin, la dura oscuridad del espíritu de Francia, sus angustias y precipicios donde no brilló jamás el mas pálido destello de un sentimiento humano. Nada hay que produzca mas decrepitud nutritiva, que haga mas lenta la irrigacion sanguínea del encéfalo y aun del resto del organismo, que esa vida sedentaria y pasiva del cláustro, donde todo es pálido y languideciente, lento, inmóvil, desprovisto de esos húmedos resplandores de la vida

(1) Luys. Obra citada.

que brillantan la pupila y coloran la carne de los jóvenes con sus transparencias celestes.

Pongamos en condiciones semejantes á un organismo dispuesto al raquitismo mental por vicios hereditarios, y pronto veremos con que maligna lozanía se desarrolla; tal cual sucedió en Francia sobre quien se hicieron sentir de una manera funesta y decisiva.

Con lo espuesto, tenemos pues un elemento poderoso para el diagnóstico de su neurósis; elemento que si bien no lo creo *único*, influyó sin embargo como se ha visto de una manera poderosa.

Hay algo mas que es necesario apuntar. El joven teólogo á pesar de su concentracion bravía, amaba las mujeres tanto cuanto odiaba á los hombres. Las calles apartadas de la ciudad fueron mas de una vez testigos mudos de escenas ruidosas en las cuales salió siempre apaleado por algun galan de baja estofa. Su mala suerte y sus inclinaciones naturales lo habian obligado á rozarse con gente de la clase ínfima, porque era donde encontraba mas fácilmente satisfaccion plena de sus pasiones de sátiro hidrópico, y porque siempre que solicitaba los favores de alguna dama de posicion mas alta que la suya, recibia en contestacion un desaire, le daban con la puerta en las narices, ó le acomodaban por la mano anónima de los sirvientes, una paliza llena de cruentos recuerdos.

Uno de los protagonistas en estos dramas amorosos que derramaban tanta amargura en su alma, pagó sus agresiones, *diez años despues*, jimiendo

en una de las mazmorras de la Asuncion, en donde fué enterrado por Francia, cuyas espaldas conservaban vivaz todavia todo el escozor, humillante de la ofensa.

Otro vivió cautivo en un sótano, hambriento y martirizado como solo él sabia hacerlo, durante diez y ocho años al fin de los cuales fué enviado al patíbulo, á donde tuvo que arrastrarse materialmente, porque las piernas entumecidas por la inaccion del presidio lo habian paralizado. Pero éste tenia cuentas muy largas que arreglar con él. No solo habia rechazado con indignacion ciertas pretensiones matrimoniales ambiciosas de Francia, sino que al rechazarlas le habia llamado *mulato!* Y el *mulato* estuvo durante nueve años sonando en su oido con la intensa continuidad de una alucinacion orgánica hasta que llegó el momento de *yugularla* secando los lábios venerables que la habian pronunciado, Él no vengaba ninguna injuria inmediatamente, porque era cobarde, pero su recuerdo le acariciaba la memoria con cierta fruicion diabólica, manteniéndosela vivaz hasta el dia de la venganza.

He dicho que *amaba* á las mugeres, y he dicho mal, como se comprenderá fácilmente. Solo buscaba la hembra cualquiera que fuese su clase y su color; la carne abundante y de fácil adquisicion como medio de satisfacer pronto las exigencias apremiantes de sus instintos puramente bestiales. La médula con su automatismo irreflexivo y prepotente, absorbia al corazon demasiado frio para ser fecundo y sensible.

Las reuniones de la clase baja en donde los

niños decentes gozan del prestigio de su clase y de ciertas prerrogativas inalienables, lo seducían y por esto eran el teatro diario de sus hazañas, el refugio supremo en donde iba á consolar su amor propio intimamente herido por las repulsas de las clases aristocráticas. Y aun allí mismo, para colmo de sus desdichas no privaba como correspondía á su *alcurnia* y á su ambicion hinchada y petulante. Sea que su generosidad fuera un poco equívoca, su tipo demásiado repugnante ó que su fama de poco escrupuloso hubiera llegado hasta ellos, lo cierto es que no siempre sus tentativas eran coronadas de un éxito feliz. Sin embargo él se mantuvo rodando entre esa gente hasta que una aventura en que como de costumbre salió machucado, le obligó á huir para siempre de todo contacto humano envolviéndose definitivamente en las sombras de su propio espíritu.

Se comprende que esta repulsion instintiva que inspiraba á todos, hiriera profundamente su inconmensurable orgullo haciéndolo mas retraido aun y dando pábulo á sus propensiones melancólicas.

Cuando ya la ciudad mística comenzó á ahogarlo con su fastidiosa monotonía y el vacío se hizo á su derredor pensó en su viage como en un remedio á sus dolorosas ansiedades. Se habia apoderado de él esa suprema inquietud que sucede á los grandes dolores y que nos impulsa á movernos de un lado á otro. El valle pequeño y profundo lo echaba en la angustia constrictiva que oprime el pecho como si gravitara sobre él una montaña.

Asi fué que sin despedirse de nadie, marchóse un dia á su tierra sin mas penates que una capa, una *Historia Universal* y la dispepsia con que anunciaba su entrada la *gota* punzante que tanto acrecentó despues su neurosis.

CAPITULO II

SUMARIO—Llegada de Francia al Paraguay—Nuevos síntomas—Ataques de hipocondria—El Dr. Gauna—Retrato de Francia—Sus trajes—Sus hábitos—La organizacion interna de su casa—Acentuación de su enfermedad—Accesos de furor—Sus sobrinos y su hermana—La dispepsia—Efectos de la dispepsia sobre su espíritu—Síntomas neuropáticos de los dispepticos—Delirio de las persecuciones—Desfallecimiento de sus facultades—La *Cámara de la Verdad*—Sus sueños mórbidos—Efectos de ellos—Su constipacion habitual—La melancolía termina su evolucion—Derrame seroso—Decrepitud—Muerte de Francia—Estigarribia—Sultan.

Cuando Francia regresó al Paraguay, tendria de treinta y cinco á cuarenta años proximamente, y una reputacion de probidad intachable, para los que no conocian los detalles de su vida universitaria. Era, decian, el defensor más celoso de la justicia, el protector del débil, el padrino de todos los pobres contra las rapiñas de los ricos y en el desempeño de sus modestas funciones de cabildante y mas tarde de Alcalde, mostróse de un carácter independiente, firme é inexorable en defensa de su país, y contra las pretensiones ambiciosas de la metrópoli (1).

Así era efectivamente: un esfuerzo poderoso de voluntad y el cambio siempre benéfico de clima,

(1) Rengger y Longchamp—Revolucion del Paraguay.

habian contenido en los limites de su hogar doméstico los accesos hasta entonces poco ruidosos de su enfermedad. Un disimulo jesuitico consumado con la supina habilidad con que ciertos alienados ocultan sus impulsiones inequívocas, le habian dado temporalmente el gobierno interno, logrando restablecer el órden en sus facultades cerebrales anarquizadas por sus propios vicios.

Pero mas adelante la marea comenzó de nuevo sus ascension laboriosa; *la tolerancia* hizo ineficaz la accion del cambio de lugar y entonces bajo el influjo de causas pueriles y por lo general ignoradas en estos casos, volvió á desquiciarse su cabeza arrojando al espíritu en las convulsiones de la enfermedad.

Al principio, ciertas extravagancias estrañas que embargaban su inteligencia inspirándole determinaciones insólitas y envolviéndolo en las laxitudes femeniles que aniquilan á los hipocondriacos, hicieron entrever á ciertas personas sus dolores secretos; pero luego la intervencion necesaria del médico y de algunos amigos curiosos é indiscretos acabaron de divulgarlos en toda la ciudad. El *histérico*, como le llamaba el vulgo á sus males, comenzaba á golpear con mas frecuencia en su cráneo suscitando presentimientos penosísimos de una muerte próxima; las ideas de suicidio, los terrores inciertos que le mordian el corazon y lo arrojaban en esa fantasmagoría interna y convulsiva que fatiga el espíritu de los alucinados con las luces siniestras y variadísimas de su caleidoscópio. Se sentia morir y llamaba á gritos á un médico es-

pañol D. Juan Lorenzo Gauna (1) por cuya ciencia tenia entonces un profundo respeto, para que le quitara de encima decia—el peso de aquella angustia que le arrebatava el sueño y le desfiguraba el rostro de una manera repugnante.

El Dr. Gauna que sin duda era un taumaturgo que allanaba fácilmente las dificultades de cualquier tratamiento, tenia una teologia peculiar para el pronóstico de estos *histéricos* que segun él dependian de influencias astrológicas mas que de causas morales incurables. Un poco de agua en las *sienes* y la estimulacion del olfato por medio de sustancias aromáticas bastaban para *yugular* el acceso que por otra parte tenia su ciclo conocido y terminaba cuando debia. El Dr. Zavala que tambien acompañaba á Francia en estos trances amargos hacia jugar sus recursos apostólicos concretándose á proclamarlo, tratando de convencer al doliente que morjiria cuando Dios quisiera y no cuando él pensaba; que orara con fervor ¡que hiciera *ejercicios!* y que saliera del país, como si al dar este consejo sincero prescintiera cual iba á ser el porvenir de aquel *histérico* que evolucionaba con tanta manse dumbre y en cuyas manos no se descubrian todavia una sola pinta de sangre.

Para que nada faltara en el cuadro abundante de los síntomas, tenia Francia un tipo marcadísimo de melancólico.

Era de estatura mediana; mas bien bajo, que alto; delgado y bien conformado aunque con una espalda

(1) Apuntes suministrados por el Sr. Machain.

ligeramente jibosa y prolongada; circunstancia que haciendo mas grande el volúmen de su cuerpo establecia cierto contraste ridículo con sus piernas enjutas y deplorablemente delgadas. Un pié árabe como el de Monteagudo; el pié delicado de la gente de buen origen, completaba el conjunto de los miembros abdominales. Tenia una cabeza vulgar, en realidad, pero asi mismo reveladora porque se espan-dia atrevidamente hácia atrás dando á la dolicocefalia occipital la acentuacion marcadísima de las razas de mediano nivel moral. La frente era alta aunque corta y ligeramente oprimida; con las emi-nencias frontales sumamente pronunciadas y con un surco vertical profundo que la dividia, como si debajo de la piel estuviera todavia palpitante la sutura metópica. Era una frente muda y estéril porque, en verdad, es rara y confusa una frente con mil surcos y protuberancias vacias que esca-pan á la mas atrevida y paciente interpretacion frenológica.

Su piel era cobriza, oscura y llena de bilis; y en sus ojos ocultos tras un párpado plegado y laxo estaba como reconcentrada toda la vivacidad felina de su fisonomía llena de una perspicacia traidora y pavorosa. Cuando algun pensamiento siniestro le hincaba el cerebro, los ojos se clava-ban oblicuamente, y las cejas se hinchaban en-crespadas con altanería echando sobre ellos una sombra intensa y recojiendo la frente que se ple-gaba en surcos hondos y oscuros como si toda la vida se concentrára sobre ella en ese supremo momento. Se movian pausada y trabajosamente

como gobernados de adentro por un sentimiento profundo de desconfianza, y la mirada curiosa y centelleante iluminada por una intencion agresiva y sagaz, se fijaba con sumo imperio en el rostro de sus interlocutores que debian mirarle de frente y sin pestañear siquiera. Una nariz delgada y filosa como la hoja de un cuchillo, larga aguda y bolada, digámoslo así, con esos dos tubérculos de la base que, segun el patriarca de la inocente *Fisionomia*, son señales evidentes de firmeza y contumásia. Todas las carnes de la cara arrastradas por un movimiento pasivo parecian abandonadas á su propio peso; y los carrillos pendientes secos y medio momificados, tiraban hácia abajo el párpado, dejando hácia arriba la pupila medio velada y confusa. La boca era, como ningun rasgo, el mas elocuente, el mas típico de su nacionalidad; porque los paraguayos, sobre todo los que nacen cruzados por sangre guaraníca, tienen este aparato peculiarísimo y sumamente característico. Era una boca ancha, de lábios delgados y verticales casi, movibles medios laxos y juguetones: el lábio inferior entrante, ligeramente invertido hácia afuera y cubierto por el superior, que tenia hácia la comisura derecha, un lijero encojimiento despreciativo. Era la boca de los desdentados con ese visible ortognatismo de los viejos, á quienes la falta de los dientes la empuja hácia adentro. Hobbain ha pintado en la cara del Judas que inmortalizó su pincel, ciertos rasgos que aunque parecen exclusivos del avaro bestial, corresponden sin embargo, á todas estas naturalezas malignas y hondamente degeneradas.

Su palabra era lenta, oscura y embarazada: le gustaba como al viejo Tiberio emplear ciertos arcaísmos favoritos y espresiones poco usuales; y cuando hablaba, acompañaba su palabra con aquellas gesticulaciones pesadas y desagradables con que el hermano de Drusus parecia estimular su pensamiento perezoso.

Aquellos pómulos prominentes y agudos, aquella piel enjuta y deslustrada, aquellas manos heladas y convulsas, con sus dedos largos y su pulpa achatada como los de los tuberculosos, complementaban de una manera acabada y admirable la *facies* típica y elocuente del melancólico hereditario.

Habitualmente vestia un pantalon ajustado color almendra y unas polainas de casimir muy altas y elegantes; frac azul oscuro con dos galones en la boca manga, grandes botones amarillos y dos estrellas en cada faldon; chaleco blanco y un corbata de dimensiones considerables.

Este era el traje que usaba en los primeros años de su dictadura, pues muy pronto y bajo el influjo de causas conocidas, cambió no solo de manera de vestir sino tambien de hábitos, transformándose totalmente en un hombre sóbrio y de costumbres templadísimas. La desconfianza lo apuraba y era menester huir el contacto peligroso de las mugeres que habian constituido antes el deleite supremo de su vida. Además, ese ardor inmoderado que hacia insaciable sus apetitos genésicos, no fué sino un pródromo que terminó con la aparicion franca de la enfermedad que anunciaba.

Jamas le sorprendian en la cama los primeros

rayos de sol, y al levantarse se hacia traer con un negrito esclavo, una estufilla, una olla y una pava con agua para cebarse con sus propias manos el mate interminable con que se desayunaba. Entonces tenian lugar aquellos largos paseos en el peristilo interior de su palacio, fumando un cigarro, que tambien armaba él mismo y que hacia encender con el negro, urgido por esa desconfianza enfermiza que iba por horas invadiendo su espíritu, que le imponia la frugalidad estremada de su comida, y que lo obligaba á verificar la eleccion de lo que habian de cocinarle.

Cuando regresaba del mercado la mujer que le servia de cocinera, de ama de llaves y aun de confidente íntima, dejaba la canasta á la puerta de su gabinete y solo despues de haber hecho un minucioso exámen de todo su contenido, separaba aquello que mas apetecia y mandaba arrojar á su perro y á los cuervos el resto. Hecho todo esto, entraba el barbero: un mulato ébrio consuetudinario, súcio y de costumbres crapulosas, que despues ascendió á espía de confianza. Si el dictador estaba de buen humor; lo que era raro, conversaba largamente, valiéndose de él para averiguar lo que hacian y pensaban ciertos personajes que al principio de su gobierno le despertaban amargas sospechas. En seguida recibia á los oficiales y al resto de sus empleados, que venian á pedirle órdenes con una humildad y con un servilismo asiáticos; revisaba los papeles que le traia el *fiel de fecho*, sesteaba y leia hasta la hora de montar á caballo. En aquella época eran todavia frecuentes,

sus paseos, rodeado de escoltas, precedido de numerosos batidores y armado de un largo sable y de un par de pistolas de bolsillo.

Su templanza era notoria y la castidad bravía en que entraba por razones fácilmente esplicables, levantaron su buen nombre á una gran altura. Pero lo que el pueblo atribuía á un esfuerzo potente de voluntad, no era sinó la espresion genuina de su enfermedad misma. Cuando estos *genesiacos* por impulsos patológicos, llegan á este término doloroso en el cual ciertas partes de la esfera emotiva del sensorium, como dice Luys, quedan como privadas del pábulo de la vida, el elemento nervioso que producía ántes esas exaltaciones ruidosas, comienza á anesthesiarse, sobreviniendo la fria indiferencia que los hace insensibles al estímulo del medio habitual. Concluyen para ellos todas las curiosidades ingénuas del corazon, como tambien todas estas delicadezas de órden moral, que ántes estimulaban el cerebro procurándoles emociones incesantemente renovadas. A medida que la enfermedad avanza, la esfera de esas emociones se va restringiendo hasta que, como dice un eminente alienista, quedan condenados á vivir tan solo por una porcion limitada del sentimiento que aun resiste á la torpeza general.

Esto era lo que sucedia en Francia.

Hasta allí su ascetismo melancólico revestía tan solo el carácter inofensivo de una simple hipocondría; tenia accesos repetidos de un spleen convulsivo y amargo, en que sin duda y como suele suceder en estos casos, oiria las mil voces des-

templadas que lanzan injurias y amenazan con la muerte; ó bien los ruidos confusos de campanas lejanas, de tambores y silbidos agudos; la vision de espectros de figuras cadauéricas, de bóvedas subterráneas, de cráteres que se abren á sus piés y que tan dolorosamente crisan los nervios de los melancólicos (1). Pero estos accesos, aunque transitoriamente, cesaban bien pronto, dejando largos intervalos de salud casi completa, durante los cuales se entregaba á sus habituales ocupaciones: daba audiencia á todo el que queria verlo, paseaba diariamente visitando los cuarteles, las obras públicas, las guardias lejanas y lo que es mas aun, se permitia con algunos camaradas de escuela indigentes, ciertos impulsos de rara generosidad; especie de estremecimientos *humanos* que todavia se abrian paso á traves de ese escepticismo frio y sarcástico que lo suspendia oscilando entre Tiberio y Calígula. Fué por esta época que habiendo sabido que el hijo de una honorable casa cordobesa, en donde habia sido tratado con suma benevolencia, se encontraba en la Asuncion, desamparado y pobrísimo, lo hizo llamar para obsequiarlo y nombrarlo Secretario suyo (2).

Esos escasísimos instantes lúcidos, cesaron á su vez para siempre y dejaron en su lugar la amarga acritud, las angustias súbitas y violentas que inspiraban sus frecuentes atentados; la incurable y profunda exaltación melancólica que hace

(1) Griésinger—*Maladies mentales*.

(2) Rengger y Longchamp, *Revolucion del Paraguay*.

odiosa y despreciable la existencia y que arroja al carácter en las facinaciones ineludibles de la muerte voluntaria, del incendio y del homicidio cruel y friamente calculado, como vamos á verlo. Porque esta percepcion penosa del mundo exterior que arrastra necesariamente á la soledad y que es al principio pasiva é inocente, se hace mas tarde activa y peligrosa y obliga al paciente á destruir, á matar con una impasibilidad glacial. (1)

Asi fué que poco tiempo despues no reçonoció mas amigos ni parientes, reconcentrando en sus odios, esclusivamente, las pocas fuerzas que tenia, distraidas, diremos asi, en uno que otro débil sentimiento bondadoso, amamantado mas que por naturales impulsos por mera especulacion talvez. Despues de haber abofeteado á su padre, nada le quedaba que hacer para revelar su naturaleza melancólica, sinó era complementar la sintomatología negándose á reconciliarse con él en circunstancia, que el pobre mameluco moria indigente y abandonado llamando á su hijo para perdonarlo (2).

Tenia á su lado á un sobrino, que aunque ligado á él por vinculos de sangre, era un jóven lleno de buenas cualidades y que en uno de sus buenos momentos lo habia hecho, no recuerdo si su amanuense ó su ayuda de cámara; sobrevino una de tantas *crisis negras* y por razones fútiles lo mandó fusilar en la plaza pública y en su presencia, como acostumbraba á verificar mas tarde las ejecucio-

(1) Krafft—Eving. Obra citada.

(2) Datos suministrados por el Sr. Machain.

nes. Una hermana suya, muger medio atrabiliaria é histérica que habia recibido como él el gérmen de una enfermedad mental que despues hizo explosion, que era la única persona por quien habia mostrado algun apego durable y que vivia en su quinta, fué tambien abandonada, espulsada de su lado de una manera ruidosa é infamante. A otros dos sobrinos los cargó de cadenas y fueron sumidos por tiempo indeterminado en las cárceles de estado. Todo esto paulatinamente, á medida que aquella sávia prodijiosa que dá á la Melancolia la abundante variabilidad de sus cuadros oscuros iba ascendiendo con su precipitacion habitual.

Bajo el punto de vista fisico, no era solo la coloracion amarillenta difusa de su rostro, la sombría inquietud de la mirada, sinó tambien las habituales calenturas de cabeza, el enfriamiento intensísimo de las estremidades inferiores, la perezosa lentitud de su circulacion y esta susceptibilidad estremada de la sensibilidad que al menor contacto producía una sobrecitacion extraordinaria.

El apetito como el de todos los melancólicos se conservaba bien; pero comia poco y hasta se privaba de ciertas cosas para no esponerse á los supuestos envenenamientos que lo perseguian. Poco ó mucho que comiera, siempre se ponía despues, mas sombrío que nunca. La *dispepsia* que hace tan sumamente laboriosa la digestion, daba pábulo á sus crisis, despertando multitud de sensaciones penosísimas, originando el meteorismo y las flatuosidades que ponen el vientre tenso como un tambor, que producen la angustia y provocan los

accesos de sofocacion, los fuertes latidos del corazon, las punzantes y embrutecedoras congestiones al cerebro. (1)

Si conocierais de lo que es capaz un pedazo de alimento que se digiere mal y que va trabajosamente abriéndose paso al traves del intestino, por cuatro ó seis largas horas, comprenderiais como era posible que una mala digestion alterára el ánimo de aquel melancólico destructor, hasta el punto de mandar traer su propia hermana para fusilarla. (2)

A este respecto conozco cosas curiosísimas y que pueden darnos la clave de las exacerbaciones que sufría Francia despues de comer; exacerbaciones, que, bueno es decirlo, no eran de ninguna manera atribuibles á escesos alcohólicos sinó á repercusiones del aparato digestivo sobre el centro encefálico.

Hay enfermós que inmediatamente despues de sus comidas y al levantarse de la mesa se tambalean como embriagados; otros experimentan un sentimiento de vaguedad, de vacuidad en la cabeza; ó bien les parece que sus sienes son comprimidas con violencia por un círculo de hierro. Una sensacion de frio glacial medio pavorosa y penosísima, una bruma densa que cruza los ojos deformando los objetos les confunde y atormenta la inteligencia de una manera tenaz y violenta. Durante la evo-

(1) Dagonet. *Traité des maladies mentales.*

(2) Creo que es el libro de Rengger quien dice que Francia intentó una vez fusilar á su hermana por el *delito* de haberse vuelto á juntar con su esposo.

lucion de estos síntomas diversos, el dispéptico puede experimentar todavía, una sensación de ansiedad intensa en la región cardíaca, sensación que á veces se acompaña de irradiaciones dolorosas que embargan todos los sentidos. Un grado más y las lipotimias y los desfallecimientos le hacen perder totalmente la cabeza; siente algo que lo estrangula, que lo sofoca, que le detiene el corazón produciendo las constricciones agudas á que Beau atribuye ciertas variedades de la angina de pecho.

Y no es esto todo: hay dispepsias con repercusiones neuropáticas tan acentuadas del lado de la sensibilidad, que hasta presentan anestésias estensas en diversas partes del cuerpo; anestésias que ocupan ya un punto, ya otro de la piel, las manos, los brazos y sobre todo la cara interna de los antebrazos. Tan grande es la parálisis de la sensibilidad que se les puede pellizcar, pinchar fuertemente con una aguja hasta atravesarles el tegumento en todo su espesor, sin que se aperciban de ello. •

Véase, pues, hasta donde lleva su influencia perturbadora el aparato digestivo.

Así se comprenden fácilmente las súbitas impulsiones pasionales, las determinaciones inmotivadas y rápidas que solían empujarlo en las horas incómodas de sus digestiones siempre lentas y laboriosas. También, es verdad, que estos influjos nocivos se hacían sentir sobre un cerebro presa ya de la Melancolía; que estos síntomas, más que causas, eran epifenómenos de la misma enfermedad mental, puesto que es difícil (no digamos imposible) que en una persona sin una fuerte predisposición an-

terior, actúen, con el vigor suficiente para producir por sí solos una enfermedad mental. Francia era melancólico hacia ya mucho tiempo y su dispepsia, fenómeno también inherente á la gota que lo aquejaba, no hacia sino enardecer los síntomas de su psicopatía. (1)

Cuando terminaba la comida, ó mejor dicho *la cena*, porque conservó siempre entre sus hábitos la proverbial *merienda* de los tiempos coloniales, comenzaba la noche; esa noche tristísima sepulcral de una ciudad que gime bajo el peso de la tiranía de un melancólico que es la peor de las tiranías. El silencio mas absoluto se producía en todos los barrios y con él, empezaban á levantarse en el cerebro, como fuegos fatuos, todo ese cúmulo de agitaciones que daban pábulo á sus insomnios. Si se movía la llama de la vela, como ella se mueve algunas veces

(1) El Sr. Navarro en el folleto que citamos en el Capítulo anterior afirma que Francia era gotoso; el Sr. Alvariños me aseguró que el año 63 cuando estuvo en el Paraguay, D. Vicente Estigarribia le habia afirmado lo mismo. Creo también aunque no tengo seguridad que Molas y Roberstson lo dicen. La gota es una de las diatesis, cuya influencia patojénica sobre la producción de las neurosis está fuera de toda duda [Grasset]. Recuérdense en comprobación de este acerto los trabajos de Troussseau, Gueneau de Mussy, etc., etc. La *migrania* es una de sus manifestaciones frecuentes. El *asma*, según dice Jacoud y otros autores es uno de los estados patológicos cuya correlación con la gota es evidente. La *epilepsia* puede igualmente depender de ella en muchas ocasiones. Van Swieten cita un caso en el cual los ataques epilépticos cesaron tan pronto como aparecieron los accesos de gota. Garrot habla de muchos ejemplos del mismo género y Lynch dá dos casos que le parecen demostrativos á Jacoud [Grasset]. Sdiber, Klein y Musgrave refieren ejemplos de histeria en los cuales la neurosis desaparecía ante un ataque de gota. Stoll ha visto una *córea* gotosa, Sauvages y Ackerman un *tétanos* y varios autores alemanes y franceses han observado casos de locura producidos por esa diatesis.

retosando con el aire . . . alguien la habia soplado suave y diabólicamente para dejarlo á oscuras . . . y dejar á oscuras á un perseguido, en momentos en que comienzan á filtrarse al traves de las paredes y de las puertas los grupos grotescos de sus fantasmas, es lo mas grave, lo mas cruel que pueda acontecerle. Si chillaba el pestillo de la puerta ó crujiá el mueble que se despereza hinchando sus miembros entumidos, le parecia que alguien lo habia hablado, que lo llamaban, que lo chitaban ó que se movian detras de él cautelosamente.

Era que síntomas evidentes de ese *delirio de las persecuciones* medio abortado y un tanto vago que padece este género de melancólicos, lo asaltaban á esa hora, llenándolo de temores y de angustias que nada justificaban. Él mismo cerraba las puertas, revisaba con sumo cuidado sus habitaciones y hasta sus muebles. Poníase á escuchar ruidos que la soledad y el silencio de la noche hacían pavorosos; aplicaba su oido al ojo de la llave, revisaba bajo su cama, detras de las ropas dentro de su armario y despues se acostaba para pasar el insomnio que la edad y su panofobia depresiva y punzante le producian, con algunas intermitencias consoladoras, sin embargo.

Por último, ciertos ímpetus de perseguido peligroso no tardaron en presentarse, y lo hicieron tan temible que ya no era posible ni mirarlo siquiera. No sabiendo una pobre muger cómo acercársele se trepó hasta la ventana de su cuarto, y no solo fué encerrada en una prision por este acto

tan sospechoso, sinó que se buscó á su marido completamente ignorante de lo que habia pasado, pero *probablemente complicado tambien en el infame complot* y se le encerró con ella por tiempo indeterminado.

Para evitar la repeticion de un acto tan ultrajante para su propia dignidad y que sobre todo *parecia encerrar intenciones tan maléficas como misteriosas*, ordenó, que en adelante, á toda persona que se le viera *mirar al palacio*, fuera allí mismo fusilada:

—Tóma, le dijo al centinela, esta es una bala para el primer tiro y esta —dándole otra— es para el segundo, por si yerras el primero; pero si yerras el segundo, puedes estar seguro que no te he de errar á tí el tercero. (1)

Conocida esta órden, la mas triste soledad reinaba al rededor del palacio. Sin embargo, quince dias despues, un indio Payaguá *miró*, al pasar, las ventanas sagradas y el centinela le descerrajó un tiro, errándole feiizmente. El dictador, asustado, salió á la puerta y dió contra órden, *diciendo que él jamás habia ordenado semejante cosa*, circunstancia que indicaba en su memoria una falla que fué para él uno de los síntomas de decrepitud mas crueles. Tanto mas cruel, cuanto que ántes su cerebro conservaba las impresiones y los recuerdos con cierta satisfactoria y pasmosa facilidad: el vigor de su memoria habia tenido fama entre los condiscípulos, á punto de ser citado como un prodijio. Era, segun se afirma, uno de los ejemplares

(1) Robertson. Cartas sobre el Paraguay.

mas correctos de esos *memoriones* de colegio que absorben como la esponja y que tragan sin rumiar, todo lo que se presenta á sus sentidos. La atrofia de esta facultad, que á pesar de su vigor no le absorbía sin embargo el resto de sus fuerzas cerebrales, fué una de las lesiones que mas influyeron en su decaimiento mental ulterior, echándolo en las mil contradicciones sangrientas que le conocemos.

Ya en los primeros meses del año XXVIII habia comenzado á disminuir sus salidas. Poco despues, se encerraba en sus piezas semanas enteras y no le veian, ó mejor dicho, no le oian porque sin dejarse ver daba sus órdenes por una rendija de la puerta, sinó el médico Estigarribia, Patiño algunas veces y la vieja que le llevaba la comida.

Por esa época fué que su áspera lypemania llegó á su colmo.

Cuenta el mismo Estigarribia que en algunas ocasiones se le oia hablar solo, pasearse trémulo, ajitado y gritar como si hablara delante de alguien á quien insultára: *á la horca! al patíbulo! al calabozo, miserable!* Un día que esta suprema agitacion llegó á su más alto grado, se le vió salir á los corredores y sin duda en un acceso de delirio alucinatorio, gritar desaforadamente é insultar con palabras soeces al Sumo Pontífice (1) por quien decia tener el mas profundo desprecio. Fué entonces que las ejecuciones, las prisiones y los

(1) Molás. Descripcion histórica de la antigua Provincia del Paraguay.

tormentos aplicados en la célebre *Cámara de la Verdad* tomaron todo su carácter feroz. La tortura fué aplicada con un lujo de detalles diabólicos; las delaciones se multiplicaron y los fusilamientos, inútiles, pero necesarios para la satisfacción exigente de sus caprichos, se hicieron diarios y acompañados de circunstancias lamentables.

La *Cámara del tormento*, la mas satánica y maligna invencion de su ingénio, no cesaba de trabajar: aquellas torturaciones metódicas que aplicaban á la inocencia sus dos lobos favoritos, abrian una válvula saludable á su hidrofobia bestial y reglamentada. Como las noches de insomnio se habian hecho frecuentes, habia que proporcionarse alguna distraccion *melancólica*, cualquier *suave* derivativo que amortiguara la explosiva espontaneidad de esa ideacion morbosa que lo molestaba tanto y que es tan activa y atropellada en las cabezas que no tienen el supremo consuelo de la tregua orgánica que proporciona el sueño.

Era la Cámara una institucion triste, tan bárbara como eficaz para la consecucion de sus crueles propósitos; destinada á arrancar por medio de mil procedimientos dolorosísimos, revelaciones de ¡qué só yo! qué conspiraciones y asesinatos completamente imaginarios. Se puede creer, y con mucho fundamento á mi juicio, que fuera en sus sueños ó tal vez por efecto de alucinaciones perfectamente concebibles en este caso, que el Dictador adquiria las sospechas y aun la certidumbre de los hechos que lo inducian á aplicar el tormento á determinadas personas, con tanta crueldad como notoria

injusticia. Esto es posible, pues según lo afirman algunos alienistas, puede suceder en aquellos individuos amenazados de enajenación mental y en aquellos á quienes Lasegúe con su acostumbrada exactitud de clasificación ha llamado *los celebrales*. Son estos, personas dispuestas á los trastornos mentales por vicios hereditarios ó adquiridos en algun accidente traumático lejano, que tienen un tinte especial en sus crisis, incompletas, irregulares y medio frustradas pero no por eso menos evidentes.

El curioso fenómeno á que me refiero lo designan con el nombre de *sueños mórbidos*, por que el estado equívoco de las facultades intelectuales, hace que los incidentes infinitos del ensueño se tomen como cosas reales dando este resultado que tiene mucho de ridículo, sino tuviera algunas veces mucho de terrible. Así se ve que se resientan de una injuria recibida en el sueño y obren en consecuencia; que manden cobrar dinero prestado y se enfurescan cuando les niegan el préstamo, y que vivan por largo tiempo profundamente disgustados con individuos á quienes *los han visto* cometer acciones indecorosas que todo el mundo ignora. Es que falta el control de la razón intachable que atestigua la falsedad de la afirmación patológica.

Es verosímil que Francia tuviera estos sueños mórbidos dada su enfermedad mental, y que en muchas ocasiones fueran sometidas á los mas crueles tormentos personas completamente inofensivas, pobres cuitados que huirían hasta de pensar mal del Dictador. Los sueños de los *cere-*

brales son terribles cuando se producen en una organizacion tan profundamente melancólica como la suya, porque son un incentivo lúgubre y poderosísimo que revuelve el cieno, dando un extraordinario poder de infeccion, á todo ese *parasitismo* moral que está como soñoliento é inactivo en el fondo oscuro donde germina. Cuando la enfermedad está ya declarada no son sino un resorte sensible que determina con toda seguridad la esplosion de las crisis.

Durante los fuertes calores de Diciembre y Enero del año XXVIII, no se pasaba una noche sin que se aplicara el suplicio en el *cuarto del tormento* (1).

La alta temperatura de la estacion y la marcha natural de su enfermedad lo habian puesto mas huraño aun: los rasgos profundos de su fisonomía, mas que nunca contraida y apretada, espresaban con suma viveza esa suprema ansiedad que lo arrastraba á sus trasportes maniacos. El lábio inferior estaba ya pendiente, medio ingobernable y como fuliginoso; la mirada húmeda sorprendida y con ciertas vaguedades indefinidas que le habian dado un aspecto aliénico tan característico, que el mismo Estigarribia, segun lo espresó despues, llegó á temer que el *Supremo* terminara sus dias en un acceso de locura. Sus desordenados monólogos se habian hecho mas frecuentes y en las rarísimas ocasiones que salia á los corredores se le veia accionar con violencia, paseándose con trabajo; levantando una voz ágría y cascada, pararse

(1) «Clamor de un Paraguayo» atribuido á Molas.

súbitamente y con los ojos trémulos mirar á fuera largo rato como si observara en la vaguedad del espacio un objeto solo para él visible.

Sus ideas, fruto de lúgubres y continuas meditaciones, aunque mas escasas por la degeneracion que necesariamente experimentaria el cerebro en esa época de completa decadencia orgánica, eran mas sombrías, mas tristes, mas estrañas aun, si es posible. Asi es que la creciente taciturnidad de su humor habia introducido en los castigos ciertas modificaciones originales de acuerdo con sus extravagantes necesidades afectivas.

Las ejecuciones ya no se verificaban lejos de él, sino en su misma presencia, á treinta varas de su puerta (1). Él con su propia mano repartia á los pelotones los cartuchos y miraba desde su ventana la manera como despedazaban á bayonetazos á los reos que no habian podido morir á bala. Los cadáveres debian permanecer frente á las ventanas durante el dia; y se le veia con bastante frecuencia, dice Robertson, asomarse y permanecer largas horas mirándolos fijamente, como para «saciar sus ojos en esa obra de muerte y proporcionar diabólica satisfacción á sus inclinaciones maléficas» (2).

¡Que pavor no inspiraria aquella figurita enjuta, encorbada y temblorosa asomándose á los balcones á ciertas horas de la noche, para darse el placer, placer de melancólico, de contemplar cadá-

(1) Robertson. Cartas sobre el Paraguay.

(2) Robertson. Id. id.

veres abandonados allí con ese único propósito! Estos espectáculos eran sus platos favoritos estrañamente estimulantes y adecuados de una manera admirable á la torpeza enfermiza de su paladar de viejo decrépito y de hipocondriaco homicida y empecinado.

Cuando los accesos se repetían con cierto carácter de agudez alarmante, ó se encerraba en su dormitorio por cuatro ó seis días sin ocuparse de nada, ó descargaba sus furores sobre las personas que lo rodeaban. Entonces los empleados civiles, los oficiales y soldados, todos eran igualmente maltratados por su mano y por su boca tan soez como no es posible imaginarlo. Vomitaba injurias y amenazas contra supuestos enemigos y era en aquel momento cuando hacia ejecutar, con una saña inconcebible, sentencias y arrestos injustos, é imponía los mas crueles y severos tormentos hasta el punto de mirar como una bagatela las condenaciones numerosísimas que le dictaba su mal humor. (1)

Para hacer su figura aun mas lúgubre si cabe, resolvió que el tormento solo se aplicara de noche!

Las puertas de la *Cámara de la Verdad*, abiertas exprofeso, dejaban escapar mil quejidos lastimeros, gritos desfallecidos, imprecaciones de ira sí es que aun quedaba en el Paraguay alguna garganta con el vigor suficiente para lanzarlos. Bien sabían los que escuchaban ateridos de miedo y transidos por un terror que ninguna pluma describirá jamás, que

(1) Rengger y Longchamp. Obra citada.

alli se purgaban los pensamientos heréticos y se satisfacian con lascivia las ansias sanguinolentas de aquel implacable dispeptico.

En un cuarto del antiguo Colegio de Jesuitas, habia instalado la famosa institucion. Un largo catre atravesado al medio por un trozo de madera, sobre el cual descansaba el vientre, recibia á la víctima, que, echada boca á bajo era amarrada de pies y manos, las nalgas y las espaldas desnudas, el pezcueso agoviado por una enorme piedra y la cabeza colgando y envuelta en un poncho, que se transformaba en dogal cuando la garganta incomodaba con sus gemidos inoportunos. Ni un grito, ni un espasmo «ni uno de esos movimientos de cólera que abrevian el suplicio ó que lo levantan dándole el carácter de un combate. Despedaza simétricamente á su víctima; la divide y la subdivide infligiendo un dolor elegido á cada miembro, una convulsion especial á cada fibra.»

Al lado del catre dos colosales Guaycurues, con unas manos chatas y espesas, manejan como plumas unos látigos de *vergas de toro*, previamente escupidos y sobadas, segun un procedimiento propio por medio del cual les restituian la flexibilidad que el uso y la sangre les hacian perder. Aquellas dos béstias, humanizadas por la estacion vípeda, eran como dos ruedas locas, que no cesaban de funcionar una vez puestas en movimiento, hasta que Patiño ó Bejarano los sacaban á empujones del lado del catre.

Patiño y Bejarano eran los jueces, y aunque compartian con los indios sus rudas funciones, lo

hacian naturalmente con cierto arte maligno, porque apuraban el sufrimiento sin producir aquellas muertes inoportunas que arrebataban á los verdugos la mitad de su jornal de aguardiente y privaban al Dictador de su parte de gemidos y lamentos. Para inventar suplicios atroces, tenian, como dice Paul de Saint-Victor, la fantasía perversa de esos tiranos italianos á quienes bien se les podia llamar los artistas de la tortura.

En el cuarto inmediato estaba Francia devorando los instantes en anchos paseos, cuando los engorrosos procedimientos para asegurar al reo retardaban las ejecuciones apetecidas. (1) Allí escuchaba él los ayes que le acariciaban el oido, produciéndole aquella sonrisa de tetánico agonizante, tan peculiar de su fisonomía bañada en esos instantes por la satisfaccion de una venganza cumplida usurariamente. La víctima sudaba sangre de las espaldas y de las nalgas ulceradas, y cuando el dolor horrible, intensísimo, le producía el síncope, Patiño pasaba al cuarto inmediato á dar cuenta al Dictador que resolvía lo que debía hacerse: si continuar el castigo hasta que muriera, ó si cesaba la tortura vista su completa inutilidad.

Otro síntoma que molestaba enormemente su susceptibilidad rabiosa y que ayuda eficazmente al diagnóstico, eran sus *insomnios tenaces*. (2)

Perturbando las condiciones físicas de la circulación é inervacion y produciendo un estado perma-

(1) Clamor de un paraguayo—atribuido á Molas.

(2) Molas.—Provincia del Paraguay.

nente de hiperemía en el cerebro, habían deteriorado de una manera profunda las funciones nutritivas. Dos, tres y aun ocho días pasaba durmiendo una hora, y cuando por un esfuerzo supremo conseguía conciliar el sueño, se veía atormentado por ensueños y pesadillas penosas que le hacían aborrecer la cama y daban á sus empujes melancólicos un tinte aun más oscuro que de ordinario. Y cuentan los que sobrevivieron, que una noche de insomnio costaba más al Paraguay que veinte conspiraciones; porque sus vigiliadas forzadas determinando las tenaces congestiones que son sus consecuencias indispensables, fomentaban la recrudescencia de sus crisis.

Así vivió durante muchísimos años, hasta que síntomas evidentes de *parálisis* le anunciaron el decaimiento completo en que había caído su cuerpo. En estas alternativas de carácter y de humor fantástico, aguijoneado por las punzantes sospechas que le inspiraba su incurable neurosis, y en el ejercicio constante, inflexible, de un despotismo melancólico, fué que Francia llegó á los noventa años.

No le alarmaron los signos de su enfermedad final y á pesar del debilitamiento progresivo de sus fuerzas y aun de sus facultades intelectuales, laceradas por hondas grietas, siguió gobernando imperturbable, rígido como en los primeros años de su dictadura. A medida que su mal aumentaba, sus órdenes se hacían más caprichosas, más violentas y extravagantes. Ultimamente su memoria funcionaba apenas; su palabra se hacía cada vez más

difícil, torpe y medio. balbuciente, como que un lento derrame iba paulatinamente comprimiendo la superficie del cerebro: *l'intelligence atrophiée s'affaiblit et expire par degrés, la bête survit seule.*

Por fin, el veinte de Setiembre de 1840 la *Apoplegia Cerosa* hizo bruscamente su completa irupcion matándole en pocas horas: (1) la Melancolía se habia convertido en demencia, término habitual de esta forma. Moria segun la prediccion que Swift habia hecho para sí: *comme un rat empoisonné dans son trou.*

Solo Estigarribia, su médico, y *Sultan* su amigo interesado, rodearon su cama en ese momento supremo.

Estigarribia rezaba con el fervor y la sinceridad que le eran peculiar; *Sultan* roía un hueso con la mas profunda indiferencia.

(1) Todas las formas del reumatismo cerebral, dice Charcot, se encuentran en la gota. La *apoplejia reumática* ó forma apoplética del reumatismo cerebral indicado por Stoll y muy bien estudiado por Vigla se ve bajo la forma de estupor en la gota, segun Lynch y Trousseau.

Tambien determina algunas veces el resblandecimiento y la *hemorragia cerebral*. Esta última enfermedad es la que con mas generalidad se admite como la causa inmediata de la muerte de Francia. El estado deplorable en que se encontrarian sus vasos á consecuencia de su diátesis y de la edad avanzada confirma de una manera completa el diagnóstico corriente. Grasset y casi todos los autores modernos, al hablar de la hemorragia afirman que la edad desempeña un gran rol, que la senilidad favorece y provoca las alteraciones que la producen y que de una manera general se debe decir que la hemorragia cerebral es tanto mas frecuente cuanto mas avanzada es la edad. De *sesenta* para arriba es en la que con mayor frecuencia se observa y Francia murió á los noventa. La apoplejia no es siempre sangúnea; puede ser serosa. En este caso es debida á una especie de edema agudo, á un derrame rápido de cerosidad en los ventrículos ó en el cerebro mismo (Grasset). Esta última forma es la que con mas frecuencia se observa en los ancianos.

CAPITULO III

SUMARIO — Los íntimos — Las chambelanes — Los heraldos y los verdugos — Bejarano — El médico Estigarribia, su retrato, su vida y sus talentos — La terapéutica de las enfermedades de Francia — Sus insomnios y su constipación — Preocupaciones de Estigarribia — Patiño — Sistema penal de Francia — El gabinete de estudio — Su ama de llaves — El perro Sultan — El negro Pilar — Los cuervos — Estravagancias dolorosas — Matanzas de perros — Ejecuciones — Servilismo — Sus únicos amigos — Minuciosidades administrativas — Conclusión.

Apesar del aislamiento claustral en que suponíamos á aquel gran misántropo, tenía á su redor cierto número de favoritos, que constituían, diré así, su Corte. Pero era una Corte peculiarísima, única en su género, y que colma la medida de las singularidades humanas.

Tenía sus chambelanes oficiosos como la corte célebre de Tournay, su médico, sus letrados, sus pages y lo que es aun mas raro y á pesar de esa probidad jenésica proverbial que tanto contribuyó á exaltar su cerebro, sus damas; unas gorgónas trigueñas y verdozas que solo en las polleras revelaban su sexo y que prolongaron los años de su larga vida atrofiando el exeso de su torpe genesismo.

La Corte era reducida, pero selecta en cuanto á

la especialidad de sus ejemplares reclutados en la clase mas ínfima de su pueblo.

Era una nobleza como la de los principes de Napoleon I á quien él trataba de imitar por medio de un sombrero de lastimosas dimensiones; una nobleza de origen completamente sucio y plebeyo que completa de una manera notable la tétrica sintomatología de su neurosis.

Dragoneaba de Comandante de la Guardia encargada de cuidar la sagrada persona, un capitán de milicias, que, queriendo explicar á sus subordinados lo que era la libertad y no encontrando en su cabeza una definición satisfactoria, concluyó por decirles: que *era la fé, la esperanza, la caridad y el dinero.*

Tenia su cardenal en el Provisor ó Vicario General que gobernaba la diócesis y por conducto del cual prohibió las procesiones y el culto nocturno, temeroso de que dieran lugar á reuniones sospechosas. Sus pages, en dos negrillos mal entrazados y medio ráquiticos, con los huesos flejados por alguna diátesis hereditaria, á quienes hacia azotar diariamente con uno de los altos dignatarios de la Corte. Su médico ó mejor dicho su nigromántico, dada la talla pequeña y el aspecto misterioso y cabalístico del inolvidable Estigarríbia, cuyas manos como manojos de zarzaparrilla, eran las únicas que tenian la piadosa misión de preparar el tósigo *de duraznillo*, con que el Dictador se purgaba semanalmente.

Habia un heraldo en calzoncillos y camiseta colorada; singular heraldo, por cierto, cuyas funcio-

nes múltiples de verdugo y barbero desempeñaba un chino de proporciones monumentales, llamado Bejarano; hombre de maneras brutales, de larga barba, cabeza pequeña con las líneas y las estrecheces de un cretinismo acentuadísimo y una mano de canalla, ancha, espesa y de agilidad sorprendente para manejar la *verga* que hacia hablar á los delincuentes en aquella triste *Cámara de la Tortura*. Bejarano gozaba para con el Dictador y en alto grado, de esa privanza depresiva y humillante que tenían con él todos sus coadjutores. Era una especialidad para los azotes y se preciaba de poseer como ninguno el arte difícilísimo de azotar á la víctima produciéndole enormes sufrimientos sin que perdiera el sentido. Cuando excepcionalmente, alguna sensibilidad demasiado reaccionaria caía bajo sus manos y el paciente se desmayaba, Bejarano tomaba con rabiá el hisopo empapado en *salmuera y orines* y con ojo de chacal vengativo se lo pasaba groseramente por la llaga sangrienta que le habia abierto su poca maestría. En una palabra: era una mezcla maligna de Guaycurú y de gitano, con rasgos pronunciados de ese atavismo simio, que se revelaba en su ardor inmoderado por los placeres sexuales.

Estigarribia era el mas alto *privado* de Francia. Cierta secreto y misterioso respeto, hacia que el Dictador lo mirara con una benevolencia artificial, hija del miedo que naturalmente le inspiraba la idea de que aquel hombre tenia su vida entre las manos. Aquel pobre taumaturgo que ni leer bien sabia, era el mas bello ejemplar de la ciencia mé-

dica de la colonia; un dignísimo hijo intelectual del *físico* Comellas; un jiron de la posteridad pavorosa del bachiller Bazan, aquel encarnizado protomedico que no dejó vivo ni uno siquiera de los alcaldes y regidores Santeaguinos que cayeron en sus manos mortíferas.

Estigarribia era un hombre íntegro y de una bondad moral á prueba de todas las tentaciones. Su alma sin doblez y casi diria candorosa, no sintió jamás la fascinacion del asesinato impune que podia haberlo llevado fácilmente á librarse de Francia por medio de una pócima cualquiera. Tenia un aspecto grave, reposado, casi venerable: unas patillitas cortas y fáciles salpicadas abundantemente de canas y una de esas fisonomias diáfanas y transparente al travez de las cuales se descubre sin gran trabajo hasta el último repliegue del espíritu. Hablaba poco como convenia á su régio *cliente* y á pesar de que cultivaba cordiales relaciones con el pueblo no se le conocian amistades estrechas con nadie.

Era un hombre ó mejor dicho una miniatura de hombre, pequeño enjuto y reducido aunque muy proporcionado: tenia un cuerpecito de niño raquí-tico, con prominencias y jibosidades en la espalda y un cuello corto y flaco terminado en un cráneo voluminoso para tan precaria estatura; pero un cráneo inteligente con frente ámplia y con mucha luz en los surcos y en los razgos, que eran hondos y sinceros como que reflejaban con toda la ingenuidad de la línea, la superficie mansa y tranquila de un corazon irreprochable. Debió ser un espíritu de una viveza nada comun por el movi-

miento que revela su fisonomía. Pero de una viveza pasiva poco bulliciosa y sin el carácter fosforescente y movable con que se revela en los nativos esta especie de *temperamento* intelectual que tanto se confunde con el desarrollo superior del cerebro. Tenia unos ojos claros, sumamente claros, y metidos como dos anteojos en unos rodetes formados por la piel laxa y fácil de la frente y por el parpado inferior abultado y oscuro, recordando el parpado suplementario, la membrana *clignotante* que segun el *hækælismo* intransigente, nos han dejado como herencia, nuestros antepasados lejanos. Una boca grande, un cabello poco abundante, suave y con pretensiones de ensortijado y dos orejas largas, anchas, que parecian robadas á algun gigante mitológico, completaban el rostro del inolvidable y benemérito D. Vicente, el mas conspicuo *consular* de la Corte de Francia..

Cuando salia á sus quehaceres profesionales, montaba en un pelicito lobuno; y con los pies fuera de los estribos y las piernas pendientes y agitadas del movimiento tremulante que le imprimia el trotecito revolucionario del petizo, recorría todos los cuarteles haciendo precipitadamente sus visitas y retirándose otra vez á esperar las órdenes del Supremo. No habia, por supuesto, pulso, ni por fórmula, auscultacion para qué decirlo; ni aun la prehistórica observacion de la lengua, sin la cual no hay para el vulgo medicina posible. Habia instinto; la claro-videncia semeyológica que ilumina el raro buen septido del curanderismo y que se adquiere á los treinta ó cuarenta

años de una práctica diaria y constante. D. Vicente curaba - esto es indudable—y curaba allí, con mas éxito que cualquier médico ilustrado; porque á su tino nativo reunia el conocimiento profundo, aunque empírico de las enfermedades propias del clima y de las yerbas medicinales abundantísimas, con que la naturaleza ha enriquecido aquel suelo.

Vivia en su botica completamente sustraído á todo contacto vulgar. Y solo cuando ciertas mortificantes dolencias atacaban al Dictador, se le veia salir rápido como una ardilla y entrar al palacio, metiéndose hasta el dormitorio mismo del César, no sin grande y profunda admiracion de parte del pueblo, para quien aquel privilegio inaudito tenia algo de sobrenatural.

Las lavativas variadas y múltiples, los sudores profusos producidos por la aglomeracion asfixiante de enormes pilas de cobijas y la sangría repetida *jusque ad animi deliquium* como decia el divino Celso, constituian el fundamento invariable de su terapéutica casi milagrosa. Aquel hombre hacia prodigios con esos tres únicos recursos y segun la tradicion de su pueblo, tal vez un poco benévola, el tristel, sobretodo, operaba entre sus manos las maravillas del unto mágico de Paracelso. Pensaba como Voltaire, á quien, inútil parece decirlo, no conoció, que las personas de *choledoque couland et entrailles veloutées* son dulces, afables, graciosas, mucho mas complacientes y desenvueltas que el pobre constipado, eterna víctima de su propia inercia intestinal.

Francia padecia habitualmente de una constipa-

cion tenaz; constipacion que tenia para él la doble molestia de repercutir fuertemente sobre sus facultades cerebrales y de alejarlo de Napoleon I, que gracias á una tizana célebre de Corvisart y por una erupcion crónica del cuello, tenia que conservar siempre flojo su vientre.

Largas y profundas meditaciones costaba á Es-garribia esta irregularidad intestinal. Habia ensayado todo su arsenal terapéutico sin encontrar la *tizana imperial* que lo librara de las exigencias apremiantes de su impaciente amigo. Y como el sabia la reciproca influencia que tienen las afecciones morales y las constipaciones del vientre, se quemaba el cráneo buscando la solucion del problema supremo, sin salir de su singular farmacopea. Aquella mortificacion tan degradante para Francia exigia un pronto remedio. La frecuencia con que se presentaba ese tétrico malestar que tanto prolongaba sus ánsias melancólicas, lo hacia por momentos mas exigente con su médico, que en cierta ocasion hubo de ser espulsado por *ignorante y bribonaso*.

Esto último aconteció, sin duda, porque Francia á pesar del temor supersticioso que le tenia se habia permitido, un dia de *crisis rosa*, sondear los alcances del médico, convenciéndose muy á pesar suyo, que toda su ciencia no alcanzaria jamás á proporcionarle el íntimo placer de parecerse á Napoleon I, ya que no en la cabeza, por lo menos en el sombrero y en la envidiable regularidad del intestino. Y es probable que esta última circunstancia tanto como las molestias de la enfermedad,

influyera para exigir con tanto apremio su tratamiento definitivo.

Francia tenia la ambiciosa pretension, hija de ese vago delirio de las grandezas que se descubre en muchos de sus actos, de parecerse á ese grande hombre en su figura y aun en su génio maravilloso. Tenia en el gabinete una caricatura de Nuremberg representando á su héroe y á la que tomó de buena fé como un escelente retrato, hasta que el Suizo Rengger le esplicó la inscripcion alemana que tenia debajo. La idea de completar el traje de corte con un enorme y ridículo elástico cruzado, le provino de este dibujo en el cual se habia pretendido ridiculizar á Bonaparte exagerando las dimensiones de su sombrero. (1)

Al lado de Estigarribia y como persona conspicua tambien, estaba el *fiel de fecho* ; especie de vampiro capaz de sorber la sangre de su propia madre, y que tenia como Bejarano funciones múltiples de delator, de juez, de secretario y espía. Este personaje peculiarísimo á quien Francia llamaba su *Sancho Panza* y que por la universalidad de sus aptitudes desempeñaba tambien el rol de bufon, ocupaba en el palacio un lugar preferente despues del médico. Hacia las veces de secretario cuando no se trabajaba en la *Cámara de la Verdad* ó cuando los ratos fugaces de buen humor del Supremo, no le llamaban á desempeñar sus funciones estúpidas de juglar. Recibia los informes, las solicitudes y todos los papeles que venian *diri-*

(1) Rengger y Longchamp—Obra citada.

gidos al gobierno, teniendo especial cuidado, según orden recibida, de rechazar con una amenaza, todo documento que no tragara el consabido *S. E. el Exmo. Dictador Supremo del Paraguay*.

Con otra circunstancia más y por cierto curiosa: que el peticionario no debía poner la fecha sino dejar al Dictador que la pusiera con su propia mano. Cuando el *fiel de fecho* escribía el dictado de *S. E.*; debía hacerlo sin mirarle á la cara, sin hacer preguntas impertinentes y *con los pies desnudos* pues según las extravagantes concepciones de aquel singular fisiólogo, el calor de los botines acumulaba en los piés la sangre que para funcionar regularmente necesitaba la cabeza.

Patiño (asi se llamaba este cortesano original) aunque con menos angulosidad, tenía la misma estructura moral de Bejarano. Era según creo un criollo de origen español, pero sin la mezcla nociva del toba, que daba al *heraldo* su ferocidad nativa y ese refinamiento característico que manifestaba en la aplicación artística del tormento. Patiño tenía una alma negra y con las dobleces necesarias para llegar hasta Bejarano, pero pasiva, morosa y sin la inventiva maligna de aquel. Era feroz por contagio más que por organización. Poseía las aptitudes de un lego inquisidor embrutecido en el ejercicio diario del tormento, pero no la espontaneidad dispuesta y fecunda del *mazorquero* refinado, que inventaba para cada víctima y para cada caso particular una tortura especial. Era malvado, más que por inclinaciones enfermizas, de puro bruto y de puro ignorante: parecía

una reproduccion humilde y medio degradada de Facundo en quien no habia enfermedad sino el salvagismo impulsivo y la áspera rusticidad del hombre primitivo. Seguramente que de su cerebro perezoso no hubiera brotado jamás el *degüello á serrucho* ó las mutilaciones lentas por el cuchillo mellado, que trasplantadas al Paraguay hubieran hecho las delicias de Bejarano.

Todo el aspecto físico de la persona, y hasta la misma inercia de su fisonomía, ponian de manifiesto su estructura interna. Era de cortas proporciones, regordeton y vasto de espaldas como convenia al homónimo de Sancho. Un cuello espeso y corto, de esos cuellos característicos que viven solicitando apoplegias; y unas piernas cortas y abiertas por la acumulacion exorbitante del tejido adiposo. Unas piernas columnarias, enormes y de una agilidad tan dudosa, que el mismo Francia se servia de ellas para establecer un término de comparacion: *para darles á estos pueblos*, decia, *las libertades que ellos quieren, es necesario andar con las piernas de Patiño.*

En su cara redonda é inberbe, con los enanchamientos laterales propios de las personas glotonas, manifestaba dos rasgos profundamente espresivos y que se abrian paso al través de la grasa que la hacia informe: el arco superciliar grueso y redondo como la piel de un paquidermo, formando esa cubierta espesa detrás de la cual se esconde, para mirar á mansalva, el ojo de los pícaros; y una pupila pequeña pero con una fosforescencia inquieta y sumamente elocuente. El *fiel de fecho* tenia entrada

á toda hora en el palacio y en todos sus departamentos, menos al dormitorio del Dictador donde solo la modesta, aunque ancha planta de Estigarribia, podia pisar.

El gabinete era la sala destinada á la recepcion de los grandes *dignatarios*. Allí concurrían Patiño y Bejarano asiduamente, y de cuando en cuando, el comandante de la *Guardia Imperial* á recibir las órdenes supremas. Allí tambien era donde el entusiasmo y la supersticiosa veneracion que profesaban al amo tomaba su altísimo vuelo. En presencia de aquellos viejos volúmenes de Voltaire, de Raynal y del abate Rollin dotados, por el solo hecho de ser libros, de un prestigio sibilino, su fama de sábio crecia y se hinchaba en la imaginacion de esos pobres patanes. El globo celeste en que el Dictador estudiaba y en cuya contemplacion respetuosa se pasaban horas enteras mirando como dos autómatas aquellas estranvagantes *figuritas*, los habia persuadido que Francia conocia por el estudio de las constelaciones los mas recónditos designios del corazon humano. Y si no era asi, qué significaban aquellos globos misteriosos, aquellas observaciones estelares á altas horas de la noche, aquellos éxtasis astronómicos en que lo sorprendia la aurora mirando *pá arriba*, segun la observacion de uno de sus chambelanes. Los escasos instrumentos de matemáticas, las cartas geográficas y un antiguo cuadro de osteologia en que los esqueletos parecían próximos á desprenderse de la pared, completaban esta idea de la suprema omnipotencia del Dictador.

Para la época y para el país en que vivió, podían

considerársele á Francia como un hombre de vastísima ilustracion. Poseia bien el francés, tenia nociones generales y bastante adelantadas de agricultura, geografia, botánica y últimamente cuando por su evolucion natural la enfermedad tomó vuelo, aumentando su intolerable desconfianza, aprendió inglés, sólo, y con una paciencia de benedictino. Y lo aprendió para poder leer los pasaportes que venian escritos en ese idioma; con la única ayuda de una vieja gramática que poseia en su biblioteca.

Toda su Corte se componia de ejemplares como Bejarano y Estigarribia.

Habia tenido el cuidado de arrojar de su lado lo que tenia de honorable y de sano la Asuncion. Sus comandantes y sus jueces,¹ los celadores y los alcaldes, eran de la hez del bajo pueblo. Los empleos de jueces y de sus asesores estaban desempeñados por personas igualmente ignorantes y rústicas, que no tenian otro código que el mas ó menos buen sentido con que los habia dotado la naturaleza. (1) Bajo el antiguo régimen eran nombrados de entre los grandes propietarios y negociantes ricos, interesados en dejarse dirigir por gentes instruidas, pero Francia invirtió este orden porque tenia horror á la gente decente á quien trataba con el duro rigorismo de un sistemático atrabiliario.

Para la práctica de su estraña penalidad, tenia en toda esta gente fieles ejecutores que se disputaban el honor de cumplir con esceso sus órde-

(1) Rengger y Longchamp. Revolucion del Paraguay.

nes. Segun la naturaleza del delito y á menudo segun el humor en que se encontraba, resolvía inmediatamente sin haber oido ni aun visto al acusado. Los crímenes de estado, el contrabando, los robos en los caminos y finalmente las tentativas de evasion, eran juzgadas directamente por él y entrañaban de ordinario la pena de muerte que era ejecutada sin dilacion. En la categoría de los crímenes de estado, comprendia «toda accion, toda palabra, que segun su humor sombrío y caprichoso, encerrara alguna ofensa á su autoridad. Y esto no solo en su propia persona sino tambien en la de sus empleados y allegados; de manera que, la gente decente para no ser tratada como traidores á la pátria, debian sufrir sin exhalar una queja las mil vejaciones de todos los instrumentos mas serviles y subalternos del despotismo de aquel hombre». (1)

Sus secuaces mismos no escapaban á sus excesos cuando los vapores de su melancolía, llena de impulsos y de impaciencias, les embargaban los sentidos. La mas leve falta, la mas vaga sospecha de una tentativa sobre su persona, lo arrojaban en mil ánsias y transportes peligrosísimos. Así, una mujer del pueblo que no sabiendo cómo hablarle se habia aproximado á la ventana de su gabinete fué enviada al calabozo en castigo de tan inaudito atrevimiento. Y fué tal la impresion que causó esto sobre su ánimo desconfiado, que la supuesta falta de respeto lo obligó á encerrarse por mu-

(1) Rengger y Longchamp. Obra citada,

chos dias dando origen á aquella singular órden á que me he referido en el capítulo anterior. La órden corrió de boca en boca por todo el pueblo, y desde entonces los transeuntes pasaban con la vista fija en el suelo sin atreverse á mirar el palacio.

Cuando sintió que su pié pisaba sobre terreno firme, inconvencible, y vió que le obedecian sin restricciones y que sus mas pueriles caprichos eran órdenes supremas para todos, su espíritu enfermo, traqueado y privado de la derivacion provechosa que le proporcionaban sus múltiples ocupaciones, se hizo mas atrabiliario aun, mas inaccesible que antes. La desconfianza llegó á tal punto, que no solo estudiaba las cuentas de la administracion, sinó que examinaba con escrupuloso cuidado hasta los mas insignificantes asuntos domésticos. La comida, el pan, los cigarros que fumaba, eran objeto de constantes sospechas, habiéndose impuesto en consecuencia, una frugalidad penosa que á menudo lo privaba de ciertos placeres á que era sumamente afecto.

Tenia á su lado y con ciertas prerogativas, una vieja esclava que le arreglaba su cama, limpiaba su ropa y corria con todo el movimiento de la casa. Era una vieja harpia que participaba en algo de la reclusion conventual y de las extravagancias de su amo. No se asomaba jamás á la calle ni la veia nadie, temerosa de que la hicieran partícipe del ódio que le profesaban á él.

Cuando las medicaciones inocentes de Estigarribia no daban el resultado apetecido, parece que la vieja Hécate recurría á sus untos mágicos y aplica-

ba con éxito, ciertas fricciones anodinas en las piernas gotosas y doloridas *del Gobierno*. Esta mujer y el viejo herbolario eran los únicos que gozaban de aquel singular privilegio. A la sirviente las unturas y las pomadas, á Estigarribia la terapeutica interna que requiere algo más que buena voluntad y manos suaves y avezadas. Francia tenia por la Vieja cierta benevolencia que se atribuia á su gran influjo en *la corte*; así es que á menudo se veia asediada con solicitudes y empeños, que se guardaba bien de hacer, temiendo sus iras olimpicas y peligrosas.

Sobre la larga mesa en que el Supremo, provisto de la tiza y de un par de tigeras, demostraba á sus sastres la cantidad de paño que le robaban (1) la vieja confidente iba colocando todos los objetos que enviaban al palacio: grillos, cerraduras, calzones, kepies y muestras de comestibles de los almacenes del Estado etc., etc. Esto y la autorizacion para emitir juicios mas ó menos aceptables sobre las costuras de la ropa que se cosía para el ejército, eran las dos únicas funciones públicas que desempeñaba.

A sus órdenes, aunque gozando de cierta bulliosa independenciam que despues le costó la vida, estaba el negro *Pilar* personaje popular y fatidico por las estrechas vinculaciones que tenia con Francia.

Pilar desempeñaba el papel de *valet de chambre* y diríase mejor, de sombra del Dictador, porque era

(1) Rengger y Longchamp—Obra citada.

inseparable de su persona. Era un negrito como de diez y siete años que se ocupaba en corretear por las calles de la Asuncion espiando y robando impunemente en las tiendas y casas de familia donde forzosamente tenia que ser bien recibido. Aquel hombre atrabiliario se hacia contar por él, historias picantes en las cuales figuraban como protagonistas personas conocidas del pueblo, á quienes ridiculizaba con un sarcasmo grosero. El negro le llevaba noticias y detalles satisfactorios sobre la vida de las familias espiadas por el gobierno; lo sentaba á su mesa y compartía con él su comida, mas por experimentar *in anima vili* ciertos platos sospechosos, que como prueba de aprecio y de confianza. En los escasos dias de buen humor, el viejo César pasaba sus largos ratos de solaz oyendo sus bufonadas y despachando con estraña benevolencia las solicitudes y empeños que introducian por sus manos algunos litigantes desesperados que esplotaban la codicia del negro. En sus largas conversaciones, Pilar se permitia licencias cuya tolerancia nadie se esplicaba. Solo la naturaleza caprichosa del Dictador y su buena disposicion de ánimo en algunos dias de laxitud cerebral, podian explicar los graves abusos que cometia, condimentando con palabrotas y obsenidades sus platicas estrafalarias.

Pero un dia, las licencias de Pilar llegaron, sin duda, á un grado disgustante. El viento del Norte, seco y molesto, sopló récio y los nervios del Sátrapa octogenario crispándose mas que otros dias, levantaron la marea y produjeron mas negra y mas

destructora que nunca su ténaz melancolía. Se le vió salir á la puerta llamando á grandes voces al oficial de sus guardias y darle órden de que sacara al negro y lo fusilara inmediatamente por *ratero*. El oficial tomó de un brazo al pobre muchacho que abria desmesuradamente sus grandes ojos, presa de un terror profundo, y que, en las ansias de la muerte próxima, luchaba por desasirse dando gritos horribles y difundiendo la alarma por todo el pueblo.

La muchedumbre llamada por los ayes del *páje* se agrupaba silenciosa al rededor del patíbulo improvisado. Iban abriéndose las puertas una tras otra y por rendijitas estrechas comenzaban á asomarse los vecinos asustados y temblorosos. Los mas atrevidos salian á la vereda, pero nada mas que á la vereda, los temerarios se acercaban á veinte pasos y se interrogaban furtivamente con la vista, porque en circunstancias tales, la lengua se escondia en la garganta y cortaba todas sus peligrosas comunicaciones con el cerebro. El reo es atado á un poste y en presencia del Dictador mismo se le pegan los cuatro tiros que, segun la costumbre establecida, él con su propia mano habia repartido.

En casos como éste, hasta el mismo Estigarribia sentia sobre su pecho ciertos escozores proféticos que lo hacian cada vez mas reservado y parco con *el Gobierno*. El ejemplo era edificante y encerraba una enseñanza provechosa aun para *los amigos favoritos*. La vida estaba vinculada á los caprichos del barómetro y cuando el viento cauteloso del Norte comenzaba con su suave perfidia á acariciar la

frente del viejo, la aguja tomaba una inclinacion fatídica y se sentia cierto olor á sangre, desagradable y picante.

Francia contempló por un momento el cadáver de su page y se retiró tranquilamente á sus piezas interiores, seguido de *Sultan* cuyas caricias oscas pero discretas reemplazaron desde entonces las del pobre Pilar.

Sultan, creo necesario decirlo ya que lo introducimos en la escena, era todo un personaje; un oasis de ternura en medio de aquella inclemente esterilidad. Por los estrechos lazos que tenian con el amo, él y Pilar participaban del ódio y del respeto artificial que el pueblo le profesaba.

Cuando Sultan con su acostumbrada indolencia se echaba largo á largo en la vereda, los transeuntes bajaban respetuosamente para no molestarlo. Y como tenia el derecho inalienable de transitar libremente por todas las calles, de comer como Pilar en el plato del Gobierno y aun, segun se afirmaba entonces, de compartir la cama del amo como los *Turcos viejos* de Stambul, todos le tributaban los honores y las consideraciones que el musulman indigente á los canes hambrientos que en Constantinopla dividen con ellos el ódio y la antipatía á los infieles.

Pero Sultan solia abusar de sus prerogativas humanas. Con sus roncós y monótonos ladridos consistaba la desobediencia de los otros perros cuyas bulliciosas reuniones nocturnas mortificaban el oido nervioso del amo, dando pábulo á sus largos insómnios. Mordia el hocico á los caballos, é iba á lamer

la sangre de los ajusticiados si los fusilamientos se verificaban frente á los balcones del Gobierno (1). En las tardes de paseo, cuando Francia salía á caballo, Sultan y Pilar iban delante desempeñando tan bien su papel de batidores que aun sin descubrir la figura ridiculamente enhiesta y rijida del amo, todo el mundo se retiraba cerrando las puertas y ventanas con el profundo terror que inspiraba su presencia. El negro corría adelante y Sultan detrás ladrándolo y buscándole las pantorrillas. Los granaderos con sus sables al hombro y gritando el *chaque caray* fatidico y ese ruidito especial tan conocido que hacia la silla del Dictador y que en el profundo silencio de las calles percibian claramente los que espiaban detras de las ventanas (2) formaba un cuadro grotesco, pero al mismo tiempo triste é imponeute, para todos los que sentian pasar por delante de su puerta aquella procesion lúgubre y temible.

Fué en uno de esos paseos frecuentes al principio de su gobierno, que una de esas cuadrillas de perros errantes, tuvo la audacia de ladrar su caballo, tentando una batida á su perro. Este incidente sin importancia dió origen á que se repitiera con mayor encarnizamiento una escena grotesca pero de consecuencias dolorosas para la poblacion. Vivamente impresionado con esa falta inaudita de respeto, y sospechando una intencion velada de parte de sus

(1) Veinte años en las cárceles del Paraguay, etc.

(2) El Sr. Peña (el Ciudadano Paraguayo) decia que varias veces habia intentado, ocultándose detras de su ventana, ver al Dictador, pero que al sentir el ruido de la silla se habia retirado poseido de un terror inmenso.

enemigos, aquel espíritu puerilmente atrabiliario ordenó á sus granaderos y á algunos miembros de la *Corte* que recorrieran las calles de la ciudad y armados de picas y de sables mataran todos los perros que hallaran á su paso.

Para comprender con qué escrupulosidad temible seria cumplida esta disposicion estravagante, es necesario tener presente que no habia en Francia la amarga ironia, la intencion traviesa que inspiraba á Rosas ciertas medidas de este género. Con la misma magestad teatral con que leia las cartas de la reina de Inglaterra ó mandaba fusilar á un ciudadano, disponia que se mataran los perros ú ordenaba á Patiño que se sacara los botines para la mejor reparticion de su sangre. No cabian en su espíritu terriblemente ampuloso y egotista, esas truanerías sangrientas y sutilísimas que brotaban como chispas en el espíritu vivaz de D. Juan Manuel.

Encabezados por los mas *altos dignatarios* de aquel imperio rabeleciano, salieron los grupos á cumplir la suprema resolucion. La alarma cundió por todo el pueblo al apercibir los pelotones sucesivos que venian en son de guerra. La lucha se armó entre los soldados y los primeros perros que encontraron, dando lugar á las escenas que son de suponerse; los gritos de la tropa atrajeron los perros de las casas inmediatas que brotaban de todas partes como por obra de encantamiento y que ahullaban y bramaban juntos produciendo una algazara horrible. Los soldados los perseguian descargando hachazos y palos con

un encarnizamiento de batalla indecisa. Los escasos transeuntes corrían á su vez, alarmados sin saber si eran ellos ó los *canes* que debían morir, y empujados por esta terrible duda se metían en sus casas ó en la del vecino y cerraban sus puertas produciendo, como era consiguiente, la mas angustiosa confusion en las familias bastante acongojadas ya. Pero los soldados enardecidos por la natural resistencia, la lucha y la ensordecedora gritaria de las víctimas, empujaban las puertas, las volteaban si ofrecían resistencia y entraban hasta las piezas interiores (1) matando perros y volteando muebles, mugeres, criaturas, viejos y todo lo que se les ponía por delante, á fin de que la órden se cumpliera con la esquisita exactitud de detalles que tanto complacia á S. E. Una vez terminado el combate, la tropa se retiró triunfante dejando el campo sembrado con los cadáveres mutilados de los pobres perros. Pasosé el parte correspondiente con el consabido al *Exmo. Señor Dictador Supremo de la República del Paraguay* etc., y restablecida la tranquilidad todo volvió á su antiguo quicio con la misma sangrienta monotonía de antes!

Los comandantes de campaña que se complacían en imitar en sus vejaciones y estravagancias al jefe del Estado, declararon igual guerra á los perros haciendo perecer en pocas horas un número considerable de ellos.

En esto de imitaciones, lo mismo *los intimos* que

(1) Rengger y Longchamp. Obra citada.

los comandantes y hasta el mas humilde alcalde, llevaban lejos su ridículo entusiasmo. Cuenta Ren-ger que algunos de ellos habiendo visto que el Dictador usaba por la mañana *une robe de chambre* se habian hecho hacer un traje análogo, pero á guisa de uniforme ordinario y sin abandonarlo jamás, aun para montar á caballo, se paseaban llenos de orgullo pero descalzos y sin calzoncillos muchas veces.

En la casa de los antiguos gobernadores, que era uno de los edificios mas grandes de la ciudad, construido por los jesuitas poco tiempo antes de su espulsion, era donde el viejo déspota tenia su residencia oficial rodeado de esta Corte singular: el *fiel de fecho* memorable, su estraño heraldo, su médico herbolario, sus verdugos, el perro y otros dos amigos que compartian con este último los afectos del gobierno. Eran estos, dos cuervos (1) que vivieron humillados y oscurecidos en la inaccion á que los habia destinado la rapacidad sanguinaria de Patiño y Bejarano. Solo se ocupaban en picar el lomo de los caballos de los granaderos y en comerse la carne podrida que estos tiraban. Cuando la abstinencia se prolongaba demasiado, sus ojos relampagueaban y las álas se movian con esa agitacion convulsiva con que se mueven en presencia de la presa codiciada: tomaban olor á sangre y aleteaban hincados por el hambre y por las promesas no cumplidas, de un eterno banquete de ojos y de carne humana. Sin embargo, nunca

(1) Veinte años en los calabozos del Paraguay.

pudieron sorprenderlos devorando el ojo de algun muerto, bien es verdad que aunque lo hubieran intentado solo habrian hallado la orbita vaciada por la mano de alguno de los Guaycurús que custodiaban la *Cámara de la Tortura*. Esos eran sus dos mas formidables rivales.

Apesar de todas estas amistades aparentes, Francia era suficientemente suspicaz y demasiado cruel y sévero para conceder por completo su cariño á nadie; á no ser al perro y á los cuervos por quienes tenia verdadera predileccion, mas por misantropia que por amor á los animales.

EL ALCOHOLISMO

DEL

FRÁILE ALDAO



.

CAPITULO IV

SUMARIO—Efectos del alcoholismo—Casos notables—La dipsomania su origen, su rol en el alcoholismo crónico—Dipsomaniacos célebres—Impulsiones irresistibles—La antropofagia—El alcoholismo y la parálisis general—La embriaguez en Europa, según las últimas estadísticas—Los trabajos de Magnus Huss—Influencia del alcohol sobre ciertos acontecimientos políticos—Salomon y la Mazhorca—El consumo de alcohol durante la tiranía de Rosas—Quiroga—Francia—Artigas, etc, etc, etc.—La dipsomania del Fraile Aldao—Sus enfermedades físicas—Su origen y sus primeros años—Guardia vieja—Importancia médica de este acontecimiento—Cómo obraba el alcohol en el Fraile—Episodios de sus borracheras—Exaltaciones maniacas—¡Sangre!—Depresión moral—Enbrutecimiento—Alucinaciones—Muerte del Fraile.

BIBLIOGRAFIA—**MARCE**—*Traité pratique des maladies mentales*—**GRIESINGER**—*Traité des maladies mentales, traducido por BAILLAGIER*—**SARMIENTO**—*Civilización y Barbarie*—**MAGNAN**—*L'alcoolisme*—**MOREL**—*Degenerescences de l'espece humaine*—**VICENTE FIDEL LOPEZ**—*Historia de la Revolucion Argentina*—**KRAFF**—**EBING**—*La Responsabilité criminelle—Comptes rendus du Congres International pour l'etude des questions relatives á l'alcoolisme*—(Nº 16 de la série)—**GARNIER**—*Dictionnaire des sciences medicales—Año de 1881—Anales médico psicológicos—Año de 1874 y 1881—De L'influence de l'etat intermediaire á la veille et au sommeil sur la marche des Hallucinations—par M. J. BAILLAGER*—*Archivio di Psichiatria, Scienze penali ed Antropologia criminali*—**PAZ SOLDAN**—*Historia del Perú Independiente—Registro Oficial del Gobierno de Buenos Aires—(Año 1840)*—**ROSENTHAL**—*Traité des maladies nerveuses*—**GRASSET**—*Traité des maladies nerveuses—Registro Oficial del Gobierno de Buenos Aires—(Año 1839)*.

Susana Brunet, de cincuenta años de edad, era según el testimonio de todos sus allegados, una muger inclinada al abuso de las bebidas alcohólicas. Su cara vultuosa, su nariz espesa y rubicunda y sus manos temblorosas y como movidas

por la *parálisis agitante*, demostraban superabundantemente sus inclinaciones maléficas. A consecuencia de una discusión con su vecina y en venganza de algunas palabras un poco vivas que le habia dirigido, incendióle la casa y mas tarde, por otro atentado análogo, fué condenada sin apelacion a un asilo de locos peligrosos.

Brouchard, otro ébrio consuetudinario, compareció delante del tribunal correccional de París acusado de robos, de rebelion contra los agentes de la autoridad, de ultrajes infinitos al pudor y de tentativas inmotivadas de homicidio aleve. Brouchard fué condenado á tres meses de prision y á veinte francos de multa. Pero un alienista sagaz despues de haber leído las minuciosidades reveladoras del proceso y en presencia de ciertos documentos que él contenia, hubiera diagnosticado un principio de demencia. Ciertas concepciones ambiciosas, y sobre todo la incoherencia, esa incoherencia característica, no podian conciliarse con una locura simulada.

Brouchard era loco como Susana Brunet; ambos tenian esa locura que al principio se presenta vaga, difusa é indeterminada, pero que marcha despues á trancos seguros hácia su termino de excitacion maniaca incorregible y de irresponsabilidad absoluta.

Es la eterna historia del alcoholismo crónico: incendios, asesinatos, delirios ambiciosos, ultrajes públicos al pudor con las minuciosidades repugnantes del exhibicionismo mas indecente, cleptomania y todo cuanto puede producir la inteligen-

cia desequilibrada de un *vertiginoso*. En el fondo de una botella caben todos los delitos y todas las maldades imaginables; el alcohol estimula, el alcohol fecunda y despierta todo ese cúmulo de sentimientos bulliciosos que el hombre hereda del bruto, y que la conciencia en el estado de salud enfrena con su equilibrio potente.

Hay una fuerza secreta que tiene todo el vigor de la ciega fatalidad del instinto y que arrastra á beber con la voracidad insaciable de un deseo enfermizo; y tanto es así, que en ciertos alcoholistas recalcitrantes ella constituye una morbosidad singularísima llamada *dipsomania*, especie de impulsión irresistible de la categoría de la antropofagia y de la cléptomania. Aparece, ó como una forma particular de las locuras instintivas, ó simplemente como una inclinación por los licores alcohólicos, puramente sintomática y que se observa al principio de algunas enfermedades mentales.

La primera de estas formas era la que arrojaba al Fraile en sus repetidas borracheras y la segunda es amenudo el largo y oscuro introito de la *parálisis general*. En este último caso solo es un síntoma, pero un síntoma grave que acelera singularmente la marcha de los accidentes, y que, á la larga, se convierte en causa. Como análoga á esta impulsión y ejemplo del poder facinador que todas ellas ejercen en el ánimo, recordaré aquella curiosísima perversion que arrastraba al irreprochable Bertrand á comer la carne humana y á profanar los sepulcros.

El sargento Bertrand, cuya conducta era por

otra parte perfectamente ajustada á la disciplina, se iba de noche á los cementerios de París y de sus alrededores, desenterraba los muertos, los mutilaba á su gusto, favorecido por la oscuridad, y se entregaba á actos bochornosos de cohabitacion.

Bertrand habia sido en su infancia sombrío, taciturno y tenia un tio loco: circunstancia esta última que abogaba en favor del origen mórbido de sus brutales apetitos. Habiendo asistido un dia al entierro de un conocido suyo, fué atacado súbita y violentamente por el deseo de desenterrar el cadáver y devorarlo; este fué el primero de sus accesos, los cuales se repitieron despues cada quince dias y se anunciaban por una cefalalgia intensa, un malestar indefinible y el impulso maligno durante el cual, y á pesar de los culatazos y de las estocadas que le aplicaban los que espian sus pasos, escalaba los muros y desenterraba los cadáveres, sin sentir la menor repugnancia, ciego y facinado por el empuje. (1)

Asi precisamente con esta intensidad tempestuosa es que arrastra y facina la dipsomania.

Los estragos irreparables que hace el alcoholismo en algunos paises tiene, por lo menos en parte, su filiacion patológica, en estos casos frecuentes y por lo general poco conocidos de dipsomania. Se comprenderá fácilmente esto, si se tiene presente la frecuencia alarmante de la parálisis general que, como se sabe, comienza en muchas ocasiones ocultándose, diremos así, bajo esta forma incidiosa. La

(1) Marcé.—*Traité des maladies mentales.*

parálisis general y el *alcoholismo* son las dos plagas sociales de mayor consideracion, porque se ayudan mutuamente y se vinculan de una manera mas íntima, mas estrecha de lo que habitualmente se cree. Cada una de ellas y alternativamente es causa y efecto á la vez: el alcoholismo es, en muchísimas ocasiones, una de las causas de la parálisis, y ésta lo es en otras del alcoholismo que la sobrepasa en su creciente intensidad, suministra el mayor número de víctimas y se va de año en año difundiendo por todo el mundo con la actividad propia de las grandes plagas.

De 2,809 locos enviados á la enfermeria de la Prefectura del Sena en 1876, de los cuales 1677 eran hombres y 1132 mujeres, el alcoholismo existia en 776, es decir, en mas del tercio. Un informe de Mr. Ouslow revela, por lo que toca á Inglaterra y al país de Gales, lo frecuente que es allí la *borrache-
ra del domingo*. En una poblacion de 22.721,266 habitantes ha habido, segun dice, desde el 29 de Setiembre de 1876 á Setiembre de 1879, 47,401 prisiones por alcoholismo; es decir la enorme suma de *quinze mil ochocientos cada año*. En Liverpool ascendieron á 4,721, sobre 497,405 habitantes y en Manchester que cuenta 351,189 almas hubo 3,282. En Lóndres, Birminghan y sobre todó en Sheffield, en donde las condenaciones ascendieron á 175 *simplemente*, sobre una poblacion de 239,946 es rara la *borrache-
ra del domingo*. (1)

Paris suministra esta estadística: sobre un total

(1) Del Diccionario de Garnier—Año 1877 y 1880.

de 2,582 individuos detenidos por locos en su domicilio, en la via pública ó condenados en el departamento del Sena en 1879, habia 573 hombres y 157 mujeres afectadas de delirio alcohólico franco: cifra enorme que manifiesta hasta dónde puede influir el alcoholismo en la produccion de la locura (Garnier).

Y no es reciente esta alarmante propagacion. Lo que la estadística enseña hoy con colores tan téticos, ha sido un mal de todas las épocas; un mal que por distintas causas ha permanecido velado, y como escondido bajo otros aspectos, hasta que trabajos magistrales, como la célebre Memoria de Magnus Huss, lo pusieron de manifiesto, revelando al mundo el secreto de esta difusion creciente de la locura alcohólica que hace centenares de víctimas en ciertas poblaciones del Norte.

Dadas sus múltiples maneras de manifestarse y sus variados efectos, muchos acontecimientos sociales, ciertas conmociones políticas de carácter aliénico, como los escesos de la Comuna y el fanatismo convulsivo de los poseidos de Bordy podrian encontrar talvez, y encuentran segun algunos, una explicacion plausible en sus efectos difusos. No tengo duda alguna que muchas de las tumultuosas peregrinaciones de la Mazhorca, tenian su origen en esas libaciones abundantísimas por medio de las cuales el *bondadoso* Salomon fabricaba el entusiasmo federal de sus amigos. Los grandes banquetes federales dados para celebrar á su modo las fiestas pátrias, los triunfos de los ejércitos de Rosas, los natalicios de los miembros conspícuos

de su familia y aun la prision y el fusilamiento de algun *salvage* recalcitrante, eran celebrados de esta manera singular.

Las pipetas del licor venenoso, que llevaban Alegre y Ochoteco, se apuraban pronto; y cuando ya la voz de alguno enronquecia, cuando la palabra se arrastraba balbuciente y se secaba la garganta, bajo el influjo irresistible de aquel tósigo que dejaba apenas entreabierta la pupila, el federal inofensivo ¡cuantas veces víctima de su propio entusiasmo! habia completado su transformacion psicológica en el mazhorquero intransigente, brutal pero irreprochable en el concepto de Rosas. La famosa ginebra que repartia Parra y que dejaba en las fauces empedradas de sus asociados una estela de inflamaciones mortíferas, era el indispensable estímulo de todas sus comilonas. De otra manera muchas de las esplosiones del *furor popular*, que tan eficazmente coadyuvaban á la política casera de D. Juan Manuel, no se hubieran producido con la oportunidad que él deseaba. Este uso del alcohol como agente político, explica la enorme entrada que, en algunos años hubo de él en Buenos Aires; y á tal punto estan ligados estos hechos que talvez los registros de la Aduana hubieran sido el mejor barómetro para predecir muchas de estas tempestades. Comprendo que el punto necesita estudio y aclaraciones que aun no he podido hacer, pero lo cierto es que, en el primer semestre del año *treinta y nueve*, se consumieron cerca de mil pipas de aguardiente (1);

(1) Tómo estos datos del Registro Oficial del año 1839.

dos mil doscientas cuarenta y seis pipas de vino de distintas clases, probablemente de las mas ínfima que es la menos cara y la que produce con facilidad asombrosa el entusiasmo hidrofóbico que se apetecía; *tres mil ochocientas treinta y seis* frascas de ginebra, *doscientas sesenta y dos pipas, dos mil ciento ochenta y dos* damajuanas y *treinta y dos arrobas* de la misma bebida; además de *doscientas cuarenta y seis* barricas de cerveza, *cuatro* barriles de coñac y *cinco* barriles de oporoto que figuran en el registro, sin contar, por supuesto, el inmenso contrabando que entonces suministraba á bajos precios y en grandes cantidades todo genero de bebidas.

Solo en estas épocas singulares, y determinados hombres han sentido y lo que es peor, nos han hecho sentir los efectos difusibles del alcoholismo.

Se dice, y no sé con qué fundamento, que Quiroga acostumbraba enardecer sus turbas con grandes beverages; que el Dictador Francia hacia uso frecuente de la caña (1); que Artigas solía embriagarse, y que la accion mortífera del *amilismo* ha despertado mas de una vez en D. Juan Manuel los impulsos sanguinolentos de su locura moral. Después de la sublevacion de San Juan, el precioso Regimiento N^o 1 de los Andes, pereció en los delirios que la ebriedad y la licencia promovian entre aquellos sargentos y soldados abandonados á si mismo y dueños del poder (2). Blacito y Ortoguez,

(1) Clamor de un Paraguayo—atribuido á Molas.

(2) V. F. Lopez—Historia de la Revolucion Argentina, t. 3^o.

los dos mas feroces satélites de Artigas, vivian ébrios y oprimidos por el *delirium tremens*; y Monterroso, el famoso secretario del *Protector de los pueblos libres*, se embriagaba tambien frecuentemente buscando en la caña de las pulperias la luz con que iluminaba las largas disertaciones literarias de su cancillería.

Pero de todos estos amantes reales ó ficticios (y digo ficticios porque no es posible dar entero crédito á la tradicion complaciente y partidista, muchas veces), ninguno como el Fraile, tipo acabado del alcoholatra irreprochable y contumaz. En pocas personas se vé, como en él, esa inclinacion fatídica que he mencionado bajo el nombre de *dipsomania*, cuyas fascinaciones impulsivas constituyen por sí solas una morbosidad incurable. ¿Cómo se presentaban y cuáles fueron sus efectos? Es lo que vamos á ver.

Como siempre sucede en estos casos, manifestábanse al principio bajo la forma aguda, probablemente con su procedimiento habitual de accesos repetidos cada mes ó cada quince dias; iniciándose con su período doloroso de suma tristeza, con la cefalálgia intensa y la ansiedad precordial angustiosa que siempre precede al deseo de beber, tan irresistible, tan pujante, tan bárbaro como no puede imaginarse antes de haberlo presenciado alguna vez. Sentía venir aquellas invitaciones fascinadoras y sin deplorar los excesos á que lo llevaban despues, bebía hasta que la exaltacion maniaca lo precipitaba en un delirio furioso, ó el sueño pesado

y letárgico en que termina el cuadro, lo hundía en un estado de muerte aparente.

Nada detiene á estos poseídos endemoniados cuando sienten desatarse bajo su cráneo, aquellas furias ingobernables. Por eso no me asombra la vehemencia rabiosa, insaciable, con que el Fraile buscaba la bebida. Cuando se concluye el dinero venden sus muebles, sus vestidos, los de su muger y de sus hijos para satisfacer sus deseos. Los que conservan aun cierto recato y temen entregarse públicamente á sus impulsiones, saben disimular con admirable tino, recurriendo á mil subterfugios extravagantes; se encierran, dice Marcé— se aíslan por completo del mundo y cuando no pueden procurarse el aguardiente, beben el agua de colonia ó cualquiera otra mezcla alcohólica que encuentran á la mano. (1) Hasta se ha visto individuos que bebían el alcohol de las preparaciones anatómicas. En el intervalo del acceso, ciertos dipsómanos pueden beber abundantemente sin que se produzca la crisis del delirio característico, mientras que, cuando el momento de su aparición fatal se acerca, les basta una cantidad mínima de bebida para trastornar todo su equilibrio mental; prueba evidente—dice Krafft—Eving—que el acceso dipsomaniáco reposa sobre una perturbacion general de la inervacion, que nos obliga á mirar á los desgraciados que la padecen, no como culpables, sino como enfermos simplemente. (2)

(1) Krafft—Eving.

(2) Krafft—Eving. Obra cit.

Cuando la enfermedad se hace crónica, viven como vivía el Fraile en los períodos finales de su enfermedad, en esa intoxicación permanente que postra para siempre la inteligencia; que hace imposible todo esfuerzo de voluntad, «toda lucha entre la razón y los detestables impulsos que los absorben, hasta que una demencia incurable ó una *parálisis general* viene á apagar su triste existencia».

Aldao tenía en la etiología de todos sus males, el agudo aguijón de dos enfermedades que sostenían el exagerado estímulo de su cabeza. De ellas, la una era física y horriblemente dolorosa, la otra moral y tan terrible como la anterior: el cáncer que roía de una manera rápida y tenaz su rostro repugnante, y ese cúmulo de agitaciones, que alguien ha llamado remordimientos, y que en estrecho consorcio con sus impulsos dipsomaniacos lo arrastraban á beber con tanta ansiedad. Sucedia con este *amilista* legendario, lo que con todos los ejemplares de su género: por razones de organización ó por disposiciones hereditarias, se entregaba á estos excesos, no porque buscara el placer que procura la satisfacción de una necesidad sentida, sino obedeciendo á ese secreto y vigoroso empuje que, así como lleva á otros á comer la carne humana, á desenterrar los muertos ó á cohabitar con los animales, á ellos los obliga á beber, á beber siempre y de una manera casi automática. Y tan bebía sin placer, que en sus copiosas libaciones finales, se confundían en una mezcla insoportable los buenos y los malos licores; el vino

de Mendoza, la ginebra y las bebidas mas repugnantes; la miel de caña, la cidra y hasta el aguardiente de quemar mismo, que constituye como se sabe, el último y supremo recurso de los ébrios consuetudinarios.

Aldao era hijo de un honrado vecino de Mendoza; y desde su niñez, manifestaba como Rosas la estraña organizacion moral que despues le conocimos. Como la suave disciplina del hogar no fuera bastante para contener la turbulenta indocilidad que mostraba, «sus padres lo dedicaron á la carrera del sacerdocio, creyendo que los deberes de tan augusta mision reformarian aquellas malas inclinaciones; pero su noviciado fué como su infancia; una série no interrumpida de inmoralidades» (1). Esta impetuosidad de carácter, exuberancia enfermiza de un temperamento que, durante las primeras épocas de la vida se desbordaba en escesos de todo género, respondía á esa sobreactividad orgánica patológica que en muchos individuos constituye el síntoma precoz de una neuropatía. Dice Cardan, que en la juventud de muchos hombres, célebres por sus crímenes, se vé esta estraordinaria actividad del dinamismo nervioso, esta suprema necesidad de ocupar en la práctica de los vicios una actividad que mas tarde emplean en el ejercicio de grandes empresas ó de grandes crímenes. En su vida pública el Fraile Aldao dió prueba de ello, haciéndose notar por sus desórdenes inauditos, por sus graves delincuencias y por

(1) Sarmiento.—Vida del Fraile Aldao.

las manifestaciones ruidosas de un carácter que habia estado comprimido momentáneamente por los hábitos de mansedumbre que vestía.

Cuando la escitacion general de la época de nuestra independenciam, difundiéndose hasta en los templos mismos, llegó á tocarle, *aquella maza de tormenta* principio su larga y dolorosa convulsion; y abandonando el claustro á que habia sido arrastrado contra la corriente de sus inclinaciones, se entregó á todo género de estravagancias, poseido de una exaltacion visiblemente mórbida. Principia manifestándose en la pequeña epopeya de Guardia Vieja, episodio poco conocido, pero que él ha iluminado con la luz de su heroismo insólito. Toda esa fuerza acumulada sobre su espíritu, oprimida por aquella honda tonsura que gravitaba como una montaña de infamia sobre su cráneo, y que habia ido creciendo paulatinamente, fomentada por las monotonías mortales del convento, estalló allí con un vigor esplosivo y sonoro. Parecía, mas bien que un *guerrero implacable arrastrado por el enardecimiento del combate*, un maniaco epiléptico que va huyendo de ese enjambre de visiones sangui-nolentas que lo persigue durante el *aura*.

En medio de la pelea «y en lo mas reñido de la refriega, veíase una figura estraña, vestida de blanco semejante á un fantasma, descargando sablazos en todas direcciones, con el encarnizamiento de un guerrero implacable. Era el Capellan segundo del ejército, que arrastrado por el movimiento de las tropas, exaltado por el fuego del combate, habia obedecido al fatídico grito de *¡á la carga!*

precursor de matanzas y esterminios. Al regresar la vanguardia victoriosa al campamento fortificado que ocupaba el General Las Héras con el resto de su division, las chorreras de sangre que cubrian el escapulario del Capellan, revelaron á los ojos del gefe, que menos se habia ocupado en auxiliar moribundos, que en aumentar el número de los muertos » (1).

En estos arranques súbitos ya se presentía el hombre que iba á obrar toda su vida bajo la tiranía de estos impulsos incluíbles que tienen toda la bárbara instantaneidad del ictus, la brusquedad súbita de un golpe de sangre, y que arrebatan con fuerzas sobrehumanas á los caracteres mas pasivos é inconvencibles. Asi es que en él, las primeras fascinaciones del alcoholismo, dando á esos impulsos un nuevo jiro, enardeciéndolos con sus profundas perturbaciones, fecundando toda esa vegetacion rastrera y venenosa que hasta entonces habia jermiado secretamente en su alma, no hicieron sinó acentuar mas su carácter mórbido imprimiendo á todos sus actos aquel sello tan peculiar que pone la enagenacion mental en la fisionomia intelectual de sus víctimas. Si bien es cierto que el alcoholismo era lo que dominaba la sintomatología de sus trastornos ayudando á establecer un diagnóstico claro y definitivo, él no era, sin embargo sinó la consecuencia de un estado anterior orgánico; el producto de una cierta predisposicion

(1) Sarmiento.—Vida del Fraile Aldao.

ingénita que principió á manifestarse en todos aquellos actos irregulares de la primera época de su vida. Por esto las propensiones á la bebida no vinieron paulatinamente como sucede en otros individuos que beben por hábito mas que por enfermedad. Nacieron por impulsos sucesivos, regulares, con un carácter morboso definitivo; por empujes repentinos análogos á esos bruscos ataques de monomanía homicida que crisan el brazo del que mata friamente á su padre.

Comenzaban cruzando por su cabeza como relámpagos; le abrazaban el cráneo y desaparecian dejando una impresion penosísima. Entónces, con qué vehemencia horrible deseaba la bebida para saciar aquella sed; aquella sed imaginaria y sin embargo tan cruel que le echaba como un lazo corredizo á la garganta y que invertía completamente su ser, concentrándolo todo en esta necesidad suprema; única, irresistible que fascina al dipsomaniáco: la necesidad de beber, de beber siempre, de beber abundantemente hasta que la plétora, la imbibicion repugnante que lo hace retrogradar á empujones hasta el bruto, lo hunde en un sueño apoplético ó lo arrastra en un vértigo de sangre y de depredaciones inauditas. Al principio pedía alcohol simplemente, cualquiera que fuera su forma y sus cuá- lidades, pero despues bebia hasta el aguardiente de los reberberos, el agua de colonia, el vinagre y hasta la tinta se hubiera bebido con íntima fruicion, aquella béstia loca de una sed alcohólica sin trégua!

Conforme fueron acentuándose estos impulsos, sus costumbres se hicieron crapulosas y sórdidas,

su lenguaje grosero acompañado de maneras violentas y bestiales.

A la menor escitacion sobrevenia un delirio agudo y furioso, en cuya patogénia, bueno es decirlo, no tenia influencia *actual* la ingestion de bebidas. Era ese delirio periódico que viene en los *amilistias* consuetudinarios bajo la influencia de causas pueriles y que otras veces se presenta espontáneamente, tal vez por la probable acumulacion de algun fluido análogo á aquel cuya concentracion en el bulbo produce segun las modernas teorías las crisis del *mal caduco*.

No era ya la dipsomanía simplemente, sino la enagenacion mental declarada, producto de la accion lenta y continuada del alcohol sobre la inteligencia: locura confusa por la presencia de formas y delirios de distinto género, que es precisamente el carácter de las que tienen un origen alcohólico; mezcla desagradable de muchas y de distintas modalidades que se combinan confusamente dando por resultado un cuadro abundante y raro. Tal fué el estado extraordinario en que vivió el Fraile por mucho tiempo hasta que el cáncer acabó con él.

Lo único que predominaba por su vigor y por su persistencia tenaz (y esto solamente al principio), eran los impulsos homicidas que le obligaban á entregarse á actos inauditos de violencia. Caia en un estado de suprema emocion con su sensibilidad suficientemente embotada para ver sin inmutarse alrededor suyo la desolacion y la sangre que su propia mano producía.

Un día, no recuerdo precisamente en que año, uno de los pequeños ejércitos que combatían contra sus hordas, estipula un armisticio en el Pilar.

.....
Eran las tres y media de la tarde «ajustado el convenio, las tropas habían hecho pabellones; los oficiales andaban en grupos felicitándose de un desenlace tal fácil. D. Francisco Aldao se presenta en el campo enemigo; bien venidas cordialmente amistosas lo saludan; entáblase una conversacion animada; las chanzonetas y las pullias van y vienen entre hombres que en otro tiempo han sido amigos. Un momento despues un emisario del Fraile se presenta intimando rendicion so pena de ser pasados á cuchillo; mil gritos de indignacion partieron de todas partes: Francisco fué el blanco de los reproches mas amargos.»

—«Señores»,—decía con dignidad y confianza, «no hay nada: es Félix que ya ha comido!» dando á estas palabras, que repitió varias veces, un énfasis particular, y á un ayudante la órden de avisar á Félix, que él estaba allí; que el menor amago de su parte era una violacion del tratado. La alarma corrió por todo el campo á la voz traicion! traicion! de los soldados: los oficiales llamaban en vano á la formacion, cuando seis balas de cañon arrojadas al grupo donde estaba Francisco, avisaron al campo que las hostilidades estaban rotas, sin saberse por qué. Si los cañonazos demoran un solo minuto mas, D. José Aldao entra tambien al campo; pues lo sorprendieron en la puerta, de donde se volvió exclamando: «éste es Félix! ¡ya está borracho!»

En efecto, borracho estaba, como era su costumbre por las tardes; tres ó cuatro dias antes, habia sido preciso cargarlo en un catre para salvarlo de las guerrillas enemigas que se aproximaban.»

«La confusion se introdujo en el campamento y la aproximacion de los auxiliares de D. Félix, y los Azules de San Juan completaron la derrota. Un momento despues penetraba el Fraile en el campo á tan poco costo tomado: sobre un cañon estaba un cadáver envuelto en una frazada; un pensamiento vago, un recuerdo confuso del mensaje de su hermano, le hacen mandar que le destapon la cara. «¿Quién es éste?» pregunta á los que lo rodean. Los vapores del vino ofuscaban su vista á punto de no conocer al hermano que tan brutalmente habia sacrificado. Sus ayudantes tratan de alejarle de aquel triste espectáculo antes que reconozca el cadáver. «¿Quién es éste?» repite con tono decisivo. Entonces sabe que es Francisco. Al oir el nombre de su hermano, se endereza, la niebla de sus ojos se disipa, sacude la cabeza como si despertára de un sueño, y arrebatada al mas cercano la lanza. ¡Ay de los vencidos! La carnicería comienza; grita con ronca voz á sus soldados: «¡maten! maten!» mientras que él mata sin piedad prisioneros indefensos.» (1)

.....

Manda á sus soldados que maten á sablazos á los oficiales prisioneros, entre los que se encontraba un jóven distinguido por su valor llamado Joaquin Vi-

(1) Sarmiento—Vida del Fraile Aldao.

llanueva. Éste «recibe un hachazo por atrás, que le hace caer la parte superior del cráneo sobre la cara; se la levanta y echa á correr en aquel círculo fatal limitado por la muerte; *el fraile* lo pasa con la lanza que entra en el cuerpo hasta la mano, y no pudiendo retirarla otra vez, la hace pasar toda y la toma por el otro lado: la carnicería se hace general, y los jóvenes oficiales mutilados, llenos de heridas, sin dedos, sin manos, sin brazos, prolongan su agonía tratando de escapar á una muerte inevitable.» (1)

.....

« Las partidas se vienen á la ciudad, y cada tiro que interrumpe el silencio de la noche anuncia un asesinato ó una puerta cuya cerradura hacen saltar. El día siguiente sobrevino y el saqueo no habia cesado. El sol apareció para contar los cadáveres que habian quedado en un campo sin combate, é iluminar los estragos hechos por el pillaje.» (2)

.....

Luego, á los oficiales que van viniendo los hace reunir en un cuadro y los va matando uno por uno, animado de esa extraordinaria frialdad que caracterizaba todos sus ímpetus homicidas.

Así era aquel pobre Fraile alcoholizado hasta la médula de los huesos, cuando el delirio se apoderaba de su cerebro: incansable, lascivo para la sangre, mataba con su propia lanza hasta que las

(1) Sarmiento—Vida del Fraile Aldao.

(2) Sarmiento—Vida del Fraile Aldao.

alucinaciones de la noche le sorprendian terminando aquellos cuadros de horrible destruccion.

Escenas análogas se repitieron con frecuencia hasta que los profundos trastornos materiales que trae el alcoholismo, transformaron completamente la índole de sus accesos. Mientras el delirio con sus impulsiones peculiares se producía, las mantanzas eran inevitables. Sus instintos *carníceros* comprimidos, se desencadenaban con una viva expansión hasta que la saciedad ó el cansancio fatigaba la mano ó las perturbaciones intelectuales desaparecian. Entonces, pero nunca antes de tres ó cuatro dias, principiaba el Fraile á darse cuenta de su estado, sin embargo de que conservaba todavía esa indecision de espíritu que nunca abandona al alcoholista. Durante el dia se manifestaba silencioso, huraño y reconcentrado; se entregaba con cierta reserva á sus juegos habituales, pero sin hablar mucho ni salir de su casa.

Cuando la *fatal tarde* se aproximaba, perdía su aplomo, porque la noche llegaba poblada de mil visiones horribles y estravagantes. Terrores vagos, que se aumentaban á medida que la luz del dia se alejaba, principiaban á ajitarlo hasta el punto de hacerle mirar con verdadero horror la maldita hora de acostarse. Las alucinaciones dolorosas volvian á tomar su imperio y de nuevo comenzaba á sentir las mil impresiones repugnantes que producen sobre la piel de los alcoholistas en delirio, todos esos estraños animales que la arañan y la acarician alternativamente con caricias y arañones que no son de este mundo, segun sus propias

espresiones; los hilos de hierro que los rodean y los queman, que los pinchan, que los encierran como en una cárcel de fuego, y los oprimen de una manera tan cruel, produciendo la viva ansiedad que echaba al Fraile en sus extraordinarios estravíos.

¡Ay de los vencidos y de sus prisioneros! ¡Ay de sus mugeres y de sus amigos porque entonces el Fraile era capaz de matar á sus propios hijos sin repugnancia alguna!

.....

«Vivos estan muchos que le oyeron dar órdenes de asesinato, detallando á sus sicarios todas las circunstancias que debieran acompañar la muerte: á sablazos, en el lugar tal, á las once de la noche, cortarles las piernas y brazos; á otros sacarles la lengua; á uno, en fin, castrarlo. Una madre pudo reconocer á su hijo por un escapulario del Cármen obra de sus manos. El Dr. Salinas fué descubierto por la lavandera, que le conocia una camiseta listada.» (1) •

.....

«Su hermano José, más humano, mas moderado, tambien, trabajó para apaciguar *esta sed de sangre* que se habia apoderado del Fraile; pero *la fatal tarde venia y con ella la embriaguez que aconsejaba crímenes que no habian sido premeditados.*» (2)

De ahí en adelante la enfermedad cámbia de aspecto; la suprêmea exaltacion del principio va pro-

(1) Sarmiento—Vida del Fraile Aldao.

(2) Sarmiento—Vida del Fraile Aldao. •

gresiva y precipitadamente disminuyendo hasta producir un estado opuesto; un decaimiento lamentable sucede á la dinamia, término fatal y necesario del alcoholismo crónico. Desde entonces «vivió lleno de alarmas; y aquellos escosores internos, aquel horror de sí mismo» que eran el producto de la lenta intoxicacion, y que iniciaban la segunda faz de su enfermedad, comenzaron á repetirse cada vez con mayor frecuencia hasta tomar el aspecto alucinatorio que le es peculiar.

Un destello de su primitiva virilidad brillaba apenas. El mas esforzado guerrero, el mas valiente de los paladines de su época transfórmose de la noche á la mañana en un cobarde pueril, agobiado por todos los achaques de una decrepitud precoz.

Es que esta enfermedad temible impone á la larga ó á la corta, segun el grado de resistencia individual, un debilitamiento, ó mejor dicho, una atrófia profunda de las facultades morales y físicas. No hay órgano ni tejido por grande que sea su insignificancia fisiológica, que escape á su influencia difusa y gangrenosa. La mayor parte del líquido es absorbido por las venas, cuando se lleva directamente al estómago; arrastrado por la circulacion, va á ejercer su influencia sobre todo el organismo y con preferencia, sobre el cerebro, el hígado, los pulmones y los riñones.

Bueno es tener presente su marcha desastrosa al traves de todos los tejidos de la economía, para comprender bien como se operan en el corazon humano estas incomprensibles é inauditas trans-

formaciones que con tanta viveza se manifiestan en el Fraile y que solo el alcoholismo las explica.

Puesto en contacto con la sustancia cerebral por medio de los pequeños vasos sanguíneos, el alcohol exalta las funciones de este órgano, y esta exaltacion que está en relacion con la cantidad de alcohol absorbido, se traduce, primeramente por una alegría inusitada á la cual sucede una insupportable locuacidad con marcada tendencia á rodar en el mismo círculo de ideas; despues, la marcha se hace menos segura, cesando la alegría para dar lugar á un cierto grado de irritabilidad. De aqui en adelante las escenas que se suceden cambian de aspecto. Ya no es la escitacion únicamente, es una perversion de ideas, un verdadero delirio mas ó menos agresivo, más ó menos violento, que termina unas veces en un balbuceo incoherente, en un estado de agitacion extrema otras, ó en una crisis de furor ciego durante el cual el hombre es capaz de cometer todos los crímenes imaginables, hasta que cae fatigado, deprimido por el esceso mismo de la escitacion (1).

Cuando semejantes escesos se repiten con cortos intervalos, tienen por consecuencia inevitable un acceso de alcoholismo agudo (delirium tremens) delirio especial de los bebedores que por si solo puede determinar la muerte. Pero cuando la accion del alcohol, aun sin pasar la ligera escita-

(1) Toda esta sintomatología del alcoholismo, la copio de un « Avis sur les effets de l'alcohol » publicado en los « Comptes-rendus du Congrès International pour l'étude des questions relatives á l'alcoholisme. 1878 »

cion del principio, se repite todos los dias, á la simple conmocion del tejido nervioso que produjo esta ecsitacion, suceden poco á poco lesiones materiales; despues viene la congestion difusa mas ó menos generalizada, mas ó menos persistente del cerebro hasta el resblandecimiento final. Entonces ya no es una efervescencia alegre, sino accesos de furor en los cuales se revelan estos desórdenes y á los que se agregan los dolores de cabeza persistentes, los vértigos, las alucinaciones y un debilitamiento gradual de las facultades morales é intelectuales; la pereza del espíritu, la pérdida de la memoria y el embarazo de la palabra. (1)

Obrando sobre el hígado, lo congestiona y determina una inflamacion que concluye en la supuracion del órgano ó en una degeneracion grasosa ó fibrosa del tejido normal. Sobre el corazon produce enfermedades rápidas, violentas, lo mismo que sobre los riñones que por su funcion eliminadora sufren la accion irritante, continua del veneno; trae fluxiones crónicas al pecho, produce la gota, la piedra y la tuberculosis pulmonar; predispone al cólera, á la fiebre tifóidea, á la disenteria y á la viruela. En una palabra, es tan grande la miseria de aquel organismo en completa decadencia, que no hay enfermedad que no haga en él, mas que en cualquier otro, estragos horribles.

En este breve resúmen está la historia entera del alcoholismo, y en él el génesis fácil de aquella úlcera cancerosa que devoraba la cara del Fraile,

(1) *Avis sur les dangers etc., etc.*

cuyo estado de saturacion hacia ineficaz y difícil todo tratamiento. Porque debe tenerse presente, que la herida mas pequeña, sin gravedad en el hombre sóbrio y sano, se hace, én el ébrio con-suetudinario, el punto de partida de accidentes terribles. (1)

Insignificante al principio, aquella pequeña ulceracion del lábio hubiera curado *tal vez*, pero el mal estado anterior de todos los órganos, cuyo funcionamiento armónico exige la buena nutricion, agravó terriblemente su marcha. La reparacion de las pérdidas ocasionadas por ella, exigia una sangre pura y el concurso regular de todas esas fuerzas que sostienen la vida; pero su sangre miserable habia hecho difícil la cicatrizacion.

Ya tenia todos los signos de la degradacion física: solo faltaba el último eslabon de esta gruesa cadena que termina fatalmente en la muerte; faltaban las perversiones finales de la sensibilidad moral que pronto vinieron y que transforman completamente el carácter del alcoholista, haciéndolo impaciente, agresivo, inquieto y arrojándolo en una ansiedad dolorosa. A la accion incitante del líquido se agregaron las alarmas que son su consecuencia y que constituyen uno de sus mas constantes signos. A los continuos temores que lo asaltaban, se siguió el cansancio del insomnio. Cuando dormía solo conciliaba un sueño difícil, penosísimo, incompleto; casi siempre perturbado por ensueños y visiones horribles en que caia en

(1) Avis sur les dangers etc., etc.

precipicios ó veía cosas estrañas, muertos, fantasmas, mónstruos mas ó menos horrorosos.

La fisionomía habia perdido ya la espresion de la vida, por la palidez lívida profunda y la alteracion de sus rasgos humanos. La úlcera por un lado, arrebatándole la mitad del rostro y por el otro ese sello de suprema angustia enjendrada por la perversion respiratoria que oprime el tórax hasta producir un verdadero estado de asfixia, le daban el aspecto desagradable de un aparecido. Era tan grande, tan profunda la depresion de sus facultades físicas y morales, que se habia hecho pusilánime, cobarde, inepto é indefenso en presencia de las emociones mas insignificantes. Los terrores y las aprehensiones que experimentaba, le habian despertado cierta disposicion moral propicia al desarrollo de las otras manifestaciones mórbidas complementarias: el delirio de las persecuciones, las ideas de suicidio y los múltiples actos de estravagancias peligrosas que ponen la última mano al cuadro de los síntomas. A medida que la enfermedad tomaba su carácter crónico, iba apareciendo y acentuándose mas aquel caimiento bochornoso que lo habia transformado de una manera tan radical. La pérdida de ciertas calidades apreciables que antes lo hacian menos odioso, y con las cuales supo inspirar afecciones durables y desinteresadas, era ya un largo tranco hácia esa incurable estupidez en que por fin quedan hundidos estos desgraciados. El alcoholismo habia envenenado, mejor dicho, ahogado en grasa hasta el valor lejendario de aquel brazo de bronce que mane-

jaba en Guardia Vieja la lanza implacable de los Granaderos á caballo. Era un desdichado que inspiraba lástima y repugnancia al último recluta; y la desaparición de sus condiciones de hombre, no ya de héroe, se hicieron tan visibles despues de la batalla de Laguna Larga, que llegó á excitar «el desprecio de sus guardianes por sus terrores pánicos, sus alarmas sin motivos.»

Despues de la derrota, su cuerpo obeso y deforme no le habia permitido huir; y, alcanzado por un soldado, fué hecho prisionero y conducido á la cárcel de Córdoba. Allí fué donde la panofobia enfermisa llegó á su grado de suprema amplitud y «á cada uno que se le acercaba pedia con inquietud noticias de los rumores que sobre su muerte próxima corrian; los mas insignificantes movimientos de la cárcel los interpretaba siniestramente; en fin, el sueño habia huido de sus párpados y el dia lo sorprendia espiando á los centinelas. Algunos sacerdotes emprendieron la obra de reconciliarlo con la iglesia; y, sea efugio sugerido por el miedo, sea verdadero arrepentimiento, abrazó con ansia el partido que se le ofrecia; tomó el escapulario de la órden Domínica, y emprendió con empeño la tarea molesta de estudiar el latin que habia olvidado. Un dia que recibia lecciones de D. José Santos Ortiz, dirigió una mirada á un centinela colocado en frente de la puerta: los soldados sabian los temores que sufría, y el centinela tuvo la malicia de pasarse la mano por el cuello indicando decapitación: el fraile convertido arroja

el breviario, se levanta precipitadamente, y esclama: temblando *¡me fusilan, me fusilan!* (1)

Toda la precoz decrepitud del último período del alcoholismo, está pintada en este cuadro con tanta verdad como admirable colorido. Para que nada faltára á aquel pobre espíritu atribulado, la actividad extraordinaria que el alcohol imprimía al cerebro envenenado, le hacia perder el sueño y apurar los horrores y los amargos tormentos de una existencia moral y físicamente gangrenada. Sentía desprendérsele la vida en los pedazos de carne de su cara, sin la promesa, siquiera lejana, de una tregua; porque el cáncer, el enemigo implacable que tanto desprecia la esperiencia secular de la medicina, no concede jamás ni la esperanza de esa vislumbre celeste entre la cual viene envuelta, como una hada amorosa, la muerte consoladora que pone término breve á tanto martirio.

Desde entonces vivió en una vigilia constante, porque el sueño, si alguna vez lo conciliaba, era, como he dicho antes, ajitado por visiones pavorosas; lleno de cuadros siniestros y de escenas de sangre que lo despertaban embargado por un terror insoportable!

Qué impresion estraña producian aquellos ojos, habitualmente soñolientos, cuando brillaban con esa súbita fosforescencia que ilumina la pupila anchamente dilatada al alcoholista delirante, rodando en el fondo de una órbita honda y oscura como una fosa de pobre. El lado sano de la cara congestionado y en

(1) Sarmiento—Vida del Fraile Aldao.

partes livido, presentaba el aspecto mas repugnante que pueda imaginarse; y para colmo de desdichas, su lengua seca y dura, medio humedecida, sin embargo, por el icor canceroso, se pegaba al paladar cuando queria articular una palabra ó un grito de r bia. La  lcera le habia comido el carrillo, la oreja y parte de la nariz y ya tendia la garra hácia el ojo derecho que pronto quedaria fundido. Estaba siempre atrozmente dolorida, circunstancia que contribuia para deprimirlo, inflamada y cubierta de esos detritus putrefactos que nadan sobre el pus nauseabundo de las úlceras hambrientas de los alcoholistas. No era un hombre ya, era la sombra confusa de un monton de ruinas humanas.

Cuando el General Paz cayó prisionero—dice el Sr. Sarmiento—el ejército sin gefe resolvió retirarse   Tucuman y se mandó sacar los prisioneros de la ciudad. «Un escuadron de coraceros habia formado al efecto en la plaza de armas de Córdoba en frente   las prisiones de estado. De sus pisos superiores se escapaban llantos lastimeros, que turbaban el silencio solemne de la noche, y sollozos de hombre, capaces de enternecer   los rudos veteranos cuyos oídos estaban lastimando. El prisionero de la Laguna Larga; *el soldado de la independencia, estaba de rodillas, gimiendo entregado   un innoble pavor, creyendo que aquellos aprestos nocturnos eran indicios de su cercana muerte!* El oficial que lo vino á buscar lo encontró con una h stia que habia consagrado y que sostenia con ambas manos como una  jida y un baluarte contra sus pretendidos verdugos » (1)

(1) Sarmiento. Vida del Fraile Aldao.

El pobre Fraile espiraba en los últimos espasmos de su horrible derrumbamiento moral, en las laxitudes finales de esa depresión inaudita que el alcohol únicamente es capaz de producir, y que el Sr. Sarmiento ha descrito con aquel maravilloso colorido cuyo secreto solo el admirable Trousseau poseía entre los médicos modernos. A medida que se van leyendo las vivísimas descripciones que nos hace el autor del Facundo, el diagnóstico se vá imponiendo y no es posible abandonar el libro, sin el convencimiento profundo de que el Fraile Aldao era el mas acabado ejemplo de la LOCURA ALCOHÓLICA. Hemos transcrito íntegros los párrafos inimitables de ese singularísimo publicista, cuya contestura cerebral no tiene rival en ambas Américas, porque las seducciones mágicas de su pluma nerviosa y exuberante, y de esa paleta fecunda, que Goya mismo envidiaría para la pintura de sus cuadros mas conmovedores, ponen de bulto, digamoslo así, mejor que nada y que nadie, la idea que he venido persiguiendo en este estudio médico.

Aldao llegaba, pues, al último tramo de su vida, precipitado por la rápida y triste vejez que trae el alcohol cuando se filtra como sucedía en él hasta los huesos. La bestial obesidad en que se hallaba y que imprimía á sus movimientos una lentitud y dificultad suma, le habia hecho perder hasta las formas humanas, inmovilizándolo en la cama ó sobre la manta de su mesa de juego, desde donde contemplaba rodeado de sus mujeres impúdicas y de sus favoritos avergonzados, « las rencillas bochorozas de su serrallo, sus ultrajes y sus chis-

mes». La cara estúpida, si cara le quedaba aun, manifestaba todavia y á pesar de todo, la impresion dolorosa que le producian los dos únicos aguijones que aun estimulaban su cerebro oprimido: los dolores del cáncer y los temores del delirio de las persecuciones. Sospechaba de sus médicos, de sus oficiales y de sus amigos mas fieles, porque solian alejarse, no tanto de sus brutalidades, á las que el hábito los habia acostumbrado, cuanto del olor nauseabundo, agresivo, de aquella ámplia superficie supurante, cuyas emanaciones hediondas llenaban el ambiente de toda la casa.

El terror pavoroso á que he hecho alusion en otra parte, se habia apoderado de su ánimo con una acentuación mayor; con un tinte mas sombrío aun que al principio de su delirio. No eran ya las figuras de esos estraños animales que pueblan el delirio cambiante y característico del amilismo, sino la vaga y dolorosa apariencia de espectros que se levantan delante de su cama iluminados con esa luz difusa y médio azulada que circunda las imágenes movibles de la alucinacion. Era una série de recuerdos dolorosos materializados en las figuras trémulas y sanguinolentas de un padre ultrajado, de un hermano sacrificado ó de una madre á quien habia hundido en la miseria, y cuya mano fria y como momificada por la humedad de la tumba, le tocaba el hombro con la presion formidable de una montaña. *Despair therefore and die!* como decian á Ricardo III el enjambre de sus terribles fantasmas.

Otras veces era el sonido de armas, el ruido

crispador que harían los muertos estirando sus miembros entumecidos por la inmovilidad del eterno sueño; el brillo de hojas de cuchillo con reflejos de incendios; la aparición casi tangible de cabezas lívidas y extravagantes, cabezas enemigas que se asomaban sobre él, por las grietas de las paredes, por detrás de los cuadros, por debajo de los muebles; que saltaban por el suelo separadas de sus cuerpos y sin embargo, animadas de sonrisas diabólicas y haciendo rechinar los dientes con ruidos de otra vida.

Horrores de toda especie ¡pobre béstia! se acumulaban sobre su cabeza secándole la sangre en las venas. Había una doble escitacion del oído y de la vista. Oía palabras desconocidas en su vocabulario reducido; palabras insultantes, palabras como apóstrofes hirientes y enérgicos, injurias, gritos, gemidos, risotadas juntas y confundidas en una mezcla rarísima. Y nadie las oía sin embargo! Qué cruel indiferencia la de aquellos imbéciles que seguían jugando sobre la mesa, durmiendo los insomnios de las vergonzosas veladas, ó conversando en voz baja, cuchicheando como para no asustar al sueño que ya se había despedido para siempre de aquel pobre cerebro. Ninguno se movía para castigar aquellas bocas temerarias, que vomitaban impasibles tantos insultos y que seguían vociferando hasta que las explosiones violentas de su cólera súbita lo ponían de pié echándolo en su rápida é incoercible escitacion . . .

Las incitaciones todavía un poco vivas irradiadas de las vías genitales «desarrollaban concepcio-

nes igualmente delirantes; impulsiones emotivas de una naturaleza particular» y era de ver aquella negra ruina que apenas podia sostenerse sobre el suelo; aquella sombra sangrienta y supurante, sin ojo y sin carrillo, tambaleándose como un viejo Sardanápalo tras los placeres alucinatorios de sus eternas vigiliass, persiguiendo sus concubinas que huian impunemente de sus caricias, empujadas por el ambiente fétido que lo circundaba.

Bajo el influjo de esta suprema y postrera enagenacion, fué que una noche «se levanta de la cama y se presenta repentinamente ante sus veladores, despavorido, transportado, con un par de pistolas en la mano. La sorpresa, el terror, se apoderan de estos; huyen espantados y siguen huyendo en medio de la oscuridad de la noche; se dispersan por los campos, y aun algunos pasan el rio de Lujan, hasta que los gritos de los que en su busca habían salido los reune despavoridos aun, desgarrados sus vestidos por las espinas, jadeando, temblando de frio y de miedo!» (1)

Bien pronto, y ya era tiempo, comenzó á sentir los horrores terminales de su larga agonia, hasta que por fin «entre los mas agudos dolores se rompe una arteria y un rio inestinguible de sangre cubre su cara y su cuerpo todo hasta que espira el 18 de Enero. Sangre! Sangre! Sangre! Hé aquí la única reparacion que la Providencia ha dado á esos malaventurados pueblos, cuya sangre

(1) Sarmiento—Vida del Fraile Aldao.

derramó tan sin medida; morir derramando su propia sangre, sólo, sin testigos, pues que habia hecho colocar un centinela en la puerta ». (2)

.....

(2) Sarmiento—Vida del Fraile Aldao.

EL HISTERISMO

DE

M O N T E A G U D O



.

CAPITULO V

SUMARIO—Predisposicion del organismo para los trastornos de la inervacion—Letourneau—*el hombre nutritivo—el hombre moral—el hombre sensitivo*—Temperamentos—Principios de la Histéria—Descripcion—Resúmen de su sintomatología—La educacion y la posicion social—Rasgos historicos de Monteaquedo—Su esmero y cuidados en el arreglo de su persona—Su tipo—Retrato hecho por el Dr. Lopez—Sensualismo historico—Sibaritismo—Su contestura moral segun el autor de la Historia de la Revolucion Argentina—Sus excesos—Su manera de vivir—Sintomas multiples del lado de la inteligencia—Falta de sintomas fisicos—Escasez de datos con respecto á su vida privada—Su lujo—Sus trajes, etc, etc.

BIBLIOGRAFIA—*Anales Médicos—Psicológicos—año de 1879—1880 y 1881*—TARDIEU—*La Folie*—PELLIZA—*Vida de Monteaquedo*—Grasset—*Traité pratique des maladies nerveuses*—JUAN M. GUTIERREZ *Biografía de Monteaquedo*—VICENTE FIDEL LOPEZ *Historia de la Revolucion Argentina* BARTOLOMÉ MITRE *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*—RICHER—*Etudes cliniques sur l'hysterie — epylepsie ou grand hysterie*—LETOURNEAU—*Science et materialisme*—FREJEIRO—*Biografía de Monteaquedo*—MOREAU DE TOURS—*Des aberrations du sens genesique*—LANDOUSY—*L'hysterie*—L. DUBOIS (D'AMIENS)—*Histoire philosophique de l'hypochondrie, et de l'hysterie*—PAZ SOLDAN—*Historia del Perú, Independiente*—J. M. GUTIERREZ—*Biografía de San Martin*—VICUÑA MACKENNA—*El Ostracismo de los Carreras*—ROSENTHAL—*Traité des Maladies nerveuses*—GEORGET—*Discussion médico—legale sur la folie*—GARNIER—*Dictionnaire des sciences medicales*—BAILLAIGER—*Système nerveux*—LEGRAND DU SAULLE—*Traité de Medecine legal*.

Las necesidades nutritivas, las necesidades sensitivas, las necesidades morales é intelectuales constituyen los tres móviles ineludibles á que obedece la naturaleza del hombre. Estas tres fa-

ces de la evolucion humana marcan en la vida de su *género* los tres tramos que ha tenido que ascender para ocupar entre los *primados* el lugar preeminente que le asigna la ciencia.

El hombre bestial de la edad de piedra, el troglodita prehistórico de las cavernas, representado en la actualidad por el Fueguino y el Australiano, ocupan el primer tramo.

El hambre, pero un hambre feroz y degradante absorbe todas sus fuerzas y su vida se desliza como la de la béstia, en medio de las mas horrosas orgias estomacales, en que la madre y el padre arrebatados por las promesas voluptuosas de la embriaguez digestiva, se disputan los cádáveres de sus propios hijos. «Habia comido hasta la saciedad—dice Lyon en su *Diario de Viaje*, describiendo el almuerzo polífago de un Esquimal—y á cada instante se dormia con la cara roja y encendida y la boca entreabierta. A su lado estaba Armaloua, su muger, que cuidaba á su esposo y le introducía en la boca cuando le era posible, un grueso y asqueroso pedazo de carne medio cocido, ayudándolo con fuertes empujones». He aqui todo entero el hombre primitivo. Un tramo mas arriba, pero nada mas que un tramo, estan el Chacho, Ortoguez y el famoso Artigas que hubiera asombrado con su ferocidad al hombre brutal de las cavernas.

La *fas sensitiva* es la segunda etapa, y la *moral* la tercera, en donde el hombre, libre ó por lo menos mas independiente de las necesidades brutales de la nutricion, da un paso mas «hacia esa

progresiva exteriorización del individuo en la cual germinan libremente en su espíritu las pasiones sociales y los sentimientos morales» que lo elevan á su nivel humano.

El estómago es un tirano implacable: cuando manda, absorbe todas las nobles funciones del individuo, estorbando el libre desarrollo de ciertas facultades cerebrales de cuyo concurso necesita para llegar hasta el período sensitivo; período en el cual el juego de sus sentidos-especiales le procura un placer vivísimo, «tanto como para sacrificar la satisfacción futura de sus apetitos puramente nutritivos, al deseo ardiente de procurarse un goce sensitivo.» (1) Entonces es que el cerebro adquiere mayor viveza; sus órganos tienden á completar su evolución; la vida se hace activa y floreciente y las ideas y los sentimientos, aunque embrionarios y pueriles todavía, murmuran sin embargo su protesta contra los predominios bestiales.

Después, un magnífico y supremo esfuerzo le dá la posesión completa de la vida moral é intelectual: el cerebro ha terminado su gestación laboriosa y recién entonces el *homo casi alalus* se convierte en el hombre radiante de las edades modernas.

El hombre sensitivo, es el hombre nervioso; el hombre henchido de emotividad que, á la más ligera insinuación del mundo exterior, responde con

(1) Estas divisiones de las tres faces por que atraviesa el hombre pertenecen á Letourneau. Las copio de su libro *Science et matérialisme*.

un estallido. Es el ejemplar humano menos sugestivo, si se quiere, pero mas sensible, porque basta que la impresion, por decirlo asi, roce los sentidos, para que se produzca la descarga, y las emociones nascan en tumulto con una fecundidad lujuriosa y primitiva.

La organizacion esquisita de sus sentidos, dotados de una susceptibilidad ingénita y convulsiva, conspira eficazmente á la formacion de este ser extraordinario, destinado al placer y al sufrimiento eternos. El sonido mas leve toma en su oído una amplitud enfermisa, y el rayo de luz mas tenue hiere con fuerza aquella retina henchida, repercutiendo en su cerebro con el vigor expansivo del trueno. Es el receptáculo de todos los dolores y de todos los placeres; pero de los placeres y de los dolores intensos y brutales que sacuden y que crispan la fibra con una intensidad voltaica. Allí parece ausente la vida intelectual, reconcentrada para dar lugar á esa vegetacion sensitiva insólita y abundante que lo domina todo; que absorve toda la vida del cerebro con su flujo y reflujó vagabundo y constante; que deslumbra la inteligencia con sus luces siniestras y sus tonos calientes; que tiene cimas y bajíos como el océano, resplandores y oscuridades como el abismo, espejismo falaces como el desierto; que hace á los mártires y los héroes, á los gibosos de la naturaleza humana y á los titanes, á los mas famosos malvados y á los mas grandes caractéres, y se llama Cromwell, Guzman el Bueno, Felipe II, Monteaugudo ó Juana de Arco, segun que las aptitudes

morales que encierra virtualmente en su principio el cerebro humano, sean buenas ó malas.

Toda esa riqueza desordenada de la vida, en ciertas regiones de la zona tropical en donde el régimen de los grandes rios, los fenómenos meteorológicos, las convulsiones geológicas, tienen, como dice Bukle, una amplitud pavorosa, es la nota culminante en estas naturalezas en las cuales muy á menudo las *piritas* de oro vienen, como vamos á verlo, mezcladas con grandes corrientes de cieno. La lucha es en ellos perpétua y la tregua solo viene con el supremo descanso: la pasión manda y el carácter se modela mansamente bajo su influjo con una fijeza tenaz é inquebrantable,

He aquí pues, el campo fecundo para todo género de trastornos nerviosos.

Y Monteagudo era precisamente el hombre sensitivo por excelencia; la organización mas dominada por esa sensibilidad abundante que se diseña con tan vivos colores en estas idiosincrasias meridionales; el histérico (diremos la palabra) mas consumado que encierran las páginas de nuestra pequeña historia.

Todos los actos, de su existencia en eterna tribulación, todas las ondulaciones de su carácter cambiante y caprichoso, todos los misterios de su vida, las sombras y claridades de su ser medio confuso, tienen su filiación patológica obligada en las interminables sinuosidades de aquella enfermedad que ha sido por mucho tiempo considerada como patrimonio exclusivo del sexo femenino, pero que tambien ataca al hombre bajo las mismas for-

mas y con sus estragos irreparables, si bien no de una manera tan frecuente y bulliciosa (1). Con sus accesos de furor y de delirio, con sus perversiones profundas de las facultades afectivas que suele ser su signo dominante; con sus simulaciones instintivas y sus deseos violentos, sus alternativas de suprema exaltacion y de abatimiento profundo, constituye una de las enfermedades mas curiosas y al mismo tiempo mas terrible é indomable de la Nosografía Médica.

La histeria es la enfermedad de las naturalezas ricas y nerviosas; el patrimonio de todos esos organismos en quienes rebosa un exceso de sensibilidad moral enfermisa y que en él se revelaba en los mas pueriles actos de su vida llena de circunvoluciones.

Lo puede todo este Proteo alternativamente bullicioso y terrible cuando se encierra bajo el *palleum* de un cerebro ingénitamenie predispuesto por motivos de raza y de clima; cuando un sol tropical y una vegetacion llena de lujuria y que habla tanto á los sentidos con sus invitaciones eróticas y sus ensueños lascivos modela el carácter derramando profusamente los gérmenes siempre fecundos de aquella enfermedad.

(1) Segun la antigua teoría solo las mujeres padecian de histerismo. Esta opinion dice Grassed en su *Tratado de enfermedades nerviosas* debe hoy abandonarse completamente. Ch. Lespois hace mucho ya y sobre todo Briquet han puesto fuera de duda esta importante cuestion estableciendo que el hombre puede padecerla. Ansilloux ha publicado recientemente nuevas observaciones. Sin embargo la histeria es incuestionablemente muchísimo mas frecuente en la mujer. Grasset—*Traité pratique des Maladies Nerveuses* páj. 923.

Los hombres sensitivos tienen en su seno la larva de la histeria: por eso son nerviosos y movibles; fáciles de conmoverse por los motivos mas fútiles, por esto tambien son inaccesibles, caprichosos y obstinados. Tienen, como tenia Monteagudo, los sentidos dotados de una sensibilidad estremada, y la luz un poco fuerte, el sonido mas leve, las variaciones atmosféricas apenas perceptibles para otros temperamentos, los afectan con viveza, conmoviendo vigorosamente sus nervios siempre ríjidos y tensos como las cuerdas de un arpa.

El sueño nunca es en ellos profundo; es amenudo difícil, ligero, incompleto y turbado por ensueños dolorosos, por esos ensueños y bruscos sobresaltos que habian marcado la fisionomía de Monteagudo. Habitualmente melancólicos y sombríos, tienen sus alternativas de alegrías pasajeras y estremadas, bruscamente interrumpidas por ese cúmulo de pensamientos lúgubres que acaban por levantar en su espíritu las ideas de suicidio, los trasportes irresistibles, los llantos inmotivados y las dolorosas palpitaciones, producidas por el mal estar infinito que pone en vibración hasta la última fibra de su cuerpo. Cuando la enfermedad se acentúa entran en una agitación convulsiva, que sin revestir los caracteres alarmantes del furor, se manifiesta por una necesidad imperiosa, incesante, de movimiento, de febril actividad. Después que ha pasado la ansiedad respiratoria y el parosismo de agitaciones con su habitual acompañamiento de episodios convulsivos completos, sobreviene la calma; pero una calma peligrosa porque su impresio-

nabilidad cálida y movable se encuentra exagerada, sus sufrimientos son mayores, y ese síntoma temible, que no es raro y que conocemos bajo el nombre de delirio erótico, hace su entrada en la escena produciendo sus irreparables desastres.

Esta es la forma general de los grandes ataques que se reproducen á intervalos mas ó menos largos, separados por una calma completa.

La segunda forma tiene un principio rápido; los accidentes se manifiestan pronto con toda su intensidad y se suceden á cortos intervalos; la tercera se inicia bajo un aspecto de agudez completo, con fiebre y delirio como la meningitis; (1) la cuarta comienza por lo general de una manera lenta y gradual con remisiones mas ó menos largas y duración variable.

Hé aquí las cuatro formas del histerismo vulgar.

Hay una quinta y esa es por fin la del histerismo de Monteagudo: la mas temible por su insidia y su curabilidad difícil. Aquella que se presenta con fenómenos relativamente ligeros y que permanece toda la vida en un nivel casi invariable, circunscrita en sus trastornos, á las facultades morales; con reacciones psíquicas extremas, exageraciones ruidosas, extraordinarias y hasta repugnantes y las deplorables extravagancias efectivas que constituyen la característica de la forma. Basta el simple exámen de su temperamento, el análisis superficial de sus actos mas pueriles, las formas de su cuerpo, la impresion de su fisonomía bañada

(1) Grasset—*Traité des maladies nerveuses*.

de esta suprema elocuencia que dan las pasiones palpitando en cada rasgo, para hacer recaer sobre él este diagnóstico que se impone al espíritu con tanta firmeza.

Monteagudo tenía todas las debilidades que encierra la fisiología infernal del histerismo. Los sobresaltos y los caprichos increíbles de su sensibilidad petulante y pervertida, han dado origen á todos esos actos irreflexivos y extravagantes que, con las apariencias vehementes de una intención culpable eran, sin embargo, el fruto de una perversion instintiva de las facultades morales. Su imaginación fácil y abundante, movible, vivaz, como la chispa eléctrica; sus abatimientos femeniles y sus reacciones convulsivas tan características, fueron el producto del nervosismo extremo en que vivía su cerebro, lleno de fantasmas grandiosas y temibles, esclavo de sus propias insurrecciones é incapaz de las altas concepciones que le han atribuido como hombre de estado y que son el patrimonio exclusivo de las cabezas equilibradas por el supremo y saludable reposo de una razón irreprochable y no de una histeria contumaz bravia.

Sus ojos negros y centellantes, aquellos ojos histéricos, sombríos y á la vez llenos de luz, en donde estaban como vaciadas todas sus agitaciones secretas, revelaban en el brillo de su mirada especialísima y aguda, la emoción incesante en que lo mantenían sus pasiones precoces y casi siempre imprudentes; aquel gesto dramático y pedantesco con que hablaba á las multitudes nerviosas de la revolución, su vanidad teatral, su pueril engrei-

miento, resumen en dos ó tres rasgos capitales toda la sintomatología de su neurosis extraordinaria.

Habia, pues, predisposicion indudable para este género de enfermedades, no solo en su temperamento que es una circunstancia fundamental, sino tambien en el clima en que se habia desarrollado; en los incidentes lamentables de su juventud trabajada por ideas grandiosas pero irrealizables. por aspiraciones ambiciosas y que golpeaban tenazmente su cráneo, pero que la organizacion social del coloniage habia puesto una valla que él se apuraba por salvar, con un encarnizamiento tanto mas enardecido cuanto mayores eran los inconvenientes con que luchaba.

En la etiología del histerismo, la posicion social no tiene, como podria creerse, influencia alguna puesto que, segun Briquet, ataca á los pobres como á ricos. Sobreviene, cualquiera que sea aquella, cuando á una predisposicion nativa ó adquirida, fomentada ó nó por los efectos de una educacion imperfecta, se agregan, como sucedia en él, las contrariedades innumerables de una vida llena de ensueños imposibles y de todos estos sacudimientos afectivos intensos, que vinculan la voluntad á las excitaciones sensibles exclusivamente, despertando una oportunidad mórbida peligrosa. (Jacoud)

La pubertad y la juventud con su sistema nervioso impresionable, sus afecciones morales vivísimas y la abundante multiplicidad de fuertes emociones, constituyen las épocas mas propicias para su desarrollo. Su manera pródiga de solici-

tar los placeres genitales, cuyas estimulaciones concentran la actividad nerviosa en las bajas esferas de la animalidad «favoreciendo el debilitamiento de la voluntad y de las facultades cerebrales superiores; la educaci3n enervadora que escita prematuramente el corazon á espensas de la inteligencia; el fanatismo religioso y político que exalta y conmueve tan profundamente la razon; y por fin, las preocupaciones fuertemente estimulantes que en ciertas épocas apasionan al espíritu, dando al sistema nervioso general una susceptibilidad escesiva, acaban por producir este estado mórbido tan tenaz y por lo general incurable (1).

Determinan también este resultado, distinto en sus multiformes maneras de presentarse, pero idéntico en su fondo, siempre invariable, todas las pasiones que dominaban el alma angulosa de Monteagudo: los celos con sus peligrosas impulsiones, la envidia, las decepciones amorosas, los reveses de fortuna, la ambicion política y el ódio, este ódio voraz como la saña de un vertebrado roedor, cuyos arranques sombríos se revelaban con tanta elocuencia en su frase amarga y en su letra trémula y convulsiva.

Monteagudo es el ejemplar mas acabado de este nervosismo femenino que constituye la enfermedad del siglo, y que es el padecimiento ineludible de las naturalezas enjutas y nerviosas; de las mugeres bellas y quiméricas que envejecen en el ascetismo de un celibato obligado y soñador; de los

(1) Bouchut.—Du nervosisme.

hombres de letras absortos en el trabajo y la meditación abrumadora de todos los días. Es la enfermedad de los ambiciosos - dice Bouchut en un libro palpitante y fantástico que ha escrito sobre la materia—la enfermedad de los que pierden la fortuna en su carrera precipitada é imprudente, es en fin «una de las formas de la fiebre de los espíritus modernos arrastrados por la sed del lucro y el deseo de los placeres».

Monteagudo era vano, pueril y satisfecho hasta la impertinencia, primer detalle, que aunque vagamente permite vislumbrar los contornos indeterminados de su histerismo medio deforme. Creíase un hombre irresistible por las seducciones fantásticas que suponía en sus contornos, delicadamente modelados y llenos de blandas ondulaciones; por sus modos cortesanos y hasta cierto punto amanerados, y por sus gracias magnificadas en los excesos de su imaginación impúdica y ambiciosa.

En Lima y en Buenos Aires durante las grandes funciones de iglesia de los *días pútrios*, esperaba que las naves de los templos estuvieran cuajadas de esas hermosas mugeres que masturbaban su imaginación, para entrar pavoneándose, acariciado por las nubes de incienso que, mezcladas al olor de las mil flores que perfumaban el ambiente, y al efluvio de aquellos senos trémulos que tanto prometían á su tenebrosa impureza, estimulaban sus sentidos conmoviendo con caricias lascivas, hasta la más humilde fibra de su carne. Entraba siempre solo, como para llamar sobre sí, exclusivamente, todas las miradas de las mugeres en cuyos

corazones cálidos, creía tener un influjo formidable. Caminaba con paso teatral, lento, mesurado como para que el análisis de su cuerpo y de sus ropas irreprochables se hiciera completo; y el ojo ávido de sus supuestas admiradoras se satisfaciera hasta el colmo en aquellas exposiciones y en aquellos paseos de sátiro ébrio.

Entonces era cuando su ingenio, aguzado por las insurrecciones de su vanidad, desplegaba todos los recursos de la estrategia, en la confeccion de esos peinados enormes, en que el cabello rebelde y rígido de su raza, resistiendo heroicamente las simulaciones que pretendia imponerle, producía en su cerebro fuertes estallidos de cólera,

Las largas horas que consagraba á su cuerpo, eran horas de concentracion y de recojimiento; y digo de recojimiento, porque este hombre extraordinario tenia por su persona un especie de culto incomprendible, una adoracion infinita que se expandia y desplegaba sus alas delante de un espejo falaz, que recojia diariamente las irrupciones de su vanidad inconcebible. Su alma torva y oprimida, hallaba en las expansiones secretas de sus extasis histéricos, en aquellos descensos de su carácter empedernido por los arrobamientos de su infinito egoismo, una derivacion saludable; y cuando el ojo delirante se fijaba con cierta inefable fruicion en la imágen querida que reproducia el espejo, su alma se bañaba en un vértigo profundo y la negra oscuridad de sus sombras desaparecia como por encanto.

Era menester no olvidar el mas ínfimo detalle;

cuidar que los pliegues abundantes de aquella pechera que ostentaba tantos voladitos como cabezas de españoles habia hecho rodar por el suelo de América, tuvieran la simetría y el gusto que exigia la elegancia de la época; que la hebilla del zapato que oprimia su pié enjuto y árabe, estuviera tan limpia y tan brillante como una hoja toledana; la média, blanca como un capullo de algodón, y las uñas, que encerraban para él tantos encantos, de una limpieza y de un brillo irreprochable; tal debia ser la delicadeza y esquisita finura de su corte, siempre en forma de estricta parábola; la limpidez inmaculada de la superficie y la suprema rectitud de su engarce.

Habia en todo esto, una mezcla confusa de explosiones histéricas, y de algo que recuerda ese *delirio de las grandezas*, tan especial, con que se inicia la *parálisis general*; del delirio ambicioso que calienta la imaginacion de estos temperamentos, cuya nota dominante es la vanidad casi patológica que engendraba en el cerebro de Rivadavia, tantas visiones magníficas, que producía sus maneras ampulosas y arcaicas, el tono sibilino de su voz, su frase soñadora y gongórica, y el ceño de Prometeo iracundo con que revelaba el ambicioso concepto que tenia de su persona.

Esos rasgos tan marcados y que traen al espíritu el recuerdo confuso del delirio aludido, son uno de los caracteres que mas revelan á estos neurópatas de neurosis indeterminada, y en cuya fisiologia cerebral no se encuentran síntomas suficientemente marcados para asignarles un diagnós-

tico preciso. Manifiestan, es verdad, signos de una perturbacion ingénita indudable, pero no presentan el grupo de síntomas con la acentuacion requerida para clasificarlos en una forma dada, precisa, como la *melancolía* ó la *mania*, el *delirio de las persecuciones*, ó la *locura paralítica* por ejemplo. Por esto se agrupan bajo la denominacion vaga, pero que indica sinembargo, una perturbacion evidente, de *nervosismo*, *estado histérico*, *emotividad exagerada*, etc., etc.

La estimulacion espasmódica en que viven, enardece en algunos *predispuestos*, el sentimiento de la propia estima, el cual, solicitado, fecundado por la conciencia de ciertas facultades superiores, crece, aumenta, se hincha afectando algunas veces las proporciones fantásticas de una pseudo-megalomanía. Es éste un rasgo que merece notarse porque es frecuente en las naturalezas privilegiadas pero histéricas como Monteagudo.

La locura paralítica que difunde su virus en todos los hombres de temperamento nervioso excesivo, estalla en los que encuehtra predispuestos por herencia ó por cualquier otra causa, y se manifiesta con los tonos suaves y apagados de este pseudo-delirio, en los que no tienen la predisposicion necesaria. En virtud de esa divinizacion peligrosa que las escuelas dualistas han hecho del hombre, y de un cúmulo de causas complejas, esta forma de locura se ha hecho la enfermedad del siglo XIX así como la *licantrópia* y la *demonolatría* eran la forma predilecta de los siglos pasados. La manera vertiginosa como se vive ahora y como

se vivía durante la Revolución, nos parece que es causa suficiente para desarrollar de un modo formidable las susceptibilidades del cerebro, dando lugar al cúmulo de estados nerviosos que, desde las simples vaguedades de un histerismo apenas delineado, hasta la formidable *parálisis general*, todos entran en el círculo amplio de la patología.

De los que viven en eterna oscilacion en ese mundo de la política, mas aun en tiempos de bruscas transiciones, como la época de la Independencia, raro es el que no se siente influido por esta cepa temible que llevan muchos en la cabeza; y raro es tambien, el que no tiene alli el óbulo fecundado, casi ya el embrion, de este delirio ambicioso que se disimula, se oculta ó explota segun la fuerza de resistencia y la oportunidad mórbida de cada individuo. Lo que bien puedé llamarse la pseudo-megalomanía, ó mejor dicho la megalomanía *fisiológica* de algunos caractéres, es hija de cierta predisposicion individual y del estímulo constante en que vive la cabeza, dando por resultado la exageracion tenaz de este sentimiento de la propia personalidad que es en definitiva quien la produce.

Nadie presentaba con tintes mas acentuados estas fisionomías características que reflejan con tanta elocuencia las preocupaciones orgullosas, los sentimientos exclusivos y ampulosos que dominan al individuo, como el Sr. Rivadavia: admirable cabeza en perpétuos y grandiosos ensueños de grandeza; girando al rededor de un ideal lleno de luz y con la creencia, hecha carne en su cerebro,

de que era el único llamado á cumplir no sé que alta mision política y social que le daba esa *ténue* especialísima que todos le conocieron. Tenia el énfasis de la tempestad y los erizamientos del leon, como dice Paul de Saint-Victor hablando de Esquilo. Aquella cabeza erguida, colocada con tanta seguridad sobre sus anchos hombros; su palabra breve, imperiosa, campanuda, brotando trabajosamente de su cerebro, empapado en el dogmatismo desdeñoso de su escuela; aquel andar medurado y teatral; la pompa y la ceremoniosa escrupulosidad con que rodeaba los mas pueriles actos de su vida y la manera ampulosa de escribir, revelan toda la fascinacion que ejercía sobre su carácter el mundo de ideas de grandeza y de candidas quimeras en que vivió toda su vida.

En su figura arrogante y de una belleza estatuaria, manifestaba Monteagudo casi todas las líneas de su carácter histérico. Llevaba—dice el Dr. Lopez—«el jesto severo y preocupado: la cabeza con una leve inclinacion sobre el pecho, pero la espalda y los hombros muy derechos. Su tez era morena y un tanto biliosa: el cabello renegrido, ondulado y enjopado con esmero: la frente espaciosa y delicadamente abovedada, pero sin protuberancias que llamasen la atencion ó que le diesen formas salientes; los ojos muy negros y grandes, pero como velados por la concentracion natural del carácter, y muy poco curiosos. El óvalo de la cara, agudo: la barba, pronunciada: el lábio grueso y muy rosado: la boca bien cerrada, y las mejillas sanas y llenas, pero nada de

globuloso y de carnudo. Era casi alto: de formas espigadas pero robustas; espalda ancha y fácil; mano preciosa, la pierna larga y admirablemente torneada, el pié correcto y árabe. El sabia bien que era hermoso; y tenia grande orgullo en ello como en sus talentos, asi es que no solo vestia siempre con sumo esmero, sino con lujo » (1).

Tenia el lábio sensual ligeramente sonrosado, pero habitualmente seco; una boca admirablemente cortada y entreabierta algunas veces con cierta femenil coqueteria, como para dejar ver dos hileras de dientes blancos pequeños y hermosísimos. Los ojos eran vivos y animados por una luz que tenia mucho de siniestra; la mirada apasionada y vehemente, y la pupila ampliamente abierta brillaba animada por la fosforescencia felina de un iris limpio y aterciopelado.

En presencia de una mujer, temblaba toda su carne, como sorprendida por una suave descarga eléctrica; y su sensibilidad exquisita sufría una especie de *acomodacion*, como si la preparara para recibir el choque de la emocion voluptuosa que iba por grados iluminando su fisonomía, y que tanto hacia brillar sus ojos húmedos y convulsivos. Entónces brotaban de sus lábios las espresiones mas apasionadas; su palabra se hacia flexible, fácil y untuosa, y á medida que cierto fluido misterioso empezaba á correr por sus nervios, acariciando los sentidos y agitando su pecho, entraban en ereccion las facultades animales; su feroz lubrici-

(1) V. F. Lopez.—Historia de la Revolucion Argentina.

dad despertaba á *la bestia* adormecida, poniendo en juego todo el entrañamiento irresistible que la exaltación del sentido genésico, escita en los individuos de su temperamento bravo.

Todo lo que pudiera adular sus sentidos, manteniendo la estimulación que necesitaba para vivir en constante flujo y reflujo sensitivo aquella naturaleza moral con tantos y tan visibles rasgos de inferioridad, tenían para él un halago supremo é irresistible. El lujo en sus trajes, sus baños en aguas olorosas, la abundancia y delicadeza de su mesa, como el cuidado femenil de su persona, siempre perfumada y llena de preciosas joyas, hacían del Auditor de Guerra, un sibarita odioso, absorbido por el sentimiento exclusivo de los placeres animales.

En sus relaciones familiares, era insoportable como todos los histéricos; antipático é inaccesible á esa franca intimidad, al trato fácil y ameno por el que San Martín *tenía tan cordial predilección*. Diré mas: no le faltaba sino las convulsiones, el llanto y las risas inusitadas, el acceso franco é intenso de enagenación mental, para acabar de caracterizar su neurosis tan abiertamente histérica. Hasta descollaba en la intriga tenebrosa como la histérica mas consumada; tenía el don de la embrolla tramada y llevada á cabo como solo ellas saben hacerlo; y para que nada faltara, hasta el erotismo frecuente en la enfermedad, se revelaba en él con vivísimos colores.

Era—dice el ilustre autor de la *Revolucion Argentina*—«una alma soberbia y opaca al mismo

tiempo; formada no solo en las doctrinas de los Montañeses de la Revolucion francesa, sino con la manía peculiar (y por cierto fundadísima), de que se parecia á Saint Just. Este terrible jóven de la Convencion francesa de 1793, era el modelo del jóven Monteagudo, en todo: en estilo y en doctrina; sin que esto impidiera que cuando cambió de demócrata demoledor á monarquista intransigente, conservára la misma tiesura de ideas y fuese un Demaitre. El trato de Monteagudo á causa de sus indisputables talentos, era incómodo, porque en cada palabra y *en cada ademan traspiraba la alta idea que tenia de sí mismo, y hacia sentir la superioridad de sus conocimientos y de sus trabajos.*

« Monteagudo, cuyos ámplios propósitos todos comprendian y acataban, *era malo, dañino y nada escrupuloso* en los medios con que los servía, ó en la política que aconsejaba. No era cobarde en su puesto; pero su *imaginacion sombría y al mismo tiempo artera, era asustadiza y prevenida* en el terreno de la política y contra los enemigos de sus planes y de sus propósitos. *La exageracion de las resoluciones, y el extremo de las responsabilidades del poder, no le asustaban, sino que tentaban su alma con esa vaga inclinacion* que todos los hombres sienten en las grandes alturas por echarse al abismo. Para él era gusto innato obrar *con un rigor inexorable* al servicio de una causa puesta en peligro, y no buscaba en ello otra satisfaccion propia que la de servir en ese sentido como mero agente, los intereses de un personage poderoso, á quien él tuviese por instrumento pre-

destinado de los propósitos que llenaban su alma. Ese era su génio y *era su necesidad moral*. Así es que al obrar bajo el influjo de *esa fatalidad maligna, obedecía á su naturaleza*, sin preocupaciones ningunas de egoismo personal, y siempre teniendo en vista á su modo, grandes propósitos políticos » (1).

He aquí desarrollada en pocas palabras, y de una manera admirable, toda la fisiología cerebral del célebre Auditor de Guerra.

Ya veremos en el curso del capítulo siguiente los tres principales rasgos que acaban de caracterizar su histerismo.

(1) Vicente F. Lopez.—Historia de la Revolución Argentina.

CAPITULO VI

SUMARIO—Rasgos fundamentales de la histeria—La movilidad de ideas, la volubilidad de sentimientos, la estremada escitabilidad del sentido genésico—La Grasser tipo de la histérica consumada—su vida—su enfermedad—Cuáles eran los síntomas capitales que predominaban en Monteagudo—Monteagudo monarquista y aristócrata—Monteagudo demagogo—Monteagudo republicano—demócrata, monarquista nuevamente, etc., etc., etc.—Brusquedad de sus cambios afectivos—Odios y amores brutales—Descensos súbitos de su nivel moral—Exaltación de su sentido genésico—Antecesores históricos—Como entendía Monteagudo el amor—Sus fantasías—Sus olores y sus plantas favoritas—Terapéutica de su enfermedad—El café y el agua fría.

Tres rasgos fundamentales y característicos dominan la vida de Monteagudo.

a—la movilidad excesiva de ideas.

b—la volubilidad de sus sentimientos y afectaciones.

c—la estremada escitabilidad genésica.

Ellos manifiestan clara y distintamente la índole de su organización cerebral: está vaciada allí toda la psicología estraviada y anómala del famoso *carnicero de la Revolución*.

Su habilidad suma para la intriga oscura y diabólica; la extravagancia de ciertas insólitas inclinaciones y algún otro rasgo de su vida íntima, son detalles secundarios que complementan, sin embargo, el cuadro de la sintomatología variadísima que tiene

esta afección. Tenía la plasticidad cerebral de la histérica legendaria, que cambia su carácter y la índole de sus concepciones psíquicas, con la misma facilidad con que transforma sus transportes amorosos en impulsiones del ódio y del encono mas formidables.

En este histerismo de larga evolucion, las manifestaciones de la inteligencia tienen cierta aparente solidez, porque se hace por épocas de una duracion relativamente larga; el enfermo cambia de *un año para otro*; mientras que en las histérias agudas y ruidosísimas que estallan en las vírgenes y en las menopautas, los cambios son bruscos y se suceden en un corto espacio de tiempo; de un dia para otro y aun en pocas horas; á tal punto es cambiante y movable este *nervorum distencio* tan maligno. Las personas que lo padecen pasan con una facilidad escesiva, de la mas profunda tristeza á la alegría mas ámplia y contagiosa; de la desesperacion á la esperanza, del ódio reconcentrado y amargo, al amor mas acendrado y enardeciente. Asi es que, las inspiraciones se resienten de su estado eléctrico y de la tension escesiva en que viven esos espíritus fantásticos y arteros como el de un niño voluntarioso; por eso nacen vivas sus impulsiones, exaltadas, expansivas como gaces comprimidos, prolongando su dominio mientras dura la impresion interna que las ha producido.

Por cierto que no hay nada mas insoportable ni mas peligroso que una de estas personas afectadas del *morbus extrangulatorius* como le llamaban

pintorescamente los antiguos. Dígalo el mismo Monteagudo, si nó.

Una mujer histérica muy conocida en Prusia bajo el nombre de la Grasser (y vaya este caso como ejemplo palpitante de lo que puede la histeria), ha sabido engañar durante diez años á los magistrados mas experimentados; inducir en error á un gran número de médicos; mistificar sin cesar á la autoridad, dando lugar á las aventuras mas inesperadas. Pasaba alternativamente de la cárcel correccional al hospital de locos, del hospital de locos á la prision y de esta á la casa de fuerza. Su vida no ha sido sinó un largo encadenamiento de peripecias extraordinarias, de simulaciones tan variadas como hábiles. Segun las necesidades de la causa, se manifestaba tranquila, ó furiosa, loca, muda, alucinada, poseida del diablo, débil de espíritu ó reumática, mentirosa, falso testigo ó ladrona, dando pruebas de la energía mas rara, del descaro mas grande, y de la inteligencia mas vivaz (1). Ese es pues, el histerismo típico, acabado; desesperando al ojo mas avezado con sus peculiaridades curiosas; estraviando al juicio mas recto con esas apariencias falaces de salud intelectual; confundiendo, embrollando, oscureciendo el diagnóstico, con la enorme é infinitamente variada multiplicidad de sus espresiones en perpétua transformacion.

Los otros matices formados por una degradacion insensible del color primitivo, participan con mas ó

(1) Copiamos esta historia de la obra de Tardieu «La Folie».

menos intensidad, de la influencia de la cepa originaria; y desde esa forma exuberante y hasta diríamos lujuriosa, que tiene su expresión acabada en la Grasser, hasta esas otras maneras vaporosas que ofrecen las jóvenes en cierta edad temprana de la vida, todas revisten en medio de su disparidad aparente cierta unidad que las vincula á un género nosográfico indestructible. Ese *malum histericum* que es una zona intermedia entre la exageración del gran mal histérico y los vapores apenas perceptibles de las jóvenes, es el mal de Monteagudo, manifestándose con su característica infaltable: la incesante movilidad intelectual y moral sin las terminaciones delirantes y sin ninguno de los síntomas somáticos de la histeria vulgar.

Bastarian estos dos únicos datos: movilidad patológica de ideas y volubilidad de sentimientos, agregados á la exageración de su sentido genital para revelarlo completamente. Sus cambios tan bruscos como extravagantes y radicales, no eran producto de influencias que venían de afuera, la obra del medio social en que vivía; ni se producían tampoco bajo la presión vehemente de algún carácter altanero y superior al suyo, que lo dominara; ni menos por el influjo de conveniencias de partido ó de miras especulativas: era su nervosismo que operaba incesantemente su evolución y que con arreglo á su genio propio se manifestaba así. Monteagudo era variable en sus sentimientos y en sus ideas porque era histérico, por que fué eternamente niño, niño enfermiso y terrible artero y voluntarioso como todos los neurópatos de su clase.

¡Qué no ha sido en su vida! Ha recorrido toda la gama de los colores y de las afecciones políticas como si buscara un ideal quimérico que no pudo encontrar jamás! Qué hombre tan incomprendible! qué carácter tan confuso! para los que no tienen la clave del enigma. Ha estado en cortos y diversos periodos apasionado, pero apasionado con la pasión vehemente y tenaz de su histeria, de todas las formas de gobierno y de todos los hombres superiores de su tiempo. Ha creído amar y ha odiado con toda la exuberancia propia de su temperamento; ha sufrido todos los dolorosos desfallecimientos, las deplorables humillaciones á que lo arrastraba su manera de ser enfermisa y atrabiliaria; y esos momentos de arrogante soberbia, aquellas reacciones supremas que dan á su individualidad moral cierto temple falacioso, mas bien que reacciones, parecian accesos convulsivos seguidos como con frecuencia le sucedia de un temible colapso.

Las primeras palabras que brotaron de sus labios fueron de encomio y de amor hácia la persona del Rey,

Fué monarquista y aristócrata: «el Rey asegurado en su trono—decia en su disertacion inaugural; reina pacíficamente y rodeado del resplandor que recibe de la misma Divinidad alumbrada y anima su vasto reino!! Ninguna idea de sedicion llegará á agitar el corazón de sus vasallos; todos le miran como á imagen de Dios en la tierra, como fuente invisible de órden y el astro predominante de la sociedad civil». Este transporte de admiracion tan estremo hubiera

parecido exagerado aun en boca del mismo oidor Uzzos y Mozi á quien iba dirigido: aquel extravagante modelo de sumision colonial, revelaba una especie de éxtasis, dejando entrever las líneas medio confusas de esa catalepsia histórica en que la voluntad se atrofía transitoriamente, dando al cuerpo la docilidad estraña que caracteriza su brutal automatismo. Habia en estos conceptos extravagantes, pasion admirativa, lujuria de sumision aun para la época misma en que se producian. Chuquisaca con su atmósfera servilmente aristocrática no produjo sin embargo, en los cerebros de los otros precursores de la Revolucion semejantes explosiones. Esto sea dicho de paso y para los que ven en ese rasgo una influencia del médio y de la época.

Pero esta faz monárquica duró poco, como tenia que suceder. Monteagudo se hizo en la Paz, y en Chuquisaca mismo, revolucionario ingobernable, llegando *bruscamente* la exaltacion de sus ideas hasta el mas alto grado de furor demagójico. Y es menester fijar la atencion en este cambio aliénico de ideas, cuya brusquedad insólita tiene todo el valor característico de un síntoma patognomónico.

En 1810 y á propósito de la ejecucion del Mariscal Nieto, presidente de Charcas, y de Sanz, gobernador é intendente de Potosí y Córdoba, que habian querido oponerse al movimiento revolucionario levantando al alto Perú, escribia en su *Martir ó Libre*, arrebatado por el entusiasmo de un *poseido* enfurecido, estas palabras que manifiestan todo el fervor que calentaba su cráneo: «Yo

LOS HE VISTO EXPIAR SUS CRÍMENES Y ME HE ACERCADO CON PLACER Á LOS PATÍBULOS PARA OBSERVAR LOS EFECTOS DE LA IRA DE LA PÁTRIA Y BENDECIRLA POR SU TRIUNFO! Por encima de sus cadáveres pasaron nuestras legiones; y, con la palma en una mano y el fúsil en la otra corrieron á buscar la victoria en las orillas del Titicaca; y reunidos el 25 de Mayo de 1811 sobre las magnificas ruinas de Tiaguanaco ensayaron su corage, jurando en presencia de los pabellones de la patria empaparlos en la sangre del pérfido Goyeneche» «Yo no temo hablar en este lenguaje—decia despues, desde la tribuna de la Sociedad Patriotica—AUNQUE SE IRRITEN LAS FURIAS DEL AVERNO.»

Todavia va mas allá. Despues del imponente desastre del Huaquí, en que el ejército independiente quedó completamente aniquilado, su furor democrático llegó á su mayor crisis y las páginas de la Gaceta de Buenos Aires, que entonces redactaba asociado al Dr. Paso, muestran cual era el fervoroso entusiasmo con que se habia asimilado todas las teorías revolucionarias de la época, ampliadas despues y con mayor delirio en sus célebres y turbulentos discursos.

Compárense estos últimos escritos suyos, con la Oracion inaugural á que hemos hecho alusion mas arriba y se verá al conjunto completo de los síntomas psicopáticos de la histeria, abriéndose paso al través de todas estas manifestaciones aparentemente triviales. Bien es verdad, que entonces estaba en la época de la vida, mas propicia para

el desarrollo de los trastornos dinámicos de la inervación, á que responden estos cambios infinitos. Contaba 25 años y un temperamento nervioso-bilioso en la plenitud de su vigor; un cerebro exuberante y roído por las mil amarguras que le acarreaban su cuna humilde y sus incurables dobleces de carácter; tenía todas las aspiraciones, todas las exigencias, todas las petulancias y caprichos de la edad; y finalmente se ajitaba en medio de una sociedad dolorida por las alternativas de una pubertad difícil, sufriendo el contacto diario, el choque ineludible, pegajoso, de otros temperamentos análogos.

Todo esto, que puede decirse, encierra una parte importante de la semeiología de sus males, basta en mi concepto para explicar el desarrollo de una enfermedad que en muchas ocasiones no tiene etiología conocida.

Pronto se secaron en sus lábios *los arrogantes apóstrofes al despotismo* y dejó de preferir como Lépido *la procelosa libertad á una esclavitud tranquila*; palabras que le servían de epígrafe en su célebre oración de la Sociedad Patriótica. Entónces clamó por la dictadura personal, como el único gobierno posible para regir estos países y él, el demócrata demagogo, sostuvo con su pluma y con su influjo, el cesarismo de Alvear é hizo en sus escritos la apología de las tiranías (1). Apesar de esto, en 1813 sus artículos publicados en la Gaceta revelaban sus inclinaciones al gobierno presidencial

(1) Pelliza—Monteagudo, página 106, tomo 1º.

á imitacion del de los Estados-Unidos y para que su estraña versatilidad de ideas fuera mas groseramente visible, al final del *mismo escrito* se manifestaba partidario del gobierno unitario! (1)

En 1815 la forma de gobierno que absorvia su entusiasmo no era yá ninguna de las citadas, «la escelencia de la forma mista del gobierno inglés le parecia mas adaptable para los pueblos libres (2). En Chile volvió á sentir vacilar sus ideas, el antiguo demócrata: el agua helada de los terrentes andinos en que se bañaba con frecuencia, no habia logrado modificar la escitabilidad de aquel cerebro eléctrico y movedido. En el *Censor de la Revolucion* que tiene «un gran significado en la historia de la evolucion de sus ideas políticas», apagó definitivamente hasta el último destello de su amor á Rousseau y á los otros escritores de este género (3). En su concepto no estábamos en condiciones de constituirnos con arreglo á las instituciones inglesas ó norte-americanas, «no podiamos aspirar á ser tan libres como los que nacieron en esa isla clásica que ha presentado el gran modelo de los gobiernos constitucionales, ó como los republicanos de la América setentrional, que educados en la escuela de la libertad, osaron hacer el experimento de una forma de gobierno, cuya escelencia aun no puede probarse satisfactoriamente por la duracion de 44 años». (4)

(1) Frejeiro—Monteagudo, página 399.

(2) Id. id. id. 133.

(3) Id. id. id. 252.

(4) Monteagudo—Artículo publicado en Chile en el «Censor de la Revolucion».

No se detubieron aqui sus enormes é inconcebibles cambios. En el Perú se hizo partidario del gobierno monárquico, con cuyo propósito, afirma uno de sus biógrafos, tomó á su cargo el «Pacificador del Perú»; y por fin en 1825 tornóse admirador entusiasta y partidario de la forma republicana de gobierno, que en otro tiempo tanto habia odiado. A tal punto llegaba la inconsistencia de opiniones en aquella cabeza, que muchísimo bueno pudo producir á no haber sufrido con tanta fuerza este incurable histerismo que describimos.

No hubo en su cerebro anómalo, ningun sentimiento, ninguna idea que echára raíces profundas. Todo: ideas y afecciones, brotaban con una vivacidad extraordinaria é inusitada, pero eran fugaces y transitorias; pasaban rosando la superficie de aquella inteligencia que las recibia sin fijarlas. Conservaba momentáneamente, como la papila del ojo, el *fosfeno* de la impresion, diremos asi, pero la sensacion cerebral correlativa se borraba sin dejar en la célula, el recuerdo perenne de la vibracion, que es la memoria del nérvio. Se borraban, para dar lugar á otras impresiones y á otras ideas de distinta índole, antagónicas, confusas, estravagantes é igualmente fugaces y transitorias. Era como he dicho antes un caleidoscopio manejado por la mano nerviosa de un niño.

Alternativamente, fué colaborador y amigo entusiasta de Alvear, para despues constituirse en su enemigo mas cruel; instrumento dócil y admirador caloroso de San Martin á quien intrigaba mas tarde inspirándole los amargos reproches que

estampaba en su célebre carta á Puirredon (1); *amigo*, según el mismo se decía de José Miguel Carrera (2) para ser muy pronto su enemigo y el verdugo implacable de sus dos hermanos á quienes asesinó con la zañá de un felino hambriento. Y finalmente: olvidó para siempre á su patria á quien tanto decía haber amado, pidiendo en cambio de *importantes servicios* la ciudadanía chilena (3).

¿ Quien no vé en estos cambios radicales, en estos espasmos é incertidumbres, todas las expresiones características de su nervosismo histérico ?

Tal fué la manera de ser de su inteligencia y tal es la de la histeria no convulsiva: la peor y la mas formidable de sus formas.

Estrañas palpitaciones las de aquel espíritu en perpétuo clamoreo. Amaba ó mejor dicho, admiraba, porque probablemente no amó jamás y porque los sentimientos que con mas intensidad se manifestaban en él, eran el odio y la admiracion; el odio temible, corrosivo, mortal; y la admiracion servil, humilde y depresiva que hace descender el nivel humano muy abajo del de su ascendiente simio. Amaba hójy, con el servilismo y la tension admirativa de que solo él era capaz, para aborrecer mañana con aquella cólera suprema que estálla en todas sus venganzas.

Todas sus disposiciones morales son otros tantos

(1) «Monteagudo» por Frejeiro, pág. 195.

(2) Id. id. id. 142.

(3) V. F. Lopez. —H. de la R. A. (R. del R. de la P.) tomo 8, pág. 157.

signos típicos de su afección nerviosa. Tenía hasta esa locuacidad extrema, que suele alternar en las histéricas con sus momentos de profunda melancolía, de llantos sin motivo, de gemidos y de cantos tristísimos; y de acuerdo con esta tendencia á las bruscas transiciones, siguió en sus afectos, la misma *gama* caprichosa que en sus opiniones políticas. En medio de esta movilidad sorprendente, solo conservó íntegro, inalterable hasta la tumba, el odio tenaz á los españoles que fué el móvil de muchas de sus violentas determinaciones, y talvés la única causa que lo arrojó en brazos de la Revolución. Hasta el amor á la independencia que, si hubiera participado de la intensidad de sus odios, hubiera salvado su nombre de las lapidaciones que lo cubren, sufrió como el resto de sus sentimientos un eclipse completo. Monteagudo fue apóstata: se sintió un instante embargado de la horrible depresión moral que echaba á su espíritu en las corrientes peligrosísimas de la enfermedad, é intentó pactar con la Inglaterra *la venta* de las provincias platinas. (1)

Cuando descendía en la intensidad de sus afectos lo hacía siempre como un verdadero histérico, sin gradaciones ni penumbras. Toda la vigorosa altanería que con tanta impertinencia mostraba en sus épocas de bonanza, tornábase en hondo y lamentable abatimiento, apenas la fortuna dejaba de sonreírle. Su ánimo decaía

(1) Véase «Historia de Belgrano»—Biografía de Monteagudo por Freijeiro y «Vida de Monteagudo» por Pelliza.

bruscamente, con la intensidad propia de su intemperancia sensitiva; la postracion era infinita y la irresistible fogosidad que alumbraba su espíritu en las noches amargas de Lima, se apagaba con la misma facilidad con que volvía á brillar despues. Y cuando la mano pesada de *Don José*, se levantaba crispada y formidable sobre su cabeza, la altivez aquella, tornábase en humildad, y Montecagudo desaparecia, dominado, absorbido, por el irresistible magnetismo de aquella personalidad que lo podia todo con el influjo de su cesarismo *sui-géneris*.

Entonces rogaba en un tono y con una bajeza que espantan, implorando la caridad en largas y deplorables lamentaciones; pedia tan *solo un sueldo* que le permitiera vivir con decencia, la Secretaría de una mision en Europa, la proteccion de los grandes á quienes preguntaba, imprimiendo á su voz las inflexiones del lamento, *si sería posible que lo abandonaran á sus enemigos cuando podia servir y salvar de tanto escollo*: «*Haga Vd. este favor á un patriota*»—escribia á O'Higgins—rebuscando la frase mas melosa y mas humilde; besando la planta, arrástrando la barriga por el suelo—«*haga Vd. este servicio á un patriota y á un amigo suyo que solo siente no haber dado pruebas de ello*» (1).

Cuando escribia esta carta llena de tanta amargura, sus desfallecimientos habian llegado á su

(1) V. F. Lopez.—La Revolucion Argentina (R. del R. de la P.), pág. 158, tomo 8.

colmo: la soledad desesperante de su destierro contribuía eficazmente para hacerlos más bruscos y temibles, bañando su espíritu en una desesperación abrumadora.....

Y cuán frecuentes son en las personas histéricas estos rápidos descensos del nivel moral! Con cuánta facilidad desaparecen sus extraños frenesíes, transformándose súbitamente en una especie de decrepitud transitoria, de laxitud silenciosa y oscura. Empiezan como Monteagudo, á jirar en la altura infinita en que él se columpiaba manifestando un vigor de bronce....y jiran y jiran descendiendo rápidamente, así que aquel ardor enfermiso que vigoriza y templa momentáneamente la fibra, se consume en su propia lumbre y por su propio esceso. Caen como heridos en el corazón, en el *nudo vital* del bulbo y descienden con la velocidad rapidísima *del cuerpo muerto que cae*.

Así como subía y descendía Monteagudo, se sube y se desciende en la histeria: ese es uno de sus caracteres más conocidos. La energía indomable de aquel hombre, era un fuego de artificio ó mejor dicho las convulsiones de su histerisismo. El Monteagudo de Lima, el Monteagudo de los procesos de San Luis era el hombre artificial, el hombre patológico obrando de acuerdo con el genio de su propia enfermedad y obedeciendo a la impulsión maligna que nacía en su cerebro contundido por tanto estímulo. Por eso su imaginación era «sombria y al mismo tiempo artera, asustadiza y prevenida»; por esto era que la «exageración de las resoluciones y el extremo de las responsabilidades

del poder no le asustaban sino *que tentaban su alma* con esa vaga inclinación que todos los hombres sienten, en las grandes alturas, por echarse al abismo». (1)

Hé ahí pues, evidente, otro de los signos dominantes de esta neurosis: la perversion de las facultades afectivas y de la sensibilidad, que Montegudo demostraba en todos sus actos y que lleva á las histéricas á cometer hechos reprensibles y hasta criminales.

El tercer rasgo característico de su fisonomía moral y que complementa definitivamente el cuadro de su estado enfermiso era: sus disposiciones eróticas; sus hábitos viciosos y el ardor excesivo de su sensualismo intemperante y sediento. Esta perversion singular de los apetitos genésicos, compatible con la salud, cuando como en él no llega á los extremos dolorosos de la ninfomanía ó de la satiriasis, constituye uno de los signos, sinó constante, por lo menos esencial é importante de la influencia que la histéria ejerce sobre las facultades morales de los que la padecen. (2)

Se afirma que para él « el amor carecía de los supremos encantos » que tiene para todos los hombres moralmente bien constituidos. Que buscaba la carne únicamente, la forma tentadora y lujuriosa de la *samba*, naturalmente dócil y compla-

(1) Vicente F. Lopez.—Historia de la Revolucion Argentina.
(2) Tardieu.—La Folie.

ciente; la plegaria abrasadora de esas pupilas negras que miraban trémulas y como atraídas la órbita oscura en donde se movian sus dos ojos malvados; las promesas de todos esos lábios preñados de brutal erotismo, húmedos y temblorosos que imploran el placer con el grito agudo y desesperante de los sentidos irritados por un largo contacto; el gemido convulsivo, el estallido del nérvio, sacudido por las sensaciones tremendas de los placeres animales supremos. No era la « dulce é íntima fruicion del alma enamorada » la que lo apegaba tanto á las mugeres, sino el apetito brutal, el contacto sexual practicado de una manera abusiva, la sensacion extraordinaria é irresistible que lleva á los genesiacos intransigentes al extremo doloroso de los placeres solitarios, últimos vestigios é implacables testimonios de un libertinage mórbido. (1)

«La vanidad y el orgullo; la seduccion y el adulterio—dice uno de sus biógrafos—esos eran algunos de los rasgos culminantes que caracteriza en él la mas noble funcion de la humanidad». Monteagudo era lascivo por su temperamento y por su enfermedad; y esta aberracion de los sentimientos genésicos asimilable á su neurosis y perfectamente compatible con una alta inteligencia, constituye por lo general uno de los caracteres mas acentuados del nervosismo histérico. Suele ser la única, ó cuando menos, la mas vigorosa y

(1) Moreau de Tours. Aberrations du sens genesiques.

elocuente manifestacion de la histeria libidinosa que oprime y atrófia en el hombre y hasta en la muger mas púdica, el sentimiento siempre altivo de su propia honra.

Las grandes saturnales históricas que refiere Moreau de Tours en su reciente libro sobre las aberraciones del sentido genésico, tienen sus héroes y sus frecuentadores asíduos, en todos estos productos enfermisos de las sociedades refinadas y atónicas; en aquellos libertinos por nervosismo ingénito ó adquirido, que atraviesan la vida como Monteagudo, con el apetito casi siempre insaciable, de los placeres genésicos.

Es que estos placeres hablan, ó mas bien dicho, exigen al organismo con el imperio de las necesidades nutritivas conjuntas: no solicitan como el sueño y la suave postracion del cansancio, exigen como el hambre, piden como la sed y como el hambre de aire, que es la suprema é ineludible necesidad de la vida.

El erotismo de Monteagudo tiene, algo como una filiacion bochornosa, en las páginas mas brillantes de la historia. Era como una herencia de otros grandes hombres, cuya enorme vitalidad se desbordaba en estas exaltaciones crueles. Julio César *omnium virorum mulierem et omnium mulierum virum* como le llamaba Curion, apuraba con ánsia epiléptica y de una manera insaciable, todo el placer que la corrupcion romana ponía en sus manos. Tiberio, otro enfermo, con el sentido genital pervertido *desde la cuna*, y que ha hecho ruborizar á la historia con su erotismo imposible,

era libidinoso hasta en los crueles suplicios que inventaba. (1)

Calígula invitaba á la luna á participar de su lecho y mantenía un comercio infame con Lépido y algunos otros jóvenes extranjeros puestos en sus manos como rehenes: ... « un día se oyeron en el palacio, los gritos de Cátulo, joven de familia consular, cuyo temperamento no era suficientemente vigoroso para responder á las violencias estúpidas de Calígula ». Claudio á pesar de sus temblorosas rodillas y de su constitucion precaria, lo mismo que Galba, Neron, Tito y Helio-gábalo, vivieron encenagados en el mas horrendo libertinage mórbido. La *clinopalem vocabat* de Domiciano, que se bañaba en las plazas públicas con las prostitutas, y se complacia en arrancar *los pelos* á sus concubinas, la sodomía bestial de Vitelio y el *distorsit inmisso per obsena igni* constituian para todos aquellos ninfomaniacos enardecidos por la impunidad, el repertorio de sus mas gratos placeres.

Sixto IV pertenecía á una familia de sodomitas que hacia de la prostitucion un ramo de industria. Sobre Leon X hace recaer Jóvius la misma acusacion. Enrique III repartía su vida, como dice Moreau, entre la prostitucion y la devocion; y las caricias indiscretas que prodigaba á sus famosos *Mignons* le atrajeron todo el ódio de las damas de la corte. El incesto para el duque de Orleans no era sinó una *diablura*, como lo atestiguan sus

(1) Moreau de Tours. *Aberrations du sens genesique*,

tentativas infames de corrupcion dirigidas contra la princesa de Lamballe y contra su propia hija la abadesa de Chelles. Y para terminar esta desagradable y corta enumeracion, citaremos á Luis XV *dont la vie ne fut q'une perpetuelle debauché*; y para quien todo lo que no se presentaba con la promesa de un placer, era indiferente; Luis Felipe de Orleans cuya vida fué una mezcla de infamias y de grandes cosas; Federico el Grande, y finalmente el conde de Charolais de lúgubre memoria y cuyo horrible cinismo é inaudita ferocidad apenas ha descrito el autor de la *Folie jalouse*. (1)

Estos jenesiácos de la larga familia de Monteagudo y de Bolivar, que tambien pagaba ámpliamente su tributo á Priapo, tienen, por temperamento, como Bolivar, ó por enfermedad y por temperamento como Monteagudo, concentrada toda su vida sobre este sentido que se sobrepone á los otros, vinculando á su servicio las mas nobles facultades del hombre. No hay en el mundo moral nada bueno posible cuando circula con tanta abundancia por los nervios de un hombre, aquel fluido caliente, que se difunde estremeciendo la fibra y reanimando las fuerzas ausentes del más viejo *genital*; que vá creciendo, aumentando, hinchándose como la mar picada, hasta afectar en los individuos predispuestos, sobre todo, las proporciones enormes y repugnantes de un erotismo irresistible...

(1) Todos estos datos los tomo de la obra de Moreau de Tours (hijo).

El uso habitual de ciertas sustancias que estimulan el sistema nervioso, el clima cálido que crea el coadyuvante de un temperamento ardiente y bullicioso y que levanta los apetitos venéreos hasta la categoría de necesidades irresistibles, habian contribuido á desarrollar en aquel gran adorador de Aretino, esta exaltacion tan característica del sentido de la generacion. No le era posible resistir al empuje visiblemente enfermiso, que lo arrastraba hácia los placeres sensuales desordenados, como si llevara hecho carne en su cerebro, todo el cínico desbordamiento que reinó epidémicamente en la Roma de Caligula y de Popea. Por eso buscaba casi siempre, á todas esas mujeres en quienes un pudor moribundo, dejaba ancho campo á la satisfacion de sus propósitos lascivos, y complacia su erotismo hidrópico en la lectura licenciosa del *divino azote de los principes*.

He ahí la consagracion mas tenaz de su vida. Ella si, no cambió nunca, por lo mismo que era orgánica y enfermisa, fué en la vida su sola passion invariable, su inclinacion constante, lo único que en su ser moral se mantuvo inalterable en medio de su estravagante variabilidad.

Si Monteagudo hubiera gozado alguna vez de las dulzuras de una existencia reposada, hasta habria tentado reproducir, por exceso de sensualismo, aquella estraña fantasía que creó el lúgubre Hawthorne en la *Niña envenenada*. Habria vivido aspirando, nó los efluvios envenenados de las plantas de Rapacini, sino cultivando con amor las diversas especies de Orchis, que por la disposicion de

sus tubérculos en *scrotum*, eran considerados por los viejos genesiacos como poseedoras de grandes propiedades afrodisíacas; porque en medio de su excesiva lujuria, era artista consumado y su genetismo abundante necesitaba echar mano de todos los recursos del arte; recorrer todos los tonos del placer, asociando al sentido genésico el concurso eficaz de los otros. Por eso le gustaba la música y el baile, pero á condicion de que cerrára alguna promesa voluptuosa.

En un jardín sombrío, medio perdido en el repliegue de algun valle tucumano, y bajo la temperatura mansa y amorosa de una eterna primavera, vivir secretamente y como abstraído en su acetismo sensual, cultivando la *datura* y la *jusquiama*, el *adiantum* y la *belladonna*, que procuraba filtros tan eficaces apesar del mentiroso *me miseram quod amor non est medicabilis herbis* de la Heroidea de Ovidio. Y acariciado por las alas calientes de la cantárida acimatada en aquel aire tibio y saturado de supuestas emanaciones estimulantes, restaurar sus fuerzas consumidas en el cansancio de alguna noche tiberiana.

A ese respecto, Monteagudo tenía un conocimiento abundante de las leyendas fálicas y de toda esta botánica erótica que ha producido la materia médica popular. Conocía las propiedades venéreas atribuidas al *cedron*, su planta predilecta, al *nardo* que deja al ser estrujado entre las manos, ese ligero olor seminal que estimula voluptuosamente el olfato de las mujeres; de la *mandrágora* de la *valería* y la *concordia*, de la *yerba conyugal* y de la

famosa *orchis odoratísima* con su enorme poder de escitar la sensualidad.

Todo, como vemos, era la consecuencia obligada de su afeccion y de una predisposicion orgánica marcada, que constituye, segun Tardieu, lo que se ha llamado el temperamento genital; y que, amenudo, coincide con un conjunto de caracteres físicos particulares que existian en él: «predominio del sistema nervioso, músculos esbozados con delicadeza, desarrollo mediocre del tejido adiposo, cabellos negros y abundantes, una fisonomía expresiva y movable, boca grande, lábios gruesos y de un rojo vivo» (1). Lo que sucede en las mujeres histéricas respecto á sus disposiciones eróticas, se vé igualmente en los hombres cuyos deseos violentos suelen presentarse de una manera no menos horrible y repugnante.

Concluyamos tocando ligeramente lo que puede muy bien llamarse la terapéutica de su enfermedad. Es decir, los remedios que instintiva ó intencionalmente se aplicaba como tratamiento.

Cuando acompañaba á Bolivar, los oficiales lo veian dirigirse «á los frios torrentes de la Cordillera donde sentado sobre un peñasco se dejaba bañar por aquellos raudales helados». La impresion del frio era intensísima y el alivio de sus tormentos cerebrales, tal ves ilusorio y aun peligroso, por la accion estimulante del agua á tan bajísima temperatura. El agua fria no es un agente sedativo *directo*, sino mas bien un escitante, cualquiera

(1) Tardieu.--La Folié.

que sea el procedimiento aplicado: cubiertas mojadas, inmersiones, etc., etc. (1)

Es indudable que la hidroterapia produce resultados satisfactorios en el estado nervioso, nervocismo, histeria etc., y como dice Bloch, si se quiere conocer bien la acción general de el agua fría, es en estas afecciones que debe estudiarse. Pero el exámen de las diversas faces por las cuales pasa un neurópata, esclusivamente sometido á un tratamiento de esta naturaleza, demuestra que el agua fría no es en realidad sino un agente escitante (Bloch). Prueba de ello son los casos de urticaria y forúnculos, que se manifiestan despues de un tiempo variable, en los sujetos sometidos á estos tratamientos; los síntomas de eretismo nervioso que aparecen bajo la influencia fuertemente perturbadora del agua fría, y la manera penosa y poco agradable con que se hace sentir la primera impresión, durante la cual la respiración se pone irregular y de inspiraciones cortas, profundas y como espasmódicas. (2)

Siendo así que el agua fría lejos de ser un sedante inmediato, es mas bien un estimulante, y que á pesar de su pasión por los baños helados, Monteagudo no se bañaba con la regularidad, la frecuencia y los requisitos de un tratamiento médico, sino con intermitencias peligrosas y á distintas temperaturas, es claro que, este tratamiento lejos de aliviarlo, lo enardecia aun mas, estimu-

(1) Bloch—L'eau froide,

(2) Bloch—Id id id. pág. 16.

lando, mas bien que amortiguando, aquel eretismo cerebral que dominaba todo su ser.

Es indiscutible que la hidroterapia obra ventajosamente sobre estas neurosis; pero obra á la larga, porque en las formas de nervosismo en las cuales las perturbaciones son activas y casi continuas, como sucedia en Monteagudo, no es sinó despues de un largo y regular tratamiento que se obtiene resultado, pues las alteraciones de la inervacion, en razon del hábito mórbido contraído, tienen sin cesar una tendencia marcadísima á renacer. (1)

Por lo tanto, la aplicacion irracional que él hacia de la hidroterapia, lejos de producir una sedación provechosa, enardecía su nervosismo, exageraba su impresionabilidad moral, sus disposiciones psíquicas esencialmente ligadas á las perturbaciones nerviosas producidas por el agua fría. (2)

Otro agente perturbador de su inervacion, y de que abusaba *anchamente*, era el café, la *bebida de los capones* como lo llamaba Linneo.

Monteagudo era frugal, pero toda la vitalidad de las pasiones nutritivas ausentes, se habia concentrado en su amor á las mujeres y al café. La noche en que terminó el célebre proceso de los Carreras, la pasó en vela ajitado por sus sordas convulsiones y bebiendo una tras otra, grandes tasas de café bien negro.

¿Buscaria en estas libaciones repetidas, úni-

(1) Véase Bloch.

(2) Véase Bloch.

camente la satisfaccion de ese amor al café tan general en todos los pueblos? O seria una secreta imposicion de su naturaleza que buscaba por este medio apaciguar sus enardecimientos genitales? Esto último es verosímil; probablemente sus nervios cansados de tantos y tan repetidos sacudimientos, clamaban, aguijoneados por el instinto, un sedante que consolára aquellos órganos fatigados por la usura.

El uso del café modera ligeramente la escitacion genésica, porque no hay, segun ha dicho Trousseau, exagerando demasiado sus virtudes dudosas, anafrodisiaco capaz de reducir á una impotencia mas absoluta. Su accion es insignificante apesar de esa afirmacion categórica: «en una imaginacion preocupada puede, como los amuletos, producir la impotencia, pero esto es en realidad lo único sério» apesar de las opiniones de Hecquet, Simon Pauli etc., etc., y de la boga que tiene en Oriente.

EL DELIRIO DE LAS PERSECUCIONES

DEL

ALMIRANTE BROWN

•

Le medecin est exposé á se laisser tromper par les apparences de la raison, et il ne se mefie pas toujours assez de ces gens qui parlent et discutent *ut cæteri sanæ mentis homines*. Sous l'enveloppe d'un de ces hommes, habite parfois un persecuté qui dissimule son trouble partial, et dont il importe de continuer á mettre au grand jour les principales particularités psychologiques

LEGRAND DU SAULLE—*Le delire des persecutions* (pág. 7).

Mais il n'est arrivé á cet état calculé de dissimulation, que parce qu'il n'a convaincu personne. On lui faisait ceci ou cela, et on ne les á pas cru; il avait telles craintes, et on ne les á pas partagés; il devait se venger de telle ou telle manière, et il n'a rencontré que des incredules. Que fallait il logiquement qu'il fit? Qu'il se tût. *C'est ce qu'il á fait* Id id—pág. 7.

CAPÍTULO VII

SUMARIO—Síntomas prodrómicos de la melancolía—La *hipocondría corporal* y la *hipocondría mental*—Fisionomía de los melancólicos—El delirio de las persecuciones es una manifestación frecuente de la melancolía—Temores nosomaníacos—Análisis de enfermedades imaginarias—Cómo principió Brown á sentirse perseguido—Las primeras extravagancias—Patogénia del *delirio de las persecuciones*—Opiniones de Legrand du Saullé—El cocinero de Brown—La casa del Almirante—Episodios de su vida—Esplosiones de perseguido—El veneno—Las persecuciones del gobierno inglés—Sus complots—Diagnóstico de D. Juan Manuel—*El viejo Bruno está loco*—Alucinaciones del oído—Situaciones dolorosas—En su castillo—Sus preparativos para resistir ataques de enemigos imaginarios.

BIBLIOGRAFIA—GRIESINGER—*Traité des maladies mentales*—LEGRAND DU SAULLE—*Traité de Médecine Legale*—Luys y Ball—*L'Encephal*—(*Journal des maladies mentales et nerveuses*)—BAILLARGER—*Des Hallucinations*—LEGRAND DU SALLE—*Le Delire des Persecutions*—J. T. GUIDO—*Vida del Almirante Brown*—(*Galería de celebridades argentinas*)—GUISLAIN—*Las frenopatías*—*Apuntes sobre la vida del Almirante Brown*—(*Anónimo é inédito*—*Colección Casavalle*)—DAGONET—*Traité pratique des maladies mentales*—MARCÉ—*Traité des maladies mentales*—*Rasgos de la vida íntima del Almirante Brown, escritos por su Camarero y abanderado*—Z. J. Gonzalez—(*inédito*)—HAMMOND—*Traité des maladies nerveuses*—ANGEL J. CARRANZA—*Campañas marítimas, de la República Argentina*—LEIDESDOR—*Trattato delle maladie mentale*—V. F. LOPEZ—*Historia de la Revolución Argentina*—CARLOS VOGT—*Leçons sur l'homme*—BOUCHARDAT—*Tratado de Higiene pública y privada*—TOPINARD—*L'Antropologie*—MITRE—*El Crucero «La Argentina»* (*publicado en la Revista de Buenos Aires*)—ELLIS—*Enajenation mental*—LOPEZ, —GUTIERREZ y LAMAS—*Revista del Río de la Plata*—MOREL—*Du délire panophobique des aliénéés gémissieurs* (*Ann. medic. psychol. t. VI*)—BRIERRE DE BOISMONT—*De la monomanie des persecutions au point de vue de la médecine legale.*

Peor que la realidad misma, son las ficciones desoladas que nacen espontáneamente en el espí-

ritu siempre agitado de los hipondriacos. La evidencia de una enfermedad grave no conturba tanto el espíritu de un hombre de regular integridad intelectual, como los ensueños y las persecuciones tenaces de una de esas frenálgias silenciosas que van royendo el cerebro hasta escavarlo profundamente.

La hipocondría es la imágen mas píntoresca del sufrimiento continuo.

En la *hipocondría corporal* (1) el paciente manifiesta sus dolores en todas las inquietudes inmotivadas relativas á la salud del cuerpo; en sus llantos continuos, en sus fastidiosas dolencias sin fijacion precisa. Sus indeterminados temores y aquella enorme depresion física y moral, son los que dan al melancólico el tinte de profunda tristeza que baña su fisonomía apagada y sombría.

La *hipocondría mental* (2) por sus colores mas íntimos tiene otra fícies; es la espresion de una sensacion mas abstracta y mas esencialmente melancólica; es un matiz frenopático menos preciso, si se quiere, pero que ofrece faces mucho mas variadas y curiosas. Estas son por lo general las dos formas frecuentes.

El aspecto de un hipocondríaco produce un sentimiento de profunda angustia; como que es un espíritu oprimido por las incómodas y temibles inquietudes de mil presentimientos, que lo persiguen. Es un enfermo que invita á sufrir con él,

(1) Guislain.

(2) Guislain.

que impone sus infinitos dolores y que lleva el contagio en sus lágrimas y en sus ojos hundidos y opacos; en sus lamentaciones agudas, en sus concepciones estravagantes y hasta en el tinte amarillento y ligeramente azulado tan característico. La melancolía es una enfermedad que marcha por accesos; algunas veces por paroxismos intensos, por exacerbaciones progresivas y dolorosísimas otras; y la cruel ansiedad que suele mezclarse á su profundo abatimiento, da á aquellos rostros desfigurados, con la pupila dilatada y la palidez reveladora, el aspecto angustioso de una persona que se va ahogando lentamente en medio de una atmósfera enrarecida y mefítica.

Cuando se empieza á perder el sueño, las ideas tristes que forman su nota fundamental, comienzan á revoletear al rededor del cerebro congestionado por el insomnio; la cara se arruga, se pone volteriana y llena de sombras; y el cuerpo se encorva bajo el peso de aquella pesadumbre imaginaria. Despues se oyen sollozos furtivos y como comprimidos todavia por el influjo mortecino de una razon trémula y asustadiza; luego se presenta el llanto y los suspiros, que alivian tanto el corazon y los pulmones laxos y oprimidos por el enervamiento de la enfermedad, y á poco tiempo despues, la melancolía, con sus estremecimientos sensitivos y sus lampos de lucidez transitorios, acaba de verificar su posesion completa y maligna.

Desde este momento es que comienzan á presentarse, vestidos ya con su carácter francamente patológico, los temores vulgares de una grave en-

fermedad cuyos síntomas solo él descubre. Las dudas mas amargas le asaltan sobre la integridad de sus órganos; oye las palpitations de su corazón enfermo, las oye clara, distintamente, por supuesto, ó siente las punzadas violentas de la gastralgiá que anuncia al hambriento cáncer devorando su pobre estómago; ó la sangre se agolpa á su cerebro produciendo los síntomas congestivos precursores de una hemorragia fulminante.

Otras veces son preguntas, como éstas, que se clavan como puñales sobre el cerebro ¿porqué está torpe la pierna? ¿porqué tiembla la mano y el movimiento es difícil en cualquier músculo del cuerpo? Es que la médula ha sido invadida por un proceso terrible que en pocos días lo va á dejar paralítico, inmóvil, petrificado como una esfinge, tembloroso y balbuciente como un *azogado*.

De aquí provienen todos estos régimenes estrafalarios con sus dietas severas y sus frecuentes visitas á los establecimientos de aguas minerales; las lavativas abundantes, los purgantes repetidos y el exámen diario de la orina y de las materias fecales en donde el ojo delirante del hipocondriaco descubre tantos y tan terribles síntomas. «Otros, dice Legrand du Saulle en su libro admirable sobre el *Delirio de las persecuciones*, se creen tísicos y beben tisanas; se aplican vegigatorios, examinan sus esputos con lentes y van á *Nisa* ó á *Aguas Buenas* á pasar el invierno. Otros hay que se pretenden diabéticos y llevan á los farmacéuticos sus orinas para someterlas á un prolijo exámen,

se sujetan á un régimen particular y tienen cuidado de pesarse cada quince dias; otros que sospechando una infeccion sifilítica interrogan muchas veces por dia, el estado de humedad de la uretra; y en fin otros, que temiendo morir súbitamente toman precauciones infinitas para alejar toda clase de emociones y no salen jamás sin llevar un detallado papel dando su filiacion y estableciendo su identidad.»

Pero hasta aqui, si bien el hipocondriaco, costea, diremos asi, la órbita de una verdadera enagenacion, no está aun dentro de ella, sin embargo. Necesita un pequeño impulso, necesita que un poco mas de sangre activando el vértigo de sus células predispuestas, lo eche dentro; que la razon se adormezca ó se atrofie con esta constante proliferacion de falsas concepciones que van como el bacterio de la pústula maligna, reproduciéndose, en su medio adecuado, con una ligereza prodigiosa. Cuando comienza á dar á las sensaciones múltiples que experimenta, una apariencia improbable, una explicacion sobrenatural; cuando sobre las cosas usuales de la vida no razona ya con la rectitud de juicio ordinario; cuando se supone perseguido por olores malsanos y pestíferos y cae en ese tédio de la vida profundo, que lleva al suicidio y se cree realmente perdido, arruinado, deshonorado, envenenado, (1) entonces está ya rodando sobre la rápida pendiente de una enagenacion declarada.

(1) Legrand du Saule.—Delirio de las persecuciones.

Esta explosión de las *persecuciones* es una forma frecuente del delirio hipocondriaco. Cuenta Legrand, que Morel había conocido un melancólico, que desempeñaba funciones importantes en la magistratura, y cuyo primer cuidado al levantarse de la cama, era examinar sus orinas y analizar al microscopio sus deyecciones; después de estas primeras investigaciones, procedía al exámen de los alimentos que le llevaban, para cerciorarse que no contenían ninguna sustancia deletérea. Antes de salir para su oficina, recorría la ciudad en distintas direcciones á fin de estraviar á sus supuestos enemigos. Pronunciaba palabras cabalísticas, escupía para no absorber los miasmas funestos que le enviaban, hacia gestos extravagantes y caminaba mirando con desconfianza á todo el que pasaba á su lado. Y sin embargo, conversando con él, nadie hubiera dicho que aquel hombre era un enfermo; que al entrar á su casa se entregaba completamente á sus raras *manías*; que comía solo los alimentos que el mismo compraba aquí y allí para evitar los infames *complots*; que se levantaba á media noche para hacerse largas abluciones; y que, en fin, se entregaba á actos completamente irregulares. (1)

Quando á las preocupaciones nosomaniacas se agrega el decaimiento melancólico, las ideas de persecución, los temores de envenenamiento que agregados á las alucinaciones auditivas caracterizan tanto esta forma; cuando sobrevienen los pen-

(1) Véase Legrand du Saule. Delirio, etc., etc.

samientos de suicidio y los proyectos de venganza, todo se hace posible y entonces la hipocondría afecta un aspecto temible con la agregacion grave y franca del delirio de las persecuciones (1).....

Entre esta clase de enfermos puede citarse al General Brown.

Pero no eran los temores nosomaniacos lo que mas llamaba la atencion en él. La hipocondría corporal con sus aprensiones de enfermedades imaginarias pasaron bien pronto, para dar lugar á este delirio tenaz que fué su característica principal. Es cierto que empezó por creerse enfermo del estómago y del higado, suponiendo que una lesion grave del aparato digestivo le iba á cortar la vida, pero muy luego vino el temor de las persecuciones, que estalló en su cabeza con una amplitud y una insistencia perfectamente incurables.

Si bien Brown no tenía el carácter tímido y pusilánime que predispone á esta variedad tan frecuente de aberracion mental, manifestaba, en cambio, toda la desconfianza enfermisa, que da á los actos y á la fisionomía del perseguido un tinte especialísimo de sombría impaciencia. Sus perturbaciones, al principio vagas é indeterminadas, fueron tomando con la edad y ese trabajo mental profundo, que se conserva durante cierto tiempo velado por la impenetrabilidad calculada, propia de

(1) Legrand du Saule.—Les délirés des persecutions.

la enfermedad, una acentuacion progresivamente maligna, hasta que en los últimos años de su vida, que fué el período agudo de la neurosis completaron su desarrollo definitivo, haciendo su estado moral cruel, y en ciertos momentos desesperante. El pobre *viejo Bruno* como le llamaba Rosas, se veia inerme y postrado delante de esa turba infinita de envenenadores en *grado superlativo*, que forjaba su mente dolorida y abrumada por el inmenso peso de una melancolía incurable.

Es necesario conocer el estado moral deplorable, la vida mísera de *un perseguido* para comprender hasta donde llegaban sus amargos sufrimientos. Sea que haya en ellos una exageracion inconciente « sea que los fenómenos percibidos tengan en realidad una agudez estrafisiológica, el hecho es que, los mas pequeños incidentes adquieren inmediatamente la significacion mas desfavorable. Para ellos todo ha cambiado á su rededor. Ya no se le prodigan las mismas caricias y los mismos cuidados; sus quejas las reciben con un rostro frio é indiferente, les sorprenden sus mas secretos pensamientos, se les quiere hacer hablar contra su voluntad, se les domina, se les ultraja. No exhalan ninguna queja precisa, no articulan ningun reproche positivo, no formulan ninguna acusacion apreciable, pero se declaran atormentados de mil maneras diferentes: unas veces sienten impresiones anómalas muy dolorosas y deploran amargamente los procedimientos infames y páfidos que se desplegan en contra suya;

las celadas que se tienden á su buena fé, las torturas morales con que los asedian sin cesar.» (1)

A medida que estas torturas aumentan, que los manejos subterráneos, los maleficios formidables y ocultos, que el perseguido clasifica con epítetos extravagantes, aumentan y se multiplican; que siente las descargas violentas que le aplican sus enemigos; que percibe el veneno en el alimento, en el agua que bebe, en el aire que respira; cuando ve que le imantan sus cabellos, sus ojos, sus dientes y su lengua se petrifica y se seca obedeciendo á mandatos diabólicos y ahogando el llanto y el grito de angustia, que es el supremo recurso del que se siente asediado por los incubos del delirio; cuando, en fin, se le hace respirar vapores mal sanos, se le contamina su ropa, se le inyectan gases mefíticos por la cerradura de su puerta y se le echa vitriolo en su vino y azufre en su café y ópio en sus alimentos y arsénico en su pan.... ¡oh! entónces el terror intenso, irresistible, la negra y cruel *panofóbia* se apodera de su cabeza, y el delirio franco é incesante se organiza, tomando un cuerpo tanjible casi, como dice el autor de la *Folie héréditaire*.

Entonces es que el perseguido oye clara y distintamente la voces que le denuncian los manejos, el número y la clase de los enemigos; voces ágrías y destempladas que gritan á sus oídos palabras soeces que lo llenan de injurias, que le cantan mil himnos de infamia y lo llaman por nombres deni-

(1) Legrand du Saule.—Delirio, etc.

grantes. Las circunstancias mas pueriles—dice Legrand du Saulle—las interpreta siempre en el sentido de sus ideas delirantes; la risa de un transeunte le cubre de ridiculo, el mujido del viento lo amenaza, el tañido de la campana lo injuria; las palabras proferidas á distancia abren á su imaginacion asustada todo un horizonte de maquinaciones y de complots. El canto de los pájaros le avisa que van á penetrar en su casa por medio de llaves falsas y el ruido del martillo, que se está ya clavando su ataúd; y como si no pudiera, algunas veces, concentrar en sí mismo las impresiones melancólicas que lo asedian, sobre todo en los primeros tiempos de su enfermedad mental, se confiesa sin reserva al primer venido, se descubre sin temor, y cuenta sus tristezas, sus tormentos y sus males. (1)

En ese cuadro lleno de luz está pintado con algunas ligeras variantes todo el estado mental del ilustre *melancólico* que nos ocupa.

La concepcion delirante que con mayor tenacidad le asediaba, y que por cierto es la mas cruel de las que se apoderan de los *perseguidos*, era el temor á los envenenamientos.

Por eso vivia constantemente preocupado, tratando de descubrir á sus enemigos, averiguando, inquirendo, estudiando las maneras tenebrosas de que se valian para envenenarlo; cuál sería el plato que podría comer sin peligro, el agua que podría beber, el aire respirable y depurado de todos esos

(1) Legrand du Saulle. Delirio, etc., etc.

gaces asficientes que le enviaban *los ingleses* sobre todo, sus mas incansables envenenadores segun él mismo decia.

Como el mas tímido de los perseguidos, que nunca habita dos noches bajo el mismo techo, que no come dos veces en el mismo plato, que cambia de nombre, que se disfraza y huye atolondrado, Brown jamás comia *su comida*, sino que á la hora en que lo verificaba la tripulacion, pedia á alguno de los *mochaches* un plato de carne y una copa exigua de vino como único alimento.

La cocina fué por muy repetidas ocasiones, objeto de sus mas estrictos cuidados, haciendo vigilar y comentando los menores actos del cocinero que, como se sabe, desempeña en la vida del perseguido un papel muy importante. Es para éste, un personage siniestro, de cabeza oscura, de mirada dibólica y llena de duplicidades mortíferas; un árbitro satánico de la vida del amo, que en un rato de mal humor se echa en brazos de los *envenenadores* y se la arrebatata con una narigada de *estrignina* ó de *ácido prúsico*, vertido misteriosamente en la sopa ó en el *plumb pudding* favorito.

Para evitar que de acuerdo con él se introdujeran los conspiradores por el caño ó por los intersticios del buque, echándole los tósigos consabidos, tomó el mas original de los temperamentos, nombrando *encargado de la cocina* á un oficial de graduacion llamado Almanza. Llamóle, ese dia á popa, en donde se andaba paseando, y despues de saludarlo afectuosamente y de examinarlo de arriba abajo, le dijo con un aire misterioso y asustado:

—Vd. tiene que prestarme un servicio muy grande. Vd. sabe que á bordo hay un sinnúmero de *invenenadores* que quieren envenenarme la comida, el agua y hasta el aire, y el dia menos pensado tendremos una horrible mortandad. Es necesario que Vd. como oficial de honor, y en quien yo deposito mi confianza, se haga cargo de la cocina de la tripulacion, y observe los menores movimientos del cocinero y de sus ayudantes.

Y al decir esto, Brown se acercaba al oido de Almanza espresando en su fisonomía transformada, todo el terror agudo que lo dominaba.

El oficial obedeció aunque de mala gana, pero poco despues y como era de esperarse, la desconfianza de Brown tocóle tambien á él: la comision que le habia confiado el Almirante, le hizo perder la consideracion y el respeto de sus subordinados, y un dia que entraba á la cocina, un marinero portugués llamado Gandulla le asestó cuatro puñaladas dejándolo muerto en el mismo sitio. (1)

Este breve episodio es el resúmen mas característico de sus innumerables incongruencias, y revela por si solo la forma de su enagenacion. Las *manias* de que hablaban tanto sus ofiaiales, las locuras del *viejo Bruno* como les llamaba D. Juan Manuel, y esa *nostalgia terrestre* á que se refiere el Dr. D. Vicente F. Lopez, no eran otra cosa que las esplociones de su delirio, espresadas con tanta elocuencia en estas mil estravagancias á que

(1) «Rasgos de la vida íntima del Almirante Brown»—escritos por su camarero y abanderado Zerafin J. Gonzaves (á Juan Roberts. (Existe en mi poder el manuscrito inédito).

se entregaba *at home*; extravagancias que despues fueron esteriorizadas por la irresistible impulsion que obliga al perseguido á hacer á todo el mundo participe de sus temores.

Cuando estaba en tierra, vivió lejos de la ciudad, lejos de todo contacto humano; en una casa solitaria, sombría, medio oculta entre inmensos pajonales y en el centro del bañado que se estiende hácia las bocas del Riachuelo. Era la casa de un misántropo, rabioso é impaciente, sobre cuya puerta y en presencia de aquellos paredones lóbregos y especialísimos, de aquellas sombras que la envolvian como en un sudario, un médico hubiera leído este triste letrero: *aquí vive un hijo de condriaco perseguido*. En ese bañado húmedo y desamparado estaba oculto su único retiro.

Sus formas mismas contribuían á darle un aspecto particular y desolado: «era—dice el Dr. Lopez—un cuadrilatero estrecho y elevado de tres pisos, agujereado en algunos puntos con ventanillas corre-dizas, á la inglesa, y con pilastras superiores que le daban los aires de un torreón lóbrego con almenas. Allí era donde el bravo marino se envolvía á devorar las horas insoportables del ocio: la inacción y el fastidio levantaban en su alma los vapores sombríos de la hipocondría. *Se tomaba entonces por un ser predestinado á la desgracia y á la nulidad: un delirio doloroso se apoderaba de sus ideas y le inspiraban ciertas manías de suicidio que no tenían otra causa que el peso de una vida abandonada á los monólogos de la soledad, con un carácter ardiente nacido para el movimiento pero*

soñador y silencioso en la inaccion. Esas mismas emanaciones fosforescentes y vagas que enfermaban su alma, eran quizás el jérmen verdadero de sus grandes calidades; puesto que cuando la actividad y la guerra venian á sacudir y á despertar sus nobles instintos esas sombras se convertian en ráfagas de luz; y no bien oia que la patria necesitaba de su espada, cuando los delirios desaparecian como por encanto ». (1)

Pero aquel fluido maligno que crispaba sus nervios oprimiendo su cerebro, volvia á producirse aumentando, creciendo hasta que su esceso, que necesitaba una válvula de escape, reproducia con mas bullicio y á veces con mayores consecuencias, las dolorosas escenas que llevaban al espíritu sagacísimo de Rosas, el convencimiento de que el *viejo Bruno* era simplemente un loco, que profesaba una especie de culto enfermiso á la fidelidad jurada.

Así pensaba él y poco le importaba las persecuciones estravagantes de que hacia víctima á sus oficiales: queria sus servicios y le dejaba en cambio que buscára á los envenenadores de la manera que mas le conviniera.

.....

Tomáronse un dia en pelea dos marineros ingleses, de los cuales, uno, cayó muerto á consecuencia de una gruesa aneurisma de la aorta torácica. Inmediatamente despues de recibir la noticia, leván-

(1) Vicente F. Lopez.—Historia de la Revolucion Argentina.

tóse el General precipitadamente, como herido por una sospecha terrible y despues de llamar á gritos al Dr. Soriano, su médico y amigo, le dijo:

—Es el veneno Dr! Es el veneno!—y el pobre viejo abría desmesuradamente sus ojos llenos de luz—es el veneno que está trabajando aquí abordo; yo desde ayer lo siento, á mí tambien me lo han dado. (1) *Mira Dr. Soriano* Vd. no sabe lo que pasa abordo; los marineros son muy astutos, algunos de ellos estan *confabuladas* con los *invenenadores*; finjen una pelea, se *agaran* como lo han hecho ahora con falsos pretestos, para ocultar el veneno que ya tienen adentro. ¡Oh miserables!

Y Brown cerraba convulsivamente los puños y se paseaba lleno de agitación, mirando con esa ira expansiva y estremosa de los maniácos, á todos los que tenía á su derredor.

Quando el Almirante llegaba sobre cubierta con la gorra ladeada, la oficialidad bien sabia que ese dia no contaba con su cabeza. Aquélla puerilidad elocuente marcaba la presencia de un acceso; y entonces las persecuciones eran doblémente encarnizadas: no entraba nadie abordo que no fuera, de su parte, objeto de detenidas pesquisas, de preguntas ridiculas, de miradas é indagaciones llenas de la mas profunda desconfianza,

Las mujeres de los soldados tenian permiso para ir abordo ciertos dias. Una de ellas, llegó casualmente al *Belgrano* en momentos en que la gorra del Gene-

(1) Brown atribuía sus dolores del hígado y las perturbaciones de su digestion, al veneno que le administraban en sueños.

ral marcaba con mas insistencia que nunca una crisis negra fuertísima. Traia en la mano, algo, que por los cuidados que le dispensaba llegó á despertar sus mas vivas sospechas; chocóle, sobre todo, la desfachatez y la provocadora confianza tan propia de la guaranga prostituta, con que se presentó aquella mujer, que buscaba en la amistad de los marineros los medios de ganarse la vida.

Apenas habia dado algunos pasos sobre cubierta, cuando Brown se acercó á ella precipitadamente y arrojándole una mirada llena de ira:

—Vd. es una pícara—le dijo—Vd. viene abordo *sin tener á nadie de quien condolerse en sus trabajos y penurias*. Como si el buque fuera una casa de prostitucion! Ah miserable!

Y empujándola con torpeza la mandó poner en la *barra* de los piés y con centinela de vista; prohibicion absoluta de hablar con nadie y supresion de toda clase de alimento. A las cuarenta y ocho horas hizo sacarla sobre cubierta, y despues de haber formado toda la tripulacion les dirijió estas palabras, agitando en sus manos el atadito que traia el maleficio y que solo contenia tortas inocentes, caramelos, cigarros y un frasco muy largo de agua de colonia; provisiones indispensables para toda mujer de medio pelo que va de paseo á cualquier parte.

—Esta mujer venia abordo, sin conocer ni querer á nadie. Venia con todo esto que está envenenado—y mostraba á la tripulacion los cigarros y las tortas pegadas dentro del pañuelo—Ved como

los envenenadores de tierra se valen de los hombres y de las mujeres para asesinarlos.

Hecho esto, mandóla á tierra, entregando el pañuelito al que llevaba el bote, con grandes recomendaciones de que no fuera á comer nada de lo que habia adentro, porque caeria inmediatamente muerto. En seguida escribió una nota al Capitan del Puerto; nota curiosísima que debe conservarse en los archivos de aquella oficina, ordenándole que en lo sucesivo tomara una lista de las mugeres que iban abordo, especificando el nombre y la clase de la persona que deseaban ver. Que debia tener mucho cuidado con los envenenadores, como la muger aludida, cuyos cigarros y caramelos venian llenos de venenos, segun lo habia declarado el mismo Dr. Sheridam. (1)

La leche, la grasa, la fariña y sobre todo el café con el cual, segun decia, lo habian querido envenenar en las Antillas, los ingleses, eran objeto de un escrupuloso y detenido exámen. Y como sospechaba hasta del vino que traian especialmente para él, se servia con su propia mano la racion de un marinero. Rechazaba todo alimento que le ofrecieran con insistencia, porque ¡quien sabe que ingredientes sospechosos le habria puesto el cocinero! Cuando tomaba el vino ó el agua hacia que primero lo probara un soldado ó su abande-

(1) •Rasgos de la vida íntima del Almirante Brown• etc., etc. A consecuencia de esta nota el Dr. Sheridam que era entonces uno de los médicos de Brown, pidió su baja. La afirmacion del Almirante era incierta, porque Sheridam no habia hecho semejante análisis.

rado Roberts, en quien al parecer depositaba una amplia confianza. Los sufrimientos del estómago, un ligero cólico, la náusea ó un dolor cualquiera en la region de los órganos digestivos, despertaba en su espíritu grandes sospechas de envenenamiento; se creía ya víctima de los fuertes efectos de algun tósigo imponderable; de las maniobras atentatorias de sus enemigos, que recurrían á mil subterfujos ocultos, por que no podían envenenarlo en la comida.

Cuando esas crueles sospechas nacen con tal persistencia, la vida del *perseguido* se hace angustiosa y difícil. Se disfrazan de todas maneras para escapar á las supuestas acechanzas y recurren, como Brown, á los expedientes mas ingeniosos para procurarse un alimento sano; y esto último con tanto mas ingenio y mayor apuro, cuanto que algunas veces el hambre y la sed aprémian á aquel estómago exangüe y desesperado. Esta alimentacion, incompleta altera profundamente la nutricion, cuyo estado precario se revela en el aspecto lánguido y deprimido de la fisionomía; en el tinte cetrino y verdoso de la cara, en la pobreza de sus carnes flácidas y movibles. La nutricion languidece á consecuencia de la enfermedad del centro inervador, y esta depresion profunda repercute á su vez, sobre el cerebro, cuyo estado se agrava más y más, estableciendo el círculo mórbido que solo rompe la muerte y muy rara vez la curacion completa.

Si el perseguido por estos pavorosos temores es un hombre ilustrado, tanto peor, porque compra

y devora en sus largas veladas, obras de química, tratados de toxicología, cuyas lecturas, puede decirse con propiedad, envenenan la inteligencia predispuesta, completando el trabajo de la enfermedad. El estudio de los tósigos los cautiva y « toda su atención se dirige á averiguar los medios rápidos de neutralizar una sustancia nociva; si es extraño á las cosas de la ciencia, lleva sus alimentos ó sus deyecciones á un boticario para que le diga cual es el veneno que se encuentra allí; y asediado por los cuidados que le preocupan, termina por ceder su lugar á los envenenadores, abandonando ansioso su país, su hogar, y su familia, viviendo aquí y allí, y entregándose á esa vida cosmopolita y agitada que terminará un día ú otro por un crimen ó por un suicidio.»

Es infinito el número de anécdotas curiosísimas á que ha dado lugar Brown con sus persecuciones imaginarias. En los últimos años de su vida se había hecho intransigente, intratable, hasta para el mismo Rosas. La edad avanzada, disgustos profundos y secretos, porque el pobre *viejo Bruno* no revelaba á nadie sus pesares, habían dado á su neurosis esa amplitud dolorosa que encierra al perseguido en el ancho círculo de sus amargas ansiedades.

El número de envenenadores crecía con una rapidez pasmosa, y ya no contentos con envenenarle la comida, ideaban los tormentos que él revelaba en los llantos de sus lamentaciones nocturnas, tan frecuentes y tan llenas de la mas honda melancolía. —Por Dios, no me atormenten! ¿Por qué me quieren

envenenar? decia encerrado en su camarote é interrumpiendo el silencio de aquellas noches de abordo tan tristes y lóbregas.
Si quieren matarme, peleenme (fight-me) mas no así, cobardes, traidores, miserables y veinte veces asesinos

El pobre viejo se levantaba con precipitacion, el oido atento y la mirada vagabunda y extraviada. Y enardecido por las alucinaciones auditivas, comensaba á pasearse, arrastrando trabajosamente la pierna y amenazando con sus puños á aquellos séres estraños é invisibles, que le hablaban en su propio idioma y que sin embargo no podia ver. Pero él los habia sentido muchas veces acercarse hasta tocarle sus blancos cabellos, profiriendo á su oido amenazas de muerte. En tierra, habian venido al pié de sus balcones á ultrajarle impunemente y esparcir en la huerta, en las mismas ventanas del aposento, el veneno con que pretendian ultimarle. Le han hablado al oido, ¡oh de eso estaba seguro, cruel realidad de la alucinacion! le han golpeado á su puerta, se han trepado por la escalera con tumultos de gente descalza, introduciéndole por el ojo de la llave mil gritos mezclados con silbidos y murmullos estravagantes.

En la noche callada, cuando vanamente se recojía para conciliar el sueño, ha sentido de nuevo aquellas voces terribles que le hablaban por el caño de la chimenea, por la grieta de la vieja puerta rajada, por el respiradero del techo, por la boca de un frasco, dentro de las hojas de un libro; ó que le amenazaban en la pieza inmediata

llenándole de improperios: *vendido, renegado*, le decían, y en vez de una blasfemia, sonaba una carcajada estruendosa, pero lejana y medio difusa, *tú no eres irlandés, estas impenitente, envenenado hasta los huesos! Miserable, míranos á la cara, allá vamos, prepara tu alma, ¡oye! ¿sientes? mira al infierno!.....*

Y con todo el terror de un niño desvelado cuando siente que le tiran de las cobijitas en medio de la oscuridad de la noche, se levantaba de su cama tembloroso, prendía la vela para verlos, buscaba debajo de su lecho, dentro del armario, detrás de las sillas, pero todo en vano..... en vano, es claro, porque el perseguido *no vé* á sus perseguidores.

Después tornaba por un momento á la tranquilidad deseada, hasta que las voces volvían á hacerse oír con doble intensidad, en el chisporroteo de la vela que se quema indiferente y soñolienta, ó en el ruido del viento que se cuele por la rendija de la vidriera, y que en las noches de invierno ventoso, simula tan bien el quejido y los tonos, ya fuertes ya suaves, de la voz humana; que se ríe, insulta y á veces se lamenta en un prolongado quejido que termina en una nota apagada y profundamente melancólica, como si la voz quejumbrosa de un niño herido, se lamentara por el ojo de la llave. Y crece y crece siempre con una lentitud perezosa, hasta que, como empujado de atrás por una ráfaga ambiciosa, estalla en ruidos agudos y vuelve en seguida á perderse en imperceptibles rumores. Unas veces parece el

«hurrah! prolongado de un escuadron que carga espada en mano» y despues, repentinamente, se transforma en el canto de guerra de un ejército de insectos..... Echad sobre el oido de un alucinado, una corriente de este viento que grita y que habla *como un cristiano*, y vereis aquel cerebro lleno de tan tristes fantasmagorias agitarse en dolorosísimas convulsiones.

En algunos alucinados la enfermedad no adopta la misma marcha, sino que como el *perseguido* cuya historia refiere Legrand du Saulle, oyen primeramente el ruido dulce y armonioso de una pequeña fuente, despues el murmullo de una agua que gorjea y muge, mas tarde cadencias musicales, el silbato de una locomotora, voces confusas, palabras nécias, agrias, injuriosas y finalmente ultrajantes. Asi van subiendo el tono del insulto y de la burla, hasta que la audicion mórbida se hace intolerable, el delirio se organiza y el perseguido pierde completamente la razon. (1)

El dia y la noche las producen igualmente, pero la noche con su silencio y misteriosa quietud presta mas ancho campo á estas persecuciones anómalas que fecunda el insómnio y la soledad en que arroja al perseguido su triste y dolorosa misantropía.

De dia, las ocupaciones apremiantes del oficio servian á Brown como una derivacion saludable, disminuyendo el eretismo en que habitualmente entraba su cerebro; pero de dia, tambien era cuan-

(1) Legrand du Saulle.—Delirio de las persecuciones.

do sus impulsos perseguidores (porque el perseguido se hace al fin perseguidor) entraban en ebullicion produciendo todos estos episodios curiosos que entonces autorizaban el diagnóstico popular. Era á la luz del dia cuando se entregaba á sus pesquizas estravagantes, dando caza á sus enemigos y frustrando las conspiraciones tenebrosas que se fraguaban á su alrededor.

Dias antes de darse á la vela para Montevideo, y en una bellísima mañana del mes de Octubre de 1840, un marinero portugués limpiaba tranquilamente un bage amarrado á la jarcia de trinquete. Como era de costumbre, el General habia madrugado mucho esperando sorprender, como siempre, á alguno de sus asesinos en momentos de confeccionar el tósigo consabido. No bien habia trepado sobre cubierta, cuando vió á proa y no sin experimentar ese temblor convulsivo que sacudia sus carnes en situaciones análogas, al marinero que descamaba entusiasmado su fácil presa.

—Venga acá ese hombre—gritó con toda la fuerza de sus pulmones—venga para acá ese.....
¿Cómo es su nombre?

—Antonio, señor General.

—¿Qué hacia Vd. con *esa pobre pescadita*?

—Lo estaba limpiando para comerlo, señor.

—No lo ha de comer abordo de este buque—gritó Brown enfurecido—Vd. está *invenenándolo* miserable! *para lo hacerme comer*. Vd. es el mayor envenenador que ha venido aquí y ahora *misma* lo voy á mandar fuera! Ah! canalla, á la madrugada eh, cuando yo estoy *dormiendo*; los

pobres *pescaditas* tambien sirven para darme el veneno?.....

Dicho esto ordenó al abanderado hiciera señas á la «25 de Mayo» para que mandára su bote; y mandó al guardian redujera en pedazos al pescado, lo pusiera en una caja de lata y bien tapado lo enviára á tierra para ser enterrado lejos de la ribera. (1)

—Porqué este pescado—añadia paseándose á popa con cierta agitacion supersticiosa—está *envenenada*, y arrojándolo al agua contaminaria á los otros pescaditas que vendrían á caer en las *líneas* de los marineros.

Cuando el bote de la «25 de Mayo» atracó al costado del «*Belgrano*», el General hizo descender al marinero y entregándole al oficial una nota para el Comandante King, le dijo dándole la caja:

—Tenga cuidado *en no abre* la lata; en ella va el veneno con que este pícaro queria asesinarme.

Despues se supo que á ese desgraciado le habian aplicado cincuenta azotes y enviado á tierra.

Otras veces la víctima de estas persecuciones inmotivadas, era un oficial de graduacion, el médico ó alguna otra persona altamente colocada á su lado y á quienes tomaba, cuando no era como asesinos, como cómplices ó espías. Una tarde, por ejemplo, el oficial Alsogaray fué bruscamente detenido por él en momentos en que subia sobre cubierta:

(1) Rasgos de la vida íntima de Brown, etc., etc., etc.

—Vd. está arrestado en su camarote hasta segunda orden—le dijo arrojándole una mirada bañada de la mas grande desconfianza—Vd. es *envenenador de primer grado*, continuó. Siempre han sido de inferior clase los que aquí querian matarme, pero ahora son los oficiales.

Sorprendido el oficial por aquellas sospechas tan extravagantes, quiso replicar, pero Brown levantando el brazo le dijo con dignidad :

—Ni una palabra.....

Durante tres dias estuvo con centinela de vista y no se le pasaba sino té, café y galleta. Algunos dias despues, la escuadrilla de Montevideo salia del puerto, y como Brown se preparaba á batirla, mandó ponerlo en libertad, diciendo que «era preciso no privar al Sr. Alsogaray de cumplir con su deber.» Cuando regresaron á Buenos Aires lo envió á tierra, pretestando que no lo necesitaba; pero el gobierno—dice el manuscrito de donde tomamos la anécdota—volvió á mandarlo abordo porque sabia que el General, en estos casos, procedia casi siempre bajo el influjo de sus *manías*. (1)

Lo que no le conocemos á Brown, son todas esas frases y espresiones usuales de los perseguidos, pero es indudable que, como á todos ellos, se le *hacía hablar contra toda su voluntad, le dominaban la inteligencia, lo insultaban y amenazaban mentalmente, le adivinaban sus pensamientos, impidiéndole hacer tal ó cual cosa porque habia de-*

(1) Rasgos, etc., etc.

jado de pertenecerse, y lo dirijian como querian y repetian sus palabras y hablaban por su propia boca.

Todos estos enfermos se componen un vocabulario á parte, y crean una multitud de neologismos en relacion con su educacion, su medio social, sus concepciones delirantes y con la naturaleza y la calidad de las persecuciones de que se creen victimas. En sus términos tan extravagantes y tan llenos de imágenes, se encuentra muy facilmente la prueba elocuente de todos los tormentos que los agitan, de los dolores que los aflijen; y con verdadera sorpresa -- dice Legrand-- nos preguntamos algunas veces, cómo, enfermos completamente iletrados, pueden retener ciertas espresiones técnicas tomadas en su mayor parte á las ciencias físicas. (1)

El vocabulario del Almirante era relativamente reducido, aunque muy elocuente y característico. Para él, habian: *envenenadores de primero, segundo y tercer grado, y en grado superlativo*, que era el ideal del envenenador consumado, especie de artista diabólico, con mil incubos y súbcubos á su disposicion, y con un ingenio agudísimo para la difusion de los venenos. Esta era como vamos á verlo su manera habitual de clasificarlos, aun en los documentos oficiales, en sus cartas y extravagantes alocuciones á la tripulacion.

Encontrábase una mañana su secretario el Sr. Alsogaray asentando en el *roll* de la tripulacion,

(1) Legrand du Saulle.—Delirio etc., etc.

la filiacion de cinco marineros que le habian enviado de tierra, cuando al llegar al quinto lo detuvo bruscamente borrando con su índice el nombre de Jorge Foister, marinero inglés, sobre quien, segun él, recaian horripilantes sospechas.

—¡Oh!—dijo—este lo conozco, lo conozco; ha sido peon mio y ya en otras ocasiones ha intentado envenenarme es un inglés, un inglés enviado. Y Brown miró á su alrededor con desconfianza y como si temiera decir por quien era enviado.

¡Un inglés! Esto era muy grave para el Almirante. Traido á su presencia preguntóle si lo conocia; el marinero contestó que si; *que estando un poco pesado de la bebida* se habia enganchado. Hecho minuciosamente un detenido interrogatorio sobre sus *sinistros proyectos*, mandólo con centinela de vista al palo mayor, é hizo señales á la Capitania para que envíaran la falúa, pues no consentia que sus botes fueran á tierra (1). Despues de redáctar él mismo la curiosa nota que va á leerse reunió á sus oficiales, y en su média lengua encantadora y graciosísima, les dijo estas testuales palabras, resúmen pintoresco de su infortunio cerebral.

—Este *pícaro inglés*—y levantaba el índice á la altura de la oreja en actitud de cariñosa amenaza—quiso *invenenarme* en mi quinta, hacen como *cinca años*, para cuya operacion habia llevado una

(1) «Se pasaba hasta un año sin que los botes de la escuadra fueran al puerto»—dice el manuscrito que tenemos á la vista—temiendo que se los envenenaran. •

botijoila de *aciete* para echarla en mi comida, sin que el pobre *cocinera* de la casa se apercibiera. Felizmente el olor descubrió todo aquel infame y abominable crimen que á no ser esta circunstancia habria recaído sobre *las inocentes*.

Terminada la alocucion, hizo embarcar al marinero entregando al oficial la nota que iba dirigida al Capitan del puerto, y concebida en estos términos: «Se destina de abordo al envenenador Jorge Foister, en *grado secundario*, pues su tentativa intencional no tuvo efecto por la intervencion benéfica de la Divina Providencia. *Guillermo Brown.*» (1)

El episodio dió origen en tierra y aun en las regiones oficiales á grandes comentarios y la nota—dice el manuscrito aludido—anduvo en el *Bájo* de mano en mano. El marinero que segun parece era una persona de buenos antecedentes fué empleado en la Capitanía como patron de la falúa y cuando el Coronel Seguí en el año 42 pasó al Paraná con la escuadrilla, lo hizo oficial abordo de la goleta «Libertad».

Hay algo mas que complementa la pintura de sus perversiones mentales; detalles característicos que llevan como ningunos la *estampilla* imborrable del delirio de las persecuciones: los largos monólogos, que solo eran escuchados por el camarero de confianza; sus actitudes cautelosas y aquella reserva tenaz que daba al rostro la espresion pro-

(1) Manuscrito citado.

funda de dolor, mezclado á una desconfianza suprema y enfermisa.

Tenia en su cara la movilidad nerviosa que pone en constante movimiento hasta la última fibra muscular, y produce los gestos estravagantes y ridículos que esteriorizan los sentimientos y las múltiples ideas, que germinan atropelladas en el cerebro de estos desgraciados. Cuando los temores de envenenamiento recrudecian y las manos invisibles le rozaban el cabello y le quitaban la fuerza á sus piernas y á sus brazos; le arrebatában el sueño y neutralizaban sus facultades; le envenenaban los alimentos, y le quemaban el estómago etc., cuando oía aquellas voces agrias é incómodas que tornaban á intimidarlo con sus eternas amenazas empujándolo al suicidio: entonces era que su rostro se transformaba de una manera tan cruel como radical.

Y como se transformaba! Aquella fisionomía siempre iluminada y bondadosa, llena de suprema dulzura y de augusta resignacion, perdía la suave ondulacion de sus líneas y se hacia torba, adusta y hasta innoble.

En sus súbitas y múltiples alteraciones era donde todos conocían cuando le asaltaban sus crisis; la viséera de la gorra, iba cambiando de lugar como empujada suavemente de adentro por un impulso secreto y misterioso; iba desde la frente recorriendo toda la cabeza hasta fijarse sobre el mismo occipital: la vision quedaba libre completamente, el horizonte limpio y él podía sin trabajo presenciár el desfile de sus perseguidores imaginarios.

Las arrugas múltiples de su cara plegada y flácida, se hacían mas profundas y oscuras, las sombras, negras, el ojo brillante y movable revolcándose en la profundidad de una órbita demasiado grande, se agitaba como delirando en su empeño vano de ver al que le hablaba al oído, le amenazaba por la rendija, se burlaba con palabras soeces por el ojo de la llave, ó reía por el caño de la chimenea. Un temblor creciente y continuo se apoderaba de las manos que nada tomaban sin romperlo; la marcha se ponía fácil por la estimulación inclemente del acceso; la vision torpe y confusa, el lábio caído, y la lengua parecia mas larga, ajitada por movimientos rápidos de vaiven y en continuo contacto con los labios secos y como despellejados.

Concluidos estos dolorosos espasmos de su inteligencia, el rostro volvía de nuevo á adquirir su plácida jóvialidad; el músculo recuperando su tonicidad normal, restituía á la cara su espresion de salud y alegría; y de las sombras de aquellas noches transitorias, aunque frecuentemente repetidas, solo quedaba la penumbra espresada en la arruga pálida y tenaz que deja la suprema ajitacion del delirio.

La desconfianza inmensa que como se ha visto, era el rasgo prominente de su estado, impulsábalo en muchas ocasiones á maltratar á sus mas fieles servidores, con sospechas injuriosas de complicidad; lo llevaba mas lejos todavia, obligándolo á matar con sus propias manos, las aves que debían servirse en la mesa, no sin un escrupuloso exámen de

sus vísceras inocentes. Así cuentan que hacia en aquellas célebres y misteriosas comidas con el Dr. Oggan, en que ambos andaban correteando los pollos de su gallinero, y ambos desplumaban la víctima y la cocinaban secretamente para desviar la acción oculta de los envenenadores.

En el mecanismo doméstico del buque, no permitía la intervención de nadie en lo que á él le pertenecía. El mismo guardaba su vino y su tabaco, y se procuraba con su mano el agua para sus usos.

Cuando se concluía la de aquel célebre botellón que nadie podía, ni aun mirar con demasiada insistencia, so pena de despertar terribles sospechas, tomábalo en sus manos y se dirigía á popa munido de una cuerquita con la cual sungaba el sagrado adminículo. Naturalmente que esta delicadísima operación no se hacía á vista y presencia de todo el mundo, porque tenía buen cuidado de retirar á toda la tripulación, ordenando al oficial de servicio que la vijilara colocado en el castillete de proa. Bastó que una vez, un sargento, se comidiera á llevarle la botella, para que lo mandara dar de baja. Y en otra ocasión, su camarero de confianza fué espulsado violentamente y amenazado con una bayoneta por haberse atrevido á tocarlo, con el pretesto de mudarle el agua y limpiarlo.

La manera singular de vivir, es otro signo elocuente que ayuda el diagnóstico. Ya hemos visto antes, que vivía aislado, oculto á toda investigación humana y fortificado contra los curiosos ó los impertinentes que trataban de verlo. Aquella casa lóbrega y oscura, envuelta en su atmósfera perpetua-

mente húmeda, influía visiblemente en la agravación de sus delirios: la soledad y la inacción vegetativa en que entraba cuando la patria no necesitaba de su brazo, daban inmenso pábulo á sus ideas de persecucion.

Nunca decia de quien las temía, sin embargo, que profesaba un ódio secreto á los ingleses cuyas tentativas siniestras habia sorprendido alguna vez. « No las temía del país ni de sus hijos, porque no solo sabia como le amaban, sinó que él mismo los amaba con una pasion profunda que podriamos llamar exaltado patriotismo. Sus desconfianzas tenian otro origen; pues no obstante que ha muerto bajo las mismas impresiones y sin revelar su secreto, es probable que esos delirios tuvieran su causa en el gobierno inglés; porque Brown era irlandés y católico; dos circunstancias que en aquel tiempo pueden explicar muy bien aquellas escentricidades del carácter que la tradicion popular de su tierra, y la educacion, quizá, habian conaturalizado desgraciadamente en su alma desde niño » (1)

Son muchos los perseguidos que llevan su misantropía hasta este grado de aislamiento completo; y que, como Brown, no hablan jamas á nadie, ni salen sino rara vez de su casa, de su cuarto ó de su reducto, inespugnable como la casa solitaria en que vivió *veinticinco* años, aislado, aquel perseguido legendario de los alrededores de Troyes (2).

(1) Vicente F. Lopez. Historia de la Revolucion Argentina.

(2) Véase el apéndice.

A fin de escapar á toda mirada indiscreta á todo contacto peligroso, á toda persecucion atentatoria, se encierran voluntariamente, arrastrando una vida selvática, y que por lo general termina por el suicidio.

Un criado ó algun miembro de la familia que inspire confianza, si es posible que alguno se la inspire á un perseguido, le alcanza por un agujero la comida, ó bien, se la procuran como pueden y viven de la manera más problemática, un larguísimo tiempo. Mas tarde la curiosidad de algun indiscreto ó la autoridad misma que á menudo interviene, entra en la casa y lo encuentra, ó muerto naturalmente, colgado de un tirante, ó degollado (1).

Estos enfermos que á los ojos de las gentes de mundo pasan simplemente por originales ó extravagantes, son de ordinario *perseguidos* « que tienen todas las convicciones delirantes que caracterizan ese estado mental; á veces no sufren las alucinaciones del oido, y escapan á las torturas incesantes que ellas engendran »; pero otras como sucedia en Brown, existen y existen de una manera tenaz, constante hasta el punto de hacer insoportable la vida arrastrada entre las espinas de un delirio inclemente.

Y para comprender hasta donde era visible su *delirio de las persecuciones*, basta recordar aquel curiosísimo episodio que el Dr. Lopez refiere en la página 16 de la Historia de la Revolucion Argentina, á propósito de la mision que acerca de él

(1) Legrand du Saulle.

llevaban Guido y Riera. «Es de presumir que cuando estos caballeros llegaron á la quinta—dice el Dr. Lopez—Brown estuviera bajo el influjo de algun acceso; (1) pues apesar de que solo eran las diez de la mañana, todas las puertas, portones y ventanas estaban herméticamente cerradas, y la plaza en perfecto estado de sitio. En vano fué dar gritos y golpes: nadie espondió. El Sr. Riera dió vuelta, pasó una zanja y se aproximó al castillo para golpear una de sus puertas. Entonces *alguien con una voz airada respondió de atrás, que allí no se dejaba entrar á nadie y que se retiraran.* Habiendo conocido por la voz y por la manera inesperta de hablar que era el mismo General que daba la órden, Riera le gritó—General Brown nos manda el gobierno porque la pátria necesita de Vd. Soy Riera con su amigo de Vd. el General Guido. Salga al balcon y nos conocerá. Brown no respondió, pero un momento despues abria una ventana del piso superior para reconocer á los que le hablaban. Vió en efecto á Riera y á Guido, y bajó á abrirles. Nos contaba el General Guido en Montevideo, que al pasar por el zaguan no habian podido menos de fijarse en dos ó tres macanas nudosas, una larga espada y algunas tercerolas agrupadas en algun rincon con la mira de resistir

(1) Probablemente *no estaba bajo el influjo de algun acceso*, decimos nosotros, cuando abrió la puerta á los emisarios del gobierno. El acceso á que se refiere este ilustre historiador habia tenido lugar durante la noche y habria desaparecido con sus sombras.

á algunos de esos asáltos imaginarios con que soñaba sin cesar.» (1)

Así, con estas intermitencias fugaces de una lucidez completa, cayendo y levantándose, vivió hasta los ochenta y tantos años aquel *hombre benemérito que en medio de estas éstravagancias dolorosas era á la vez un dechado de honrades, un corazon lleno de bravura y como un niño por la inocencia de sus procederés.*

(1) Vicente F. Lopez—Historia de la Revolución Argentina.

CAPITULO II

SUMARIO—Frecuencia del delirio de las persecuciones—Estadística de los autores franceses—Etiología del delirio—Edad, sexo profesiones—Causas—Herencia—Grandes disgustos y grandes privaciones—Otras causas—Primeros años de Brown—Antecedentes de familia—Predisposición de familia—El hambre en Irlanda—Efectos del hambre—Predisposición de raza—Prision en Verdun y en Metz—Sus desgracias y sus grandes disgustos antes de venir al Rio de la Plata—Enfermedad al higado—Últimos años de decrepitud—Encierro—Influencia de las enfermedades del vientre en la producción del delirio de las persecuciones—Fin.

Véamos ahora si en los antecedentes del ilustre perseguido podemos rastrear el origen de su enfermedad.

De las afecciones mentales de *tipo moderno*, diremos así, el delirio de las persecuciones es uno de los mas frecuentes. De cuatro mil doscientos enagenados de todas edades, sexos y posiciones examinados en el Depósito Municipal de Paris por Legrand du Saulle, setecientos eran *perseguidos*, lo que segun él dá la proporcion de uno sobre seis. De noventa y seis de estos, revisados por Lasegue, cincuenta y ocho eran hombres y treinta y ocho mugeres; y de ciento cuarenta estudiados por Legrand, ochenta y uno, eran hombres y cincuenta y nueve mugeres, lo que significa que la enfermedad á pesar de ser muy frecuente en la

muger, lo es mas en el hombre. Esto en cuanto á su frecuencia.

En cuanto á la edad, parece que en la que se observa con mayor frecuencia, es en la de *treinta y uno á cuarenta y cinco* años, época en que Brown debió sufrir sus mayores trastornos de fortuna y en que fué atacado por la fiebre amarilla, durante su larga y penosa peregrinacion abordo del *Hércules*; la época por escelencia de las grandes luchas de la vida, de las labores sostenidas, de las emociones mas vivas, de las pasiones, de las ambiciones, de los desencantos amargos como ha dicho muy bien Legrand du Saulle.

Además de las influencias hereditarias que desempeñan en la etiología de casi todas estas neurosis, un rol fundamental, tambien tienen una influencia positiva los disgustos prolongados, las luchas morales, los reveses de fortuna, la ausencia de trabajo, los celos, las prácticas religiosas exageradas, los remordimientos de conciencia, las *angustias producidas por un proceso, las prisiones prolongadas*, la miseria, los insomnios rebeldes y por fin todas las enfermedades que debilitan profundamente la economía; causas todas que obran con lentitud y que no producen sus efectos sino despacio, preparando de *longue main* la explosion de la enfermedad. (1).

Las pérdidas seminales, la sífilis, el onanismo y la permanencia en las grandes ciudades, son otras tantas causas análogas por el poder de su influjo.

(1) Legrand du Saulle.—Obra citada.

La primera de estas, caracterizada por un estado mental en el que tanto predominan las dolencias físicas, irregulares y crónicas, los ensueños melancólicos y las tendencias al suicidio, nos es difícil, por no decir imposible, encontrarla en los antecedentes individuales de Brown, cuyos primeros años están rodeados de una oscuridad impenetrable. Debemos eliminar por completo, vistos los antecedentes conocidos del individuo, la sífilis que suele ser, según algunos, una de las causas primeras del delirio de las persecuciones; por la amarga y profunda impresion que produce en los espíritus débiles y frágiles, el terror y la humillacion dolorosa, las angustias melancólicas y la depresion general de las facultades de la inteligencia, herida por preocupaciones hipocondriacas incesantes. Para que ella tuviera una parte en la etiología, hubiera sido necesario encontrar el rastro indeleble que su paso deja siempre visible en esas maculaciones esternas ó internas que se encuentran indefectiblemente en el individuo que la ha padecido. No insistamos en esa causa, y digamos solo que se encuentra rara vez en la patojénia de este delirio.

La permanencia en las grandes ciudades, que ha sido con razon mirada por Bergeret como una causa evidente, influye tambien aunque de una manera indirecta y en un grado menor que las otras. Y no puede ser por menos, si se piensa que allí es en donde se encuentra mas á menudo; la miseria y las grandes privaciones, los dolores morales punsantes producidos por los desencantos, las competencias ardientes, las catástrofes industriales,

los siniestros comerciales, las ambiciones insaciables, las emociones revolucionarias y toda esa miriada de causas susceptibles, como afirma Legrand, de predisponer al delirio de las persecuciones ó de influir singularmente sobre su marcha y sobre sus manifestaciones diversas. (1)

Pero de todas ellas, las que en el concepto del médico de la Salpêtriére tienen influencia mas formidable, tanto en la produccion de ese delirio singular, como en cualquiera otra forma de enagenacion, son las persecuciones infantiles, la educacion viciosa, la herencia y los grandes sacudimientos morales.

La educacion de los niños dirigida por maestros ó padres bruscos, indiferentes, groseros ó de corta inteligencia, tienen á este respecto un influjo funesto. El mismo resultado se obtiene—dice el autor de la *Folié Héritaire*—cuando el niño pierde en una edad temprana la direccion de sus padres y se le educa en un medio que no es el de su familia, por personas que poco ó nada se preocupan de él y que frecuentemente recurren al medio funestísimo de la intimidacion. Un niño siempre mal tratado, castigado por todos esos actos pueriles, cuya prohibicion seria, es siempre imposible á esta edad, acaba por creerse víctima de una vigilancia continua é injusta é interpreta viciosamente las severidades de que es objeto. (2)

En cuanto á la herencia ya sabemos que es el

(1) Legrand du Saulle. Obra citada.

(2) Legrand du Saulle.—Obra citada.

factor mas formidable en estas terribles enfermedades cuyo pronóstico se agrava considerablemente con su sola presencia; sobre todo, si proviene por línea materna. Esquirol pensaba que la proporción de hereditarios era de un cuarenta y cinco por ciento; Parchappe de un quince por ciento y Guislain de un veinticinco. Respecto á los trastornos morales diremos que ellos siembran su semilla vivaz en el terreno exuberante que la herencia prepara; y á veces es tan activa y tan fecunda su influencia que la tierra más ingrata le produce frutos abundantísimos.

Hecha esta corta enumeración de las causas, veamos si es posible encontrar en los pocos datos que poseemos, sobre la niñez y juventud de Brown, algo que ilumine la etiología de su neurosis.

Su origen nos es casi completamente desconocido. Sabemos por un corto manuscrito inédito que nos ha suministrado un amigo, (1) que su padre era un hombre humilde, y que ocupado en trabajos de campo durante largo tiempo habia conseguido levantar una modestísima fortuna. Pero las inquietudes por que atravesaba la Irlanda en aquella época y las persecuciones que sin duda sufrió de parte de los ingleses, lo obligaron á emigrar á Norte-América, con la esperanza de mejorar

(1) El Sr. D. Carlos Casavalle ha tenido la generosidad, rara por cierto en los *papelistas*, que también tienen su neurosis, de prestarnos un precioso manuscrito inédito, en el que se consignan datos completamente desconocidos sobre la niñez y juventud de Brown. Valiéndonos de ese documento es que hemos podido recoger algunos detalles curiosos sobre la vida del ilustre marino anteriores á su venida á la República Argentina.

su situacion precaria, llevando á su hijo Guillermo de edad de nueve años.

Al llegar á Filadelfia, supo con gran disgusto que la persona que debia protegerlo habia muerto de la fiebre amarilla, que hacia grandes estragos en aquella ciudad. Entonces presentóse con su hijo á la familia del finado, reclamando la proteccion ofrecida; pero como esta los recibiera mal, negándoles toda clase de recursos, el padre de Guillermo cayó *enfermo de una profunda melancolia muriendo al poco tiempo de la fiebre.* (1)

El hecho de haber caido enfermo de una profunda melancolia, como lo revela el manuscrito, es digno de llamar la atencion, porque como afirma Kolke, aunque de una manera un poco absoluta, siempre que hay perversion ó locura, cualquiera que sea su intensidad, llámese melancolia con ó sin delirio, es porque hay predisposicion, y si la hay es porque existen en el individuo vicios de organizacion mental, virtuales, que pueden no manifestarse durante la vida, pero que indefectiblemente se transmiten á su posteridad. Y es verosimil que haya existido en el padre de Brown esta predisposicion trasmisible, puesto que esas debilidades mentales ingénitas, son el patrimonio de poblaciones degeneradas por el *hambre y la miseria* que en ese sentido preparan pródigamente el terreno; siendo por otra parte indudable que estos dos agentes poderosos de la degeneracion humana, pueden causar grandes perturbaciones en el espíritu y desar-

(1) Manuscrito citado.

rollar caracteres enfermisos, que se trasmiten de generacion en generacion hasta que su influencia prolongada produzca, como produce segun Carls Vogt, la desaparicion paulatina de toda una poblacion.

Ahora bien, el Condado de Mayo, cuna y residencia de toda la familia de Brown, desde quien sabe cuantas generaciones atrás, fué asolado por el hambre mas espantoso con motivo de las guerras de 1649 y 1689 entre la Inglaterra y la Irlanda. Por esta causa muchísimos irlandeses de los Condados de Armagh y de Down, abandonaron sus hogares para refugiarse en una region montañosa que se estienda al este de la baronia de Flews hasta el mar. De allí todavia fueron empujados hacia los Condados de Leitrim, de Sligo y de Mayo, en donde durante largos años, sufrieron los efectos desastrosos del hambre y de la ignorancia.

Los descendientes de estos desterrados—dice el *Magasin de l'Université de Dublin*—se distinguen facilmente de sus hermanos del Condado de Meath y de los otros districtos, que no han estado colocados en las mismas condiciones de degradacion fisica. Su boca permanece siempre entreabierta—agrega este periódico cuyo artículo copia Carlos Vogt en su libro sobre el Hombre—sus labios son gruesos y espesos, sus dientes prominentes, las encias abultadas, la mandibula prognata y la nariz aplastada. En Sligo y en una *gran parte del Condado de Mayo*, toda la organizacion fisica de esas poblaciones, demuestra la influencia de dos siglos de degradacion y de miseria, cuyos efectos aun se

ven, no solo en la alteracion de los rasgos de su rostro, sino tambien en el esqueleto de su cuerpo y en el espíritu. (1)

¿Qué extraño, pues, que los efectos de estas influencias deletéreas del sistema nervioso, trasmitidas de *proche en proche* y reforzadas por la herencia hubieran llegado hasta Brown mismo, cuyas perversiones mentales no es inverosímil que hayan tomado algo en esa fuente lejana, que no por ser lejana, es menos positiva?

Muerto su padre, el pobre niño quedó á la edad de diez años, abandonado en un país extraño y hostil, sin mas proteccion que sus propios y débiles brazos y con sus ropas sucias y raidas por único capital. (2)

Con su chaqueta en la mano y con sus botines hechos pedazos, andaba de un lado á otro vagando por la ciudad de Filadelfia ó paseándose á orillas del rio Delaware á donde su instinto y sus inclinaciones secretas lo llevaban.

¿Qué efecto no produciría sobre un niño ya pre-dispuesto, este horrible abandono en medio de una gran ciudad, extraña y opuesta á sus hábitos, hostil á su carácter blando y con disposiciones melancólicas acentuadas, como tienen todos los niños y todos los irlandeses? (1) ¿Con qué vigor no

(1) Véase Carls Vogt—Leçons sur l'homme.

(2) Manuscrito citado.

(1) He visto en los Manicomios de Buenos Aires muchísimos irlandeses de ambos sexos atacados de enagenacion mental; y todos afectados de melancolía en sus diversas formas; predominando mas que otras la melancolía religiosa con tendencias al suicidio. Tengo en mis apuntes varios casos de suicidio, los cuales han sido evidentemente producidos por tendencias melancólicas irresistibles.

actuarían sobre su espíritu, lleno de la suave plasticidad de la infancia, todo el cúmulo de influencias nocivas que lo circundaban y que dan pábulo á ese mefitismo moral inclemente que azota los cerebros frágiles en las grandes agrupaciones humanas?

Lógico es suponer que su cabeza debió sentirse fuertemente contundida y que el médio propicio en que se encontró por algunos años, contribuiría á reavivar los gérmenes hereditarios que hasta entonces permanecieran como adormecidos. Porque si sobre el cerebro resistente de un adulto, obran con tanta fuerza las causas que dejamos apuntadas al principio de este capítulo, parece natural pensar que sobre el de un niño débil y predispuesto habrían de gravitar con mayor éxito. Las privaciones de todo género, las desilusiones y los desencantos, que aun en esta tierna edad suelen roer con hambre las cabezas infantiles; los dolores morales y las enfermedades del cuerpo, sin una palabra de consuelo y sin una mano desinteresada que las aliviara, trajeron sobre la cabeza del jóven, todo su abominable contingente de agitaciones incurables.

Triste, estenuado por largas abstinencias, se pascaba á orillas del Delaware, cuando un capitán americano, encontrándole buena presencia y condo-liéndose de sus lamentaciones, le propuso llevarle de grumete abordo de su barco. Allí principió su carrera marítima; iniciada con un aprendizaje rudo y amargo á consecuencia de su corta edad y del tratamiento inconsiderado á que lo sujetaba la

tripulacion. Así estuvo, navegando siempre en buques mercantes, hasta que durante la guerra entre Francia é Inglaterra fué ocupado en la conduccion de prisioneros y apresado por el buque de guerra francés *Presidente*, que lo condujo á Francia apesar de los esfuerzos de una enorme fragata inglesa que los perseguia. Llegados allí y despues de haber depositado una cantidad de dinero, como garantía de su palabra, segun la costumbre establecida entonces, fué encerrado junto con sus compañeros en la cárcel de Metz.

Los incidentes de su permanencia y fuga de Verdun, son completamente desconocidos y tienen algun interés histórico y médico. Revelan otra faz de su vida llena de peripecias y enriquecen la etiología de la enfermedad.

La vida dentro de aquellos cuatro muros era insoportable, y sus dias llenos de esperanzas pero de insoportables sufrimientos; doble sufrimiento porque el mar habia empezado ya á ejercer sobre su espíritu la fascinacion irresistible que despues lo echó en su camino de luz y por que todos esos lúgubres presentimientos que despues se hicieron carne en su cerebro, empezaron á agujijonearlo produciéndole ciertas depresiones nostálgicas de caracter muy sospechoso. Concertó, pues, su fuga logrando burlar la vigilancia de los centinelas, favorecido por la oscuridad de la noche y por un traje de oficial francés que se habia procurado.

Una vez fuera de la ciudad, echó á correr de una manera desesperada, como si sintiera por detrás los pasos precipitados de mil rejimientos de esbirros

que ya lo iban alcanzando. Al llegar á un molino que había á pocas millas, encontróse con un soldado que se paseaba debajo de los árboles, y que al ver su estado de cansancio y el terror que se dibujaba en su fisonomía, sospechó su procedencia y ayudado del molinero consiguieron tomarlo, después de una lucha de palos y mojicones en que Brown se defendió bizarra y desesperadamente.

Nueva prision y nuevos sufrimientos. Pero como consideraran poco segura á la cárcel de Metz, fué conducido á Verdun y encerrado en un calabozo alto, al lado de un coronel inglés llamado Crutchley á quien mas tarde estuvo ligado por una estrecha amistad. El capitán Brown, tal era entonces su graduacion, comenzó de nuevo á meditar su fuga con un ardor y un entusiasmo que se parecia mucho á la desesperacion; porque si cruel habia sido la prision de Metz, doblemente debió serlo la cárcel de Verdun, mucho mas segura, mas lóbrega y sombría aun, y como tal, mas propicia al desarrollo de nuevas perturbaciones.

Así es que urgido por todas esas aprehensiones melancólicas que asaltan á los prisioneros, comenzó á poner manos á la obra. Calentó en la estufa, un largo fierro y poco á poco fué horadando la pared que daba al cuarto de su vecino hasta que pudo introducir la cabeza y comunicarse con él. Para que el guardian no pudiera descubrir sus trabajos, colgó del techo su *Union-Jack*, bandera inglesa que llevaba en todos sus trabajos y que ocultaba admirablemente el agujero. Los escombros los escondia en un baul y con la chaqueta

barria el piso para desterrar toda sospecha en el espíritu del carcelero, que entraba siempre á horas fijas. Asi que éste corria la llave, la mesa se ponía sobre la cama, sobre la mesa la silla y el trabajo continuaba con un ardor y una prudencia inglesas.

La noche en que el agujero del techo estuvo concluido, hicieron de su ropa de cama, él y su vecino, un largo cable, y usando de la escalera improvisada trepáronse ambos á la azotea; ataron el cable al parapeto y cuando el centinela se ocultó detrás de la torre, principiaron á descender rápidamente, echando á correr hasta que, habiendo caido el coronel Crutchley postrado por el cansancio fué necesario que Brown se lo echara al hombro y continuara caminando hasta que la noche les permitiera descansar. Cuando llegaron á Alemania, sanos y salvos, la Princesa Real de Inglaterra casada con el Duque Wurtemberg, los llenó de favores, los proveyó de dinero y de ropas y los envió á Inglaterra donde los dos amigos se separaron: Brown para entrar en la marina mercante y Crutchley para ingresar nuevamente al ejército. (1)

En 1809 el Capitan Brown contrajo matrimonio y despues de tentar fortuna con éxito nada feliz, embarcóse en Inglaterra abordo del «Benlmond» estableciéndose en Montevideo. Allí armó un buquecito que debido á su estrella siempre nebulosa, siempre opaca, fué condenado y vendido por las

(1) Manuscritos citados.

autoridades de Bahía, por no estar en orden sus papeles. De Bahía tuvo que regresar á Inglaterra nuevamente como simple pasajero, oprimido por todas estas amarguras que ya comenzaban á modificar su carácter, labrando su ánimo de una manera profunda.

Nueva tentativa, nuevo infortunio. De Inglaterra vuelve á hacerse á la vela abordo del *Elisa* del cual era capitan y dueño, en parte, y que al atravesar la barra de la Ensenada naufraga por un descuido del piloto. Felizmente una parte del cargamento pudo salvarse y con su producto hacer por tierra su viaje á Chile, llevando un convoy de mercaderías, que vendió en los pueblos del tránsito. De regreso compró otro buque llamado la *Industria*, que fué el primer paquete que cruzó el Rio de la Plata; mandó traer su familia y edificó aquel castillo original y memorable, única habitacion que existia entonces en aquella planicie silenciosa, donde los vientos ásperos del rio y el ruido melancólico de las olas eran los únicos ecos que podian hacer compañía á la vida de su hogar.» (1)

En su nueva carrera despues de haber tomado servicio en la República Argentina, hay algo mas que aumenta el triste catálogo de sus penurias y amplía la etiología de aquel dolorosísimo delirio, casi siempre enardecido por el peso de la vida, abandonada á los monólogos de la soledad, como ha dicho un ilustre historiador argentino.

(1) Vicente F. Lopez—Historia de la Revolucion Argentina.

A mas de sus graves dolores morales, suficientes por sí, para perturbar la inteligencia mas firme, hay en su vida ciertas dolencias físicas que, como su *afeccion al hígado* y la *fiebre amarilla* que padeció en las Antillas cuando su célebre espedicion abordo del «Hércules», pueden influir poderosamente como causas accesorias. Esta última enfermedad, que él atribuía despues, á los venenos mortales que le habian hecho tomar en el café y que probablemente fué la causa de sus trastornos hepáticos, puede por la profunda conmocion que produce en la economía ó por cualquiera otra razon que nos escapa, influir en la patogonia de la enagenacion mental; tal cual sucede con la *fiebre tifoidea* y el *cólera*, cuyo influjo es hoy indudable. (1)

Todas estas afecciones físicas, poseen tan marcada influencia sobre el espíritu, que han llegado á justificar plenamente las afirmaciones, hasta cierto punto atrevidas, de la escuela somática alemana. Piensan sus principales apóstoles, y en parte piensan bien, que las frenopatías no tienen otro origen que las afecciones viscerales; que son irradiaciones mórbidas que se trasmiten de las vísceras al sistema cerebral. Nasse, Jacobi, Flemming y algunos otros han sostenido con toda la perseveranca de los hombres convencidos (2) la misma teoría, que tiene muchísimo de verdadero, puesto que es incontestable que la inteligencia sufre podero-

(1) Véase Marcé—*Traité des maladies mentales*.

(2) Guislain.—*Frenopatías*.

samente la influencia de las víseras. Los datos levantados por varios alienistas presentan á las causas orgánicas con una cifra de ocho por ciento sobre las otras. (1)

Y por lo que se refiere al vientre, que es lo que en este caso nos importa, basta recordar la importancia capital que Schroeder Van der Kolk daba á las constipaciones provenientes de la constricción del cólon transverso, particularmente en los melancólicos, en los cuales una de las principales indicaciones del tratamiento, es la de suprimir este obstáculo á la libre circulación de las materias intestinales.

Roel y Esquirol daban igual importancia á esta causa y es sabido que en los individuos que tienen padecimientos crónicos en cualquiera de los órganos abdominales, se encuentran singulares anomalías de la sensibilidad moral y de la inteligencia. Hay hombres—dice el venerable Guislain—que habitualmente sufren de dispepsias, congestiones hepáticas, cardialgias ó cualquiera otra dolencia que produzca ese malestar abdominal tan penoso, que de tiempo en tiempo, se ponen tristes irascibles y cuyo carácter acaba por experimentar cambios fundamentales.

Brown, que era de este número, sufría habitualmente fluxiones hepáticas de origen nervioso, cuyas repeticiones frecuentes acaban por determinar en el hígado esos trastornos crónicos, que producen en las personas predispuestas el estado de hipocon-

(1) Guislain.—Frenopatías.

dría que después se hace permanente é insoporable. El tinte ligeramente amarillento que se notaba algunas veces en su rostro, era producido por el paso de la materia colorante de la bilis á la sangre, revelando la congestión que se hacia en el hígado bajo la influencia de emociones morales vivas, de disgustos profundos.

No insistiremos mas en este género de causas y pasaremos á averiguar cual fué el influjo que tuvieron los trastornos morales.

Si hay en el mundo alguna existencia que haya sido azotada por las mas grandes penurias, esa ha sido, como acabamos de verlo, la del General Brown.

Desde su mas temprana niñez (circunstancia sumamente agravante) ha venido apurando todos los enormes infortunios que encierra la vida: reveses de fortuna, miseria, disgustos prolongados, contrariedades inesperadas, temores durables, ansiedades y desconfianzas enconosas, persecuciones y crueles tormentos que han estado golpeando sobre su cráneo, desde que el niño abandonó su país natal para vivir angustiado en la gran ciudad, hasta que una vejez avanzada apagó con sus desfallecimientos ineludibles el último recuerdo de sus ansiedades hipocondriacas. En la gran mayoría de los casos de enagenacion, puede comprobarse, ya como causas predisponentes, ya como determinantes, un estado de dolor moral vivo, una *espina* que está en el fondo de casi todas estas afecciones, provocando una irritación intensa y prolongada del cerebro. Por esto, la melancolía

es el síntoma que á menudo señala el período prodrómico de las frenopatías en general (1)

La impresion causada por la muerte de una persona querida, las emociones que producen las consecuencias de una especulacion desgraciada, el disgusto vivísimo que provoca la mála conducta de un amigo, la conmocion que recibe un obrero sin trabajo, el terror que se apodera de una persona bajo el influjo de una revolucion política; la depresion moral de un presidario sin esperanza, de un prisionero mal tratado ó de un hombre des-pechado; y finalmente las mil circunstancias á que dan lugar esas interminables inquietudes, bajo el imperio de las cuales el hombre puede enloquecerse, pertenecen manifiestamente á un estado moral doloroso. (2)

Los disgustos, forman casi siempre el grupo mas considerable en la etiología de la enagenacion y si tenemos presente, como lo observa Griesinger, que las emociones violentas dan por resultado ordinario una perturbacion en el estado de la circulacion y de todas las funciones de la vida vegetativa, se comprenderá fácilmente que estas emociones prolongando su accion, perturben de una manera notable las funciones cerebrales, con tanto mayor vigor cuanto mayor sea el estado de predisposicion del individuo. (3)

A menudo la esplosion de la enfermedad no se declara sino despues de oscilaciones mas ó menos

(1) Guislain.—Obra citada

(2) Id. — Id id.

(3) Griesinger—Tratado de enfermedades mentales.

prolongadas, como ha sucedido en Brown, cuyo estado mental anómalo ha ido desarrollándose con largas intermitencias hasta tomar su acentuación característica. No es raro — dice Griesinger — « que á consecuencia de un accidente grave (la fiebre amarilla por ejemplo) el individuo comiense por sufrir un mal estar prolongado que indica un sufrimiento oscuro y que después de un tiempo mas ó menos largo empiece á deteriorarse la constitucion, dibujándose la anémia bajo cuya influencia se manifiesta la enagenacion.» (1)

Este modo de accion es sobre todo evidente en los casos de dolor moral prolongado.

La causa que determina una emocion depresiva ejerce, en la mayoría de los casos, una influencia determinada sobre el *sujeto* de las concepciones delirantes: « después de la pérdida de un pariente próximo, por ejemplo, el delirio rueda largo tiempo sobre ideas que se refieren á esta pérdida, y es á menudo difícil establecer un límite bien preciso entre el delirio y lo que es aun el resultado fisiológico, pero exagerado, de la emocion que se ha experimentado; la locura puede ser entonces el resultado de la transformacion inmediata de un estado fisiológico, la continuacion patológica de la emocion.» (2)

Así, Brown que habia sufrido en su niñez y por parte de los ingleses grandes persecuciones durante su permanencia en Irlanda y posteriormente

(1) Griesinger—Tratado de enfermedades mentales.

(2) Griesinger—Obra citada.

en su épica peregrinacion abordo del *Hércules*, apresado, por buques ingleses tambien, y llevado á Inglaterra á sufrir los sinsabores de un proceso injusto, acabó por creerse realmente perseguido, envenenado, asechado constantemente por el gobierno británico, que fué despues y en aquellos accesos secretos que tenian lugar dentro las cuatro paredes de su castillo impermeable, uno de sus mas encarnizados fantasmas.

Aquí el estado de emocion fisiológico, las persecuciones reales, obrando sobre un espíritu exitado por otras causas morales, acabó en su término patológico natural, determinando el *delirio de las persecuciones*.

Estos estados patológicos de la inteligencia (y en este caso es importante tener presente esta circunstancia) no impiden, algunas veces, el desempeño de las funciones ordinarias de la vida; y sucede á menudo que para establecer un diagnóstico es menester tocar ciertos resortes ocultos cuyo juego descubre, de una manera inesperada, las notas falsas del teclado intelectual, como dice Lasegue en su lenguaje pintoresco; es necesario tener oído fino, oído de artista, para descubrir la nota que disuena, la cuerda rota que chilla y que en muchas ocasiones pasa desapercibida para la oreja profana.

Esto explica porqué, aun cuando Brown padecía de un *delirio de las persecuciones* podia desempeñar con tanta cordura las distintas misiones que se le confiaban. Porque algunos enfermos tienen épocas largas en que se suspende su delirio,

especie de armisticios mas ó menos estensos, á favor de los cuales, muchos *han podido emprender largos viajes, ingresar de nuevo en la sociedad, volcer al seno de sus amigos y tomar otra vez la direccion de sus negocios.* Pero importa no confundir—agrega Legrand du Saulle—la remision, especie de cura provisoria con la intermision, relámpago pasajero de razon. En la remision verdadera y completa, con marcha retrógrada de las perturbaciones psíquicas—continúa el maestro—el enfermo reconoce su delirio, deplora los propósitos malsonantes que ha tenido respecto á su familia, lamenta sus actos inconsiderados y se muestra sinceramente arrepentido. En la simple intermision, al contrario, niega su locura, escribe carta tras carta á la autoridad, protesta de la integridad de sus facultades intelectuales y denuncia al médico que le ha tributado sus cuidados. (1)

Al principio de su delirio, tenia Brown remisiones verdaderas que le permitian entregarse completamente á sus quehaceres y aun desempeñar ocupaciones difíciles; remisiones que despues perdieron su carácter de tales, para afectar el aspecto brumoso de una intermision clara y llena de todos aquellos sombríos terrores que sostenian con tanta tenacidad sus eternas agitaciones.

Algunas veces, sin embargo, bastaba la fuerte derivación moral que trae la presencia de un peligro cualquiera, en los que Brown se mostraba bellissimo, las emociones del combate ó las exi-

(1) Legrand du Saulle.—Obra citada.

gencias apremiantes de un cargo elevado, para que el equilibrio de su cerebro se restableciera temporalmente. Pero luego la triste monotonía de su infortunio trayendo de nuevo la repetición del acceso, creó ese hábito mórbido que radica perdurablemente la enfermedad á un órgano, ahuyentando aquellos saludables relámpagos que iluminaban tanto sus ojos singulares.

La montaña iba apretando al átomo porque las reacciones se hacían cada día más difíciles y el pobre viejo sublime, se batía desesperadamente en sus últimos atrincheramientos. Ultimamente cuando todavía estaba abordo, ni quería bajar á tierra desoyendo aun las instancias de Don Juan Manuel; tenía miedo hasta del agua que en sus vaivènes continuos en su flujo y reflujo monótono, en sus suaves ondulaciones de nubes, escribía caracteres extraños y le echaba sobre el oído el plomo derretido de mil discursos extravagantes. Porque el agua habla, el agua grita, el agua ríe y llora y balbucea cosas extraordinarias para la oreja delirante del perseguido; como ríe y llora y balbucea la puerta que cruje, el viento que sopla, la campana que vibra y se lamenta herida por su larga lengua de fierro.

En lo sucesivo la luz de cada día, fué alumbrando una nueva arruga sobre su espíritu: la desconfianza y la taciturnidad de su carácter tomaban proporciones enormes y desconsoladoras. La vejez, mejor dicho la senectud, con sus estados mistos infaltables, embarazando la palabra y robando al espíritu su iniciativa y su calor saludable, hizo

lo demás, dejándole en cambio esa fría indiferencia que relaja el corazón del célibe octogenario y que lo desliga del mundo envolviéndolo en una especie de sudario anticipado.

Entonces sí que fué dolorosa la vida, como si todas las amarguras de la tierra gravitaran con su fría inclemencia sobre la cabeza de esta pobre sombra que se agitaba, sin embargo, apurando los últimos destellos de la vida. Entonces fué que las alucinaciones lo asediaron con más ímpetu, revoloteando como bandadas de cuervos hambrientos al rededor de su cerebro postrado é indefenso. Nunca se sintió tan embargado por tantos y tan misteriosos terrores: el olfato pervertido percibía mil olores extraños; el oído! siempre el oído! amenazas, murmullos, gritos, risas, silvidos y todo lo que la audición mórbida es capaz de producir. Concepciones delirantes de cierto género especialísimo despertaron la idea del suicidio, que es la idea consoladora, la idea favorita de estos estados de extrema locura.

El viejo perseguido que aun amaba la vida, mas que nunca iluminada por la luz de su aureola simpática, trató sin embargo, de abandonarla, seducido por la suprema fascinación de la muerte voluntaria que se adhiere al corazón humano como si tuviera la garra del vampiro ó la ventosa del pulpo. La soledad y el silencio de aquella casa, medio perdida entre los pajonales de la ribera, el aislamiento en que pasaba sus horas despertaron como era consiguiente esta idea lógica de sus- traerse para siempre á las conspiraciones de que

era víctima; y embargado, ascediado, perseguido por ella tomó la determinacion de arrojarse de la azotea fracturándose una pierna.

Cuando esta estrema impulsión nace en la cabeza del perseguido no es «el criminal que se hace justicia, es el perseguido que se sustrae á sus enemigos, es el melancólico que ha querido poner término á sus torturas morales. Aqui la muerte voluntaria no tiene la instantaneidad de un acto impulsivo, sino que es el último término de un estado patológico que ha llegado á su paroxismo final.»

El General Brown padeció, pues, de *delirio de las persecuciones*, fue un perseguido segun la expresion condensada de los alienistas franceses. Este diagnóstico que sugiere la observacion de los actos de su vida privada, está confirmado por la existencia de toda esa série importantísima de causas que acabamos de estudiar; causas que reunidas ó aisladas bastan por sí para determinarlo con tanto mayor vigor cuanto mayor sea la predisposicion del individuo:

- a) Predisposicion hereditaria.
 - b) Trastornos morales intensos.
 - c) Afeccion hepática.
 - d) Educacion imperfecta.
 - e) Sufrimientos fisicos y morales durante la niñez. Todo se encuentra en la vida agitada del general Brown.
-

LAS PEQUEÑAS NEUROSIS



.

CAPITULO IX

SUMARIO--Frecuencia de las pequeñas neurosis--Encuentros inesperados--En medio de la luz--La pequeña neurosis del amor--Los seductores--Los pintores--Los literatos--etc. etc. etc.--La neurosis de las aptitudes negativas--Ejemplos conocidos--Opiniones de Ball y de Luys--Patología de las pequeñas neurosis--Resortes ocultos--Alteraciones parciales--Rivadavia--O'avarria--Quiroga--Lafleur--etc. etc. etc.--La enfermedad de Pascal--El terror de los espacios--Variedades.

Bibliografía—BALL—L'ENCÉPHAL—(*Journal des maladies mentales etc.*)—LUYS—*Maladies Mentales*—JACOBY—*La Selection*—GRIESINGER—*Traité des maladies mentales*—LEGRAND DU SAULLE—*Terror de los Espacios*—GUARDIA—*La Folie*—LASEGUE—*La folie lucide*—MARC—*L'aliené*—BAILLAGER—*Système nerveux*—RITTI—*Teoría fisiológica de las alucinaciones.*

En nuestras ocupaciones diarias nos codeamos á cada momento con estas modestas dolencias, que viven ocultas por un velo de irreprochable salud intelectual. Es menester insistir mucho, explorar, palpar con cierta prudente habilidad, para dar con ese *punctum cæcum* que se esconde entre la luz.

Muchas veces vivimos una vida entera, con un individuo, admirando el vigoroso equilibrio de su cerebro, hasta que un día, el mas inesperado por cierto, ponemos la mano sobre la nota falsa que lanza el chillido característico, revelando la abolladura.

¡Qué encuentro inesperado! Era una persona sensata, con una sensatez cervantesca é incommo-
vible; un hombre culto, un espíritu selecto, un
corazon lleno de luz, pero dentro de un cuerpo
deformado por una fealdad imponente; un hombre
que se creia irresistible con las mujeres y que con
cierta exaltacion nerviosa semejante á una crisis,
cuenta mil quinientas conquistas imposibles; asola
los hogares, y deshonda batallones de maridos ...
... imaginarios.

Fijaos con qué insistencia le miran los ojos mo-
vibles é inquietos de la mujer de X, qué suaves
emociones despierta en su corazon la ligera nube
de púrpura que colora las mejillas de N....
cuando él, el Atila, traidoramente oculto dentro del
modesto aspecto de un hombre de bien, se pone en
su presencia arrojando sus májicos é impondera-
bles fluidos. La mujer de C. (pues son siempre
las pobres mujeres casadas el objeto de sus alu-
cinaciones seminales) lo provoca de una mane-
ra mortificante; la de L...lo pone en ridículo con
sus públicas manifestaciones; y la de... (cualquier
letra del abecedario, porque tienen para cada letra
una mujer que los adore) se ha metido en su casa
comprometiéndolo de una manera inaudita! Esta
es la eterna historia de esos *hambrientos* que no
tienen pan siquiera, y se contentan con mover las
mandíbulas, rumiando el aire con cierta satisfac-
cion pretenciosa, para engañar al pobre estómago
oprimido por una dieta interminable y desolada.

Por lo demas, aquel hombre defiende sus pleitos
con un talento admirable, ó cura sus enfermos ó dá

sus batallas ó mide sus tierras, segun sea: médico, militar ó ingeniero; pronuncia bellísimos discursos, asiste á las reuniones de notables en los acuerdos oficiales; si es médico, sobre todo, hace curas maravillosas y goza de una de esas reputaciones irreprochables detrás de las cuales, todas estas pequeñas grietas se ocultan á la mirada prudente del vulgo idólatra y meticoloso. Esa es la mas frecuente, la mas comun de las *pequeñas neúrosis*, y para que nada falte á su carácter francamente neuropático, toma un aspecto epidémico cuando algun acontecimiento conyugal escandaloso conmueve la sociedad. Tentad entonces por medio de suaves presiones, con esa falaciosa hipocresía con que el médico arranca al enfermo un antecedente que oculta, y vereis mas de una cabeza, en todo otro sentido fisiológica, presentar el flanco enfermo con cierta petulante y protectora complacencia.

¡Cuan infinitas y variadas son las facetas de éste diamante henchido de luz que llamamos el cerebro humano! Hay un hombre bueno, modesto, con una sencillez bucólica de inteligencia y de costumbres; ha vivido sesenta años en un roce diario con el mundo, sin que nadie haya descubierto detrás de su cráneo, la mas pequeña irregularidad intelectual. Le conoceis hace treinta y no habeis hecho otra cosa que admirar la rectitud de su juicio, inflexible como la hoja de un puñal antiguo. Igual caso al anterior, pero de fisionomía distinta como vamos á verlo.

Hablaís un dia con él de muchas cosas é incidentalmente de la pintura, por ejemplo..... y veis

que, al invocar sus maravillas, sus ojos se iluminan con una fosforescencia extraordinaria, dejando errar por sus labios una sonrisa reveladora. Es que debajo de esa mansa y simpática apariencia, hay un pintor desconocido, humilde, que vive ignorado, pero que cree sentir en su cabeza el empuje creador, la suprema vivacidad del divino cerebro de Miguel Angel: cree tener un pedazo de la pulpa encefálica de Veronese injertado sobre la pobre corteza de su *palleum* sin luz. Pinta en el último cuarto de su casa; las paredes estan tapizadas de lienzos lamentables y de todas dimensiones; y las horas de ocio, largas y plácidas, las pasa hundido en una especie de contemplacion erótica admirando su propio génio. Sus cuadros deplorables, los guarda con religioso respeto y los cuida mas que á su dinero y que á la niña de sus ojos.

Conversais con él, de cambios, de bancos, de derecho público y lo encontráis admirable: posee varios idiomas, tiene nociones generales de todo, aptitudes para el comercio, disposiciones para las letras, para las ciencias; en suma, es un espíritu selecto, diafanò, recto, inatacable bajo todo otro punto de vista. Pero al hablar de pintura, habeis apretado el boton misterioso que pone en agitacion incesante el grupito de células productoras de su pequeña y desconocida neurosis. El hombre ha mostrado el flanco y le veis ridículo, pequeño, lamentablemente nécio, porque no hay en la epidérmis terrestre un artista que valga un comino á su lado.

Esa es la neurosis de las *aptitudes negativas*, que hace teólogos profundos á los ingenieros, médicos discretísimos á los abogados ó á los militares, y juriscultos á los pintores y á los poetas. He conocido á un viejo comerciante, á quien un par de pillos le sacaban en calidad de préstamo á muy *largos plazos*, fuertes cantidades de dinero con solo encomiarle sus inmensos conocimientos en mecánica. Y este hombre, sin embargo, era un modelo de sensatez y de buen sentido.

Lamartine pretendía ser un arquitecto consumado y mostraba en un rincón de su quinta un arco de triunfo ridículo, y zurdo; y se ha dicho de Thiers que su *pequeña neurosis* consistía en creerse un militar brillantísimo.

Tienen todos ellos un resorte escondido que juega espontáneamente ó provocado por incitaciones inesperadas. Que determina ese brusco espasmo, la pequeña dolencia, sosteniendo el constante funcionamiento de una célula que produce la idea, única, fija, imborrable y pertinaz.

Es como una espina, como un cuerpo extraño, que irrita, que inflama un pedazo del tejido nervioso, alimentando este eretismo mental incoercible, pero felizmente parcial. Que tiránisa la voluntad, imponiéndole con su despótismo inapelable, el pensamiento ó el grupo de pensamientos impulsivos y extravagantes que produce y reproduce, que vuelve á producir á la menor incitación y vuelve á reproducir, siempre el mismo y con una monotonía melancólica y sostenida.

Diríamos que es un pedazo pequeño y perfec-

tamente circunscrito del cerebro, que en medio de la completa integridad del resto, vive enfermo, valetudinario, como enloquecido por ráfagas extrañas; amamantando, produciendo, cobijando todo pensamiento extravagante que huye del resto de la inteligencia. Una Calabria cerebral—permítaseme la comparación—en donde toma fuerza y se oculta, todo el bandalaje intelectual que viviría exótico en cualquiera otra parte del encéfalo.

Repentinamente un individuo (y esta es otra familia del género) se encuentra privado de su libertad moral, diremos así, haciendo uso del arcaísmo científico consagrado. Algo extraño lo arrastra á cometer en plena conciencia una extravagancia dolorosísima. Una idea se impone al espíritu y lo obliga, apesar suyo, á verificar un acto intelectual, extraño, insólito.

No se trata aquí, como observa Ball, de esas ideas fijas que se apoderan del espíritu de un alienado para ejercer sobre él una incesante opresión: se trata de un estado algo parecido á un vago delirio conciente que el individuo es el primero en deplorar, sin embargo que no le es posible sustraerse á su inmensa tiranía,

Es un género menos comun que el anterior, pero mas sensible á los ojos de todos, porque es bullicioso y porque estalla sin tener presente el momento, ni el lugar, obedeciendo al secreto impulso que viene de adentro, y que aniquila la voluntad de una manera absoluta.

El profesor Ball ha conocido á una jóven de diez y ocho años, que era un ejemplo curioso de este

género de neurosis. Era una niña de temperamento nervioso, de una imaginación exaltada y que había sido educada en el convento, en los principios y teorías de una piedad exageradísima,

Nada en su conducta trascendía el menor desequilibrio intelectual, hasta la época en que se manifestó por primera vez la función menstrual. Poco tiempo después de la aparición de este importante flujo, que se hizo, no sin algunas dificultades, se apoderó de ella una exaltación mística considerable, que no solo le inspiraba deseos de hacerse religiosa, sino que la arrastraba á hacer manifestaciones extrañas, por no decir inconvenientes. (1)

A cada instante y sin ningún motivo plausible se echaba de rodillas, hacia el signo de la cruz y exclamaba: *Jesús, María y José*. Todo se limitaba á esto. Pero esas eyaculaciones piadosas—dice Ball—se producían en un salón, sobre una plaza pública ó en un wágon de camino de fierro, llevando sobre su reputación graves reproches. Y sin embargo, no existía en ella el más mínimo rastro apreciable de delirio; sufría sus impresiones mórbidas á la aproximación de sus reglas y se explicaba con una claridad admirable lo absurdo de su conducta. (2)

Otro ejemplo curiosísimo.

Un joven inteligente, trabajador, perfectamente dotado y libre de antecedentes neuropáticos por

(1) Ball. Artículo publicado en «El Encéfalo».

(2) Ball.—Obra citada.

parte de su familia, aunque se entregaba con frecuencia al acto de la masturbacion, seguia con un éxito admirable sus estudios en un liceo de provincia. Tenia diez y siete años, cuando un dia, habiendo oido jaranear á sus camaradas sobre la fatalidad misteriosa del *trece*, cruzó por su espíritu una idea absurda, inesplicable parà él mismo y para cualquiera: *si el número trece—se dijo—es fatal, seria una cosa deplorable, incomprendible que Dios fuera trece*. Sin dar el menor valor á esta idea delirante, no pudo sin embargo, dejar de pensar en ella sin cesar.

A cada momento verificaba mentalmente un acto que consistia en decirse á sí mismo: *Dios trece*; dando á esta fórmula estraña y absurda un especie de valor cabalístico, con atributos y virtudes preservadoras.

Por la puerilidad de su estravagante concepcion—dice Ball—se le podia haber comparado á esos fakires musulmanes que pasan su vida entera pronunciando en alta voz el nombre Dios. *Yo sé perfectamente—decia—que es absurdo creerse obligado á repetir mentalmente esta fórmula....* Pero apesar de esto, el acto intelectual se repetia cada segundo; y bien pronto creyó deber aplicar los mismos principios, á la eternidad, al infinito, á las grandes concepciones del espíritu humano, de tal manera, que su tiempo se lo pasaba repitiendo en su mente esta especie de conjuro estrafalario: *Dios trece, la eternidad trece, el infinito trece*.

Al fin, perturbado por la repeticion incesante de ese acto mental, el jóven se encontró en la im-po-

sibilidad de seguir sus estudios, viéndose obligado á encerrarse en su casa y á reclamar los auxilios del médico. Aquella forma ineludible se repetía sin descanso, sonaba en su cráneo con una continuidad y una constancia verdaderamente enloquecedora; y como el progreso de su pequeña neurosis acabó por desvirtuar todos sus esfuerzos, pronto vió su vida mental entera, consagrada á repetir á cada instante su pensamiento favorito. Salvo la tristeza profunda en que se encuentra sumido, el desgraciado neurópata no presenta *ninguna otra* perturbacion intelectual. (1)

Apesar de la puerilidad relativa que caracteriza esta forma, sin embargo, algunas veces, ella constituye un verdadero peligro para la inteligencia, porque la monotonía perseverante, la desoladora continuidad de sus inoportunidades, traba las operaciones del espíritu de una manera que puede ser fatal.

El hombre mas razonable, si se observara cuidadosamente — dice Esquirol — percibiría algunas veces en su cabeza, las imágenes y las ideas mas extravagantes, asociadas de la manera mas rara. Vería surgir pensamientos y sentimientos que se levantan repentinamente, se imponen á la inteligencia, aterrorizando la conciencia, para pasar despues como un fuego fátuo siniestro.

Sin embargo, en ciertas ocasiones, no pasan asi no mas: la impresion queda como la *mancha* de

(1) Esta curiosa historia la copio del artículo publicado por el profesor Ball en «El Encéfalo» del año de 1881.

luz que deja en la retina la estimulación de sus fibras. Es una especie de fosfeno doloroso que oprime al espíritu y que, si se levanta sobre un cerebro predispuesto por un vicio de organización, conturba para siempre su dinamismo esquisito. Cuando ese pensamiento maldito no encuentra en el cerebro, el amor del regazo que lo fecunda y lo centuplica, pasa, diremos así rozando el ala por la superficie y dejando solo el recuerdo lúgubre de su amenaza. Y he dicho *el ala*, porque efectivamente, son como aves de mal agüero, como bandadas de cuervos que se alzan chillando sobre la más implacable conciencia; sin saber donde han nacido, que hacen allí, como han entrado bajo la bóveda de su cráneo.

Es cierto que en algunos se van para no volver, pero en otros vuelven con una persistencia primeramente incómoda, irritante después, y por fin dolorosísima, hasta que se posesionan por completo de toda la inteligencia. Cuando esto último sucede, la cabeza ha perdido el timón de su conciencia, y comienza á girar, á girar siempre en el vértigo de esas alturas en que se pierde la noción de todas las cosas, y en que todo se vé como por *espejos mágicos*, transformado, invertido, adulterado. Ese es el loco: así comienza el paroxismo temible de su drama eterno y *sin sol*. *Penumbra est*, es decir, eternamente en la penumbra, como decían los antiguos en su admirable lenguaje.

Las preocupaciones del espíritu, las ocupaciones generalmente apremiantes de la vida ordinaria,

distraen de estas ideas fantásticas, disipan las sombras, cuando hay fuerzas suficientes para rechazarlas sin dejar que se implanten ni que se traduzcan en actos.

Algunas veces son tan débiles con relacion á la energia cerebral de ciertas personas, que felizmente se borran, y cuando se repiten, lo hacen con esa debilidad relativa, aunque persistente, que solo es capaz de engendrar las pequeñas é inofensivas neurosis del primer tipo.

Pero en el segundo tipo, la facultad productora de las ideas está como herida, por ese estado valedudinario que engendraba en el espíritu del *divino* Augusto la constante obnubilacion de sus sentimientos.

La idea exótica nace súbitamente, se alza batiendo sus alas, y como las ideas que pueden entrar en lucha con ella, rectificarla, nó, surgen mas, se impone y lo absorbe todo, como si las tomara por sorpresa. Una idea súbita, surge violenta en un espíritu mal dispuesto, aunque dé irreprochable equilibrio; inmediatamente se traduce en acto y sigue obrando hasta que la reflexión, elemento poderoso de equilibrio mental ú otro grupo de ideas, la persigue y la rechaza hasta borrarla del todo.

Las ideas y las sensaciones tienen una tendencia, tanto mas marcada á traducirse en acto, cuanto mas imperfecta es la vida psíquica del hombre; cuanto menos vigorosa es la reflexión. Por esto el carácter reflejo de las sensaciones y sus tendencias á transformarse, «son mas pronun-

ciadas en los animales que en el hombre, en el niño, que en el adulto; toda idea, toda imágen, toda percepcion en los animales y en los niños tiende inmediatamente á traducirse en acto muscular.» (1)

Las ideas se transforman tanto mas fácilmente en actos—dice el eminente Griesinger—cuanto mas fuerte y persistente son; felizmente la actividad intelectual cuida de que toda percepcion no llegue á este grado de intensidad, y que en virtud de la ley de asociacion de las ideas, en que las unas llaman á las otras, bien sean análogas ó contrarias, no se produzcan con tanta actividad trayendo un conflicto á la conciencia.

Pero al principio de las enfermedades mentales, ó en estos estados semi-patológicos, diré asi, que constituyen el modo de ser habitual de todos esos intermediarios, cuyas anomalías cerebrales, han descrito con tanto colorido los alienistas franceses; en los hereditarios y en estas pequeñas neuras de que me ocupó; el cerebro se encuentra torpe, embotado, laxo; la asociacion de las ideas está como paralizada de una manera fugaz algunas veces, y de una manera permanente otras. El conjunto de pensamientos habituales no entra ya en accion ó esta debilitado; «el alma se encuentra vacía, dice Griesinger, y entonces la primera percepcion, la primera idea que se presenta, se impone imperiosamente y no puede ser corregida ni borrada, ni rechazada.»

Finalmente, todo pensamiento que surge de un

(1) Jacoby—La selection, etc.

modo accidental en el espíritu de un hombre, que le es sugerido por alguna circunstancia fortuita, puede implantarse sobre un *terreno mórbido* y convertirse en una idea delirante, que en virtud de la ley de generacion del delirio por el delirio, transforma la oligomanía en polímanía, y finalmente pantomanía. (1) He aqui casi toda la fisiología de las pequeñas neurosis.

Pero es difícil que en las pequeñas dolencias que he citado al comenzar este capítulo, se llegue á este término deplorable.

Todos esos estados intelectuales ambiguos, entre los cuales hay muchos que estan muy lejos de ser francamente patológicos, se esplican por este mismo procedimiento ó por otro análogo: El predominio de una idea, la supremacía de un sentimiento que ha adquirido, ya sea por su vigor ó porque dimana de un centro viciado, y que se impone á los demas, esa es, en resumen, la filiacion mas probable de estas *manchas* cerebrales que tantos ocultan tras una corteza de salud falaz é impenetrable.

Todo el secreto está en espiar el momento, en descubrir el estimulante apropiado que pone en movimiento el grupo celular consabido. A veces él mismo, espontáneamente, entra en ebullicion, como en los casos citados por Ball.

El ruido de los truenos—por ejemplo—bastaba para despertar en dos de nuestros mas reputadísimos valientes, ciertos estados de ánimo penosos, que constituian sus pequeñas neurosis. La Madrid

(1) Griesinger. *Traité des maladies mentales*.

y el general Alvarado que se hubieran batido sólo contra una legion de demonios, no podían oír tronar sin sentir sus carnes crispadas por el más incomprensible terror. Alvarado se envolvía en géneros de seda y hasta se echaba debajo de la cama para huir del rayo; y el general La Madrid caía de rodillas en un acceso de inconcebible pánico, acariciando el rosario y temblando como un azogado. Cuentan que le temblaban las mandíbulas hasta reproducir ese repiqueteo desagradable que en el chucho del miedo produce el choque de los dientes; que latía con impaciencia su corazón y que una palidez lívida, la palidez del miedo supersticioso, invadía súbitamente su rostro.

Este sacudimiento emotivo profundo, se difundía tanto, que iba repercutiendo por todo el organismo; y como sucede en estos casos, despertando todas las reacciones simpáticas que son sus consecuencias, y que constituyen uno de los fenómenos cerebrales más curiosos. Propagándose al seno de las redes del sensorium «ese vasto reservorio de todas las sensibilidades del organismo» va á repercutir, unas veces sobre tal ó cual centro de la vida orgánica, con el cual esté más íntimamente asociado; otras, sobre tal ó cual grupo muscular, determinando así estas asociaciones simpáticas de los músculos, estas reacciones orgánicas inconcientes que espresan hácia afuera las diferentes tonalidades de las emociones y la manera especial con que el sensorium ha sido primitivamente conmovido. (1)

(1) Luys—*Traité des maladies mentales*.

Así es como se explican los efectos súbitos y difusos del miedo, que tiene como ninguna pasión el poder de llevar su influjo sobre todos los aparatos de la vida.

Cuando los grupos musculares de la cara son los solicitados—dice Luys—la fisionomía espresa en un lenguaje mudo las impresiones íntimas concentradas en el fuero interno, y cuando es sobre la inervación visceral que se propaga el sacudimiento primitivo, es el corazón el que entra en una especie de convulsión; son los intestinos y sus esfínteres los que más directamente reciben el influjo (2) de ese miedo aniquilante que habitualmente elige como manifestación suya exclusivamente, esta deplorable característica intestinal.

Esos estados del ánimo son incurables; tan ineludibles como el sacudimiento emotivo que los produce y que es un fenómeno instantáneo, brusco, orgánico en muchas personas que no se sustraen jamás á su influjo.

Olavarria, no entraba jamás á un cuarto oscuro, ni dormía sin luz: estraña aberración de un carácter varonil, que tenía la pasión del peligro y para quien el combate desigual, usurario de uno contra veinte, ejercía una fascinación mágica é irresistible. Olavarria maniobraba con sus lanceros al frente de la metralla enemiga «como en un campo de parada»; pero sentía algo que le crispaba el cabello y que lo clavaba sobre el suelo, en presencia de ciertos peligros imaginarios, pueriles, ridícu-

(1) Luys.—Traité des maladies mentales. •

los, pero de un poder soberano para su cerebro, lleno de candidez y de bondad. Sus soldados lo atribuían al terror supersticioso que le inspiraban *las ánimas*. Pero en realidad esa era su pequeña neurosis.

Cuentan que para el fraile Aldao era de muy mal augurio perder el rebenque antes de entrar á á un combate: así es que lo cuidaba tanto como á su lanza.

Quiroga no salía jamás de su casa, el día trece ni daba batalla, ni emprendía nada de fundamento.

El poeta Lafinur, famoso mas por sus estravagancias que por sus versos pálidos y exangües, era un hipocondriaco reputadísimo entre sus contemporáneos. Según se me ha referido no podía subir á una torre (ó atravesar una plaza probablemente) pasar un puente, mirar un espacio vacío cualquiera, sin sentir vértigos, sin *irsele la cabeza* como se dice vulgarmente. *Estas idas de cabeza*, en presencia del espacio, constituyen el síntoma capital de una curiosa forma de nervosismo recientemente estudiada, una manera de ser de la emotividad anormal de los hipocondriacos y de tantas otros *cerebrales*.

Es la *agorafobia* de los autores alemanes, el *terror de los espacios* de los franceses: una neurosis caracterizada por un terror extremo, experimentado súbitamente á la vista de un espacio de mas ó menos estension y por la imposibilidad absoluta de atravesarlo solo. Disminuye, cuando el paciente se apoya sobre un baston ó un paraguas etc., ó le tiende la mano alguna otra persona. Era la en-

fermedad de Pascal quien paseándose un dia en una carrosa sobre el puente de Neully, vió que los caballos mordian el freno; que los dos primeros se precipitaban en el Sena pero que en el instante de la caída y á consecuencia de su misma impulsión, rompíanse los tiros y el carruago se detenía sobre el puente.

Después de este incidente Pascal creía ver siempre á su izquierda un abismo que le impedía avanzar, á menos que le dieran la mano, (1) ó que se le colocara algun objeto en que pudiera apoyarse.

El *agoróforo* no dá un paso ni atrás ni adelante, ni avanza, ni retrocede; todos sus miembros tiemblan, palidece, se alarma de mas en mas, se sostiene apenas sobre sus piernas oscilantes y quedá parado inmóvil, convencido que jamás podrá afrontar este vacío, este lugar desierto, este espacio que se presenta aterrante delante de sus ojos. (2)

Imaginaos—agrega Legrand du Saulle—que mirais un abismo profundo que se abre súbitamente á vuestros piés, imaginaos estar suspendido sobre el cráter de un volcan en erupción, que atravesais el Niágara sobre una cuerda rígida, que rodais por un precipicio, en fin, y la impresion recibida no podrá ser mas temible, mas pavorosa que la provocada por el terror de los espacios.»

Una sensacion análoga, de un origen igual pro-

(1) De la *Kenophobie* etc. por Gelineas.

(2) *Id. id.* *id.* *id.* *id.* *id.*

blemente, es la que experimentan las naturalezas nerviosas, que sienten vértigos á una altura pequeña; que no pueden asomarse á un balcon atravesar sobre una tabla, dormir á oscuras ni ver una gota de sangre, como les pasa á ciertas personas que, sin embargo, no son pusilánimes. El *terror de los espacios* es una variedad mas temible de este mismo estado de eretismo medio histérico que producía las *pequeñas neurosis* de Alvarado, La Madrid, etc., etc. Y es probable que los inconcebibles terrores que aquejaban con tanta imprudencia á estos arrogantes paladines, vinieran acompañados de esa *peur des espaces* comparada por Westphall al pavor que se produciría en un hombre, al encontrarse súbitamente y sin saber nadar en medio de un mar inmenso.

Otra pequeña neurosis que por su olímpica magnitud aparente, sus proporciones ampulosas y sus grandes efectos, bien podría llamarse la gran neurosis de Rivadavia, era la exageracion que tenia este ilustre estadista, de la nocion de su personalidad psíquica, que daba á sus actos y á sus maneras la magnificencia artificial de los megalómanos y que provenia de la exhuberancia con que se hacia en su cerebro la irrigacion sanguínea(?) Rivadavia era un tanto pletórico, de cuello apoplético, de vida sedentaria mas bien, y de un apetito copioso. Comia mucho y bien, y como tenia ciertas tendencias congestivas, que se revelaban en su rostro ancho, y en sus ojos sanguinolentos, vivia con su cerebro habitualmente congestionado.

Los lipemaniacos, cuyo sensorium, falto de es-

tímulo sanguíneo normal, cae en un período de atonía, se sienten deprimidos, como humillados y atónitos. El maniaco, por el contrario, cuando el aflujo de sangre se hace en las redes de su corteza gris, con una viva energía, con una persistencia regular, que sin afectar las proporciones depresivas de las congestiones pasivas, sostiene con cierta lozanía la vitalidad de la célula, se siente exaltado en su potencia física y mental, se siente engrandecido, magnificado, más fuerte, y más potente que nunca (1).

Como la actividad vital desborda en ellos bajo todas las formas de expresión, la noción de su personalidad—dice el autor que acabamos de citar—se amplifica, se agranda, se hincha al mismo tiempo.

Era pues, en Rivadavia, cuestión de mayor ó menor aflujo de sangre sobre su cerebro naturalmente predispuerto por causas de un orden completamente desconocido. Con ciertos elementos adquiridos, y esta disposición á que aludimos, estaba constituida esa especie rara de delirio de las grandezas, incierto y oscilante que imprimía, como creo haberlo dicho en otra parte, un sello imborrable á todos sus actos y que se manuvo siempre dentro de los límites saludables de una noble y apasionadísima aspiración. Es suficiente que sobrevengan algunas modificaciones en la irrigación sanguínea de las redes del sensorio para que «las manifestaciones funcionales cambien de

(1) Luys.—*Traité des maladies mentales.*

aspecto y pasen sucesivamente, de la faz de depresion extrema á la faz extrema de la mas franca excitacion.»

Estas son las *pequeñas neurosis*. Ahora completad el estudio en vos mismo, lector curioso, si acaso habeis sentido alguna vez rozar por vuestro cerebro algunas de esas mariposas negras del pensamiento.

APÉNDICE



FRANCIA

Cuando principié á recojer datos sobre la vida del Dr. Francia, dirijí al Sr. D. Gregorio Machain las siguientes preguntas que me fueron contestadas de la manera que va á verse.

No quiero dejar pasar la oportunidad de tributar á este dignísimo caballero todo el agradecimiento que debo á sus bondades.

Muchísimos de los importantes datos sobre la vida del Dictador, me los ha suministrado él, ilustrándolos con comentarios y ampliaciones que yo aprecio en su justísimo valor. El Sr. D. Gregorio Machain pertenece á una de las familias mas distinguidas y mas antiguas de la colonia, y fué sobre ella, mas que sobre ninguna otra, que la rabia biliosa del famoso hipocondriáco se enzañó durante veinte años, fusilando al padre despues de haberlo tenido quince años sumido en una mazmorra, privándolos de su fortuna y haciéndoles pasar por mil martirios físicos y morales.

CONTESTACION DEL SR. LOIZAGA

Puede saberse si entre sus antecesores ha tenido locos, apopléticos, borrachos, paralíticos?

De qué murieron sus padres? *No se recuerda.*

Sus hermanos ha sido alguno loco, ébrio, paralítico, etc?

Los dos hermanos han sido locos.

Qué clase de gente eran sus padres? *Gente vulgar.*

Sus primeros años, dónde los pasó y cuál era entonces su carácter? *No se recuerda*

De qué enfermedades padeció en esa edad? *Se ignora.*

De qué enfermedad padeció despues en su edad adulta y en su vejez? *Hipocondria ó histérico.*

Cuál era ántes de ser dictador su ocupacion habitual, sus relaciones, su modo de ser? *La abogacia, relaciones escasas, carácter raro, misántropo.*

En qué ganaba su vida? *Defendiendo pleitos.*

Tenia valor personal? *Cobarde.*

En su juventud ó su edad adulta se le conocieron algunos amores? *Se le han conócido como tres hijos—amor parece imposible.*

Se le conocen grandes contrariedades en su vida? *Nó.*

Qué edad tenia cuando murieron sus padres? *No se recuerda.*

Tenia costumbre de andarse medicinando ó purgando? *Enemigo de toda medicina en su edad madura.*

Era aficionado al juego, á la bebida ó se le conocia algun otro vicio? *Al juego ántes de ser dictador.*

Qué manías, rarezas ó estravagancias se le conocian en su juventud ó en su vejez? *Hacer mal—misántropo.*

Durante su dictadura ó en alguna otra época se le conocieron algunos rasgos de loco? *Nó y quizá siempre lo fué.*

Cuáles eran sus ocupaciones durante su tiranía? *Tirarizar—como administrador, nada.*

De qué enfermedad se dijo que habia muerto? *Hidropesía*

Tenía un carácter variable ó era taciturno y sombrío? *Carácter desigual, lunático.*

Qué preocupaciones y supersticiones tenia? *Ninguna—fanático, anti-religioso.*

Se le conoció en alguna época de su vida alguna amistad eschecha? *Ninguna—ni con sus hermanos.*

Fué repentina su muerte? *Nó.*

A qué edad volvió al Paraguay? (De sus estudios en Córdoba.) *De treinta años aproximativamente.*

CONTESTACION DEL SR. D. GREGORIO MACHAIN

A 1^ª y 2^ª No tenemos noticias.

3^ª Dos hermanos han sido locos por temporadas.

4^ª Mameluco Paulista: fué al Paraguay contratado para la elaboracion del tabaco negro, y se casó con una criolla de clase poco conocida, seguramente.

5^ª Los pasó en la Asuncion: ya jóven fué á Córdoba á continuar sus estudios, protegido en un todo por el español D. Martin Aramburu, donde manifestó mal carácter llegando á herir con un corta-plumas á un condiscípulo suyo.

6^ª No se tiene noticias.

7^ª Histérico ó hipocondría: frecuentemente creia morir, llamando á su lado al médico español D. Juan Lorenzo Gauna y al Canónigo Dr. Zavala: entonces debia ser aun creyente católico. Siendo ya dictador no se le conoció enfermedad, met disaudo su modo de ser en general.

8^ª La de Abogado: aficionado al juego de rfaipes; y al trato de gentes alegres: pocas relaciones con gentes

de posicion, raro, intolerante y despótico con sus clientes de toda clase.

9^o En su profesion de Abogado: por herencia tenia casa en la ciudad, y una quinta como á una legua fuera de ella.

10. Manifestaba valor: mas generalmente se le ha tenido por cobarde: Molas en su descripcion histórica del Paraguay dice: «era atento, fraudulento, embustero, suspicaz,, *tímido*, inaccesible, ladron é impío» y Molas debia conocerle. (á)

11. Hemos dicho que era aficionado al trato de gente alegre, (mujeres de vida alegre) amor, amistad, creese que nunca tuvo; riñó con el padre hasta levantarle la mano y rechazando toda reconciliacion con él en los momentos últimos de su vida; vivió siempre peleado con sus hermanos, fusiló á un sobrino, apresó á otro: tuvo *tres hijos*, que reconoció á su modo, pero que no les trató, sepultando á uno de ellos en un calaboso, solo porque le pidió en su cumple años, como gracia, el alivio ó libertad del que fué su maestro, y estaba en prision, etc.

12. Nó: No obstante recordaremos, que en su edad adulta fué tres veces maltratado á palos por rivalidad y pretensiones amorosas por un jóven Arias, argentino. Vicente Cabaña, paraguayo y padre de familia, y Manuel Pabor, id, id. Del primero se ha dicho que fué asesinado, siendo Francia dictador y atribuídosele á éste el asesinato: el segundo fué desterrado á una nueva poblacion, cerca de unas de las fronteras del Perú con toda su larga familia, y el tercero puesto en prision, arrastrando cadenas y destinado á trabajos forzados. A mas, habiendo solicitado casarse con una niña de familia distinguida, fué rechazado, lo que se ha dicho, le contrarió bastante. La niña casó despues, y Francia manteniendo un ódio tenaz

(á) Debíó decir tambien, rencoroso y vengativo.

durante todo su gobierno, se vengó de la familia de la niña y en su esposo con prisiones, fuertes multas, y fusilamiento de este último despues de 14 años de una prision cruel.

13. No se recuerda: Tendria mas de 40 años cuando murió el padre: respecto á la madre no se hacen recuerdos.

14. No se sabe, mal cuidaba su salud en un todo.

15. Al juego bastante, antes de ser dictador.

16. Fué siempre de mal carácter y misántropo.

17. Nó: Mantenia arrebatos y visiones propias de su hipocondría y misantropía.

18. Su gobierno: mas sin coacion alguna, y consultando su bien eſtar, y sobre todo su conservacion.

19. Hidropesía: en pocos dias de gravedad.

20. Variable: irascible, como agradable, segun el estado atmosférico.

21. Ninguna: ateo é ilustrado.

22. Ninguna: vean contestacion 11.

23. Nó: su gravedad conocida de pocos dias.

24. No se recuerda: tal vés de 30 años aproximativamente.

Es conforme á recuerdos y noticias de tradicion.

AL ALCALDE PROVINCIAL DEL PRIMER VOTO

El Dr. D. José Gaspar Francia y Velascó, hijo legítimo del capitán miliciano de artillería, Dr. Garcia Rodriguez y Francia y de Da. Josefa Velasco, finada ante V. m., conforme á derecho comparezco y digo que á mis derechos conviene dar informacion plena de mi genealogía y conducta y para ello suplico á la justificacion de V. m. se sirva recibírmela con citacion del Sr. Procurador Síndico

General de ciudad, examinando bajo juramento los testigos que presentare, al tenor de las preguntas siguientes:

Primeramente, digan si conocen al dicho Garcia Rodriguez de Francia, y si conocieron á Da. Josefa de Velasco, al Dr. Mateo Félix de Velasco y á Da. María Josefa de Yegros y Lédema, y si son comprendidos en las generalidades de la ley?

It. Digan si les consta que el espresado Dr. Garcia Rodriguez Francia fué casado y velado segun mandato de la Santa Madre Iglesia con dicha Da. Josefa de Velasco, y si de ese matrimonio fué habido, y procreado legítimamente, y soy tenido, y reputado de público, y notorio por tal hijo legítimo de ellos?

It. Digan, si saben y les consta, que la dicha Da. Josefa de Velasco fué hija legitima de los espresados D. Mateo Félix de Velasco, y Da. Maria Josefa de Yegros de público, y notorio?

It. Digan, si les consta que la estirpe de los Yegros es una de las mas nobles de esta provincia de público, y notorio?

Id. Digan, si les consta que el referido D. Garcia Rodriguez Francia, desde muchos años hasta la actualidad ha servido, y está sirviendo en las milicias de esta provincia en el grado de capitan de artillería de ellas con desempeño de su empleo?

Id. Digan, si me conocen de trato y comunicacion, y si les consta, que desde que vine de la Universidad de Córdoba he cargado hábitos talaes, vistiendo discretamente y si mi conducta moral ha sido irreprochable sin haber dado la mas mínima mala nota de mi persona, antes sí mucho buen ejemplo con mi recogimiento y sujecion en casa, obediencia y veneracion á mi padre?

Y evacuada esta informacion se ha de servir la inte-

gridad de V. m. pasar vista de ella á dicho Sr. Procurador General, consecutivamente ponerla en mano del Ilustre Cabildo para que se sirva esponer en el asunto cuanto tuviere conveniente en obsequio de la verdad y de la justicia.

Por tanto:

A V. m. pido, y suplico se sirva haberme por presentado y recibirme la ofrecida informacion, proveyendo en lo demas, segun, y como llevo pedido en justicia, y juro por Dios y una Cruz no proceder de malicia, sino porque así cumple á mis derechos etc.

Dr. José Gaspar Francia.

Asumpcion, Marzo veinte y seis de mil setecientos ochenta y siete. Por representada. Recíbese á esta parte la informacion que ofrece, precediendo citacion del Síndico Procurador General de ciudad.

Francisco Olegario de la Illoxa.

Ante mí—

Manuel Benitez,
Esc. Pco. de Gob. y Cdo.

En veinte y siete del mismo, cité en su perzona á D José Gonzalez Rios, Síndico Procurador General para la informacion prevenida y firmó de que doy té.

Josef Gonzalez Rios.
Benitez.

En la ciudad de la Asumpcion del Paraguay, en veinte dias del mes de Julio de mil setecientos ochenta y siete años en consecuencia del auto que antecede, presentó

la parte por testigo de su informacion á D. Martin de Azuaga, de quien por ante mí recibió su juramento y lo hizo por Dios Nuestro Señor, y una señal de Cruz encargo del cual prometió decir verdad de lo que supiere y fuere preguntado: en cuya consecuencia se procedió á examinarlo por los puntos del interrogatorio y responde:

A la primera que conoció al declarante á todos los contenidos en esta pregunta de trato y comunicacion é igualmente á D. Garcia Rodriguez Francia, con quien no es comprendido en las generales de la ley.

A la segunda, dijo que es público y notorio en ésta ciudad, que la finada Da. Josefa Velasco fué casada legítimamente, segun ritos de Nuestra Santa Madre Iglesia, con el contenido D. Garcia Francia, de cuyo matrimonio fué habido y procreado el Dr. D. Gaspar Francia, lo cual es público y notorio en ésta sin voz en contrario.

A la tercera dijo, que igualmente es constante en ésta, que la referida finada Da. Josefa de Velasco fué hija legítima de D. Mateo Félix de Velasco y Da. Maria Josefa Yegros, quienes fueron casados en ésta legítimamente, la cual le consta de positivo.

A la cuarta dijo, que el declarante ha tenido por nobles y de distinguida sangre á la estirpe de los Yegros y por tal ha sido conocido por todos generalmente sin voz en contrario.

A la quinta dijo, que del mismo modo le consta de positivo que D. Garcia Rodriguez Francia es y ha sido de muchos años á esta parte Capitan de artilleria en ésta, sirviéndolo con exactitud y eficacia cual exige su conocida conducta y celo al real servicio.

A la sesta y última dijo, que ademas de que el declarante conoció al presentante anteriormente de pasar á la ciudad de Córdoba á seguir sus estudios y aun

desde su niñez, en cuyo tiempo lo reconoció por de arreglada conducta sujeta en su natural, mucho mas ahora que regresó de la Universidad, viviendo en casa de su padre, sujeto á sus órdenes y por consiguiente irreprochable su conducta, sin notársele el mas mínimo defecto, ántes sí por el contrario adornado de virtudes que han sido dignas de las mayores atenciones: siendo igualmente cierto que se viste con hábitos talaes todo lo cual le consta que es positivo por haberlo presenciado y palpado por la continua frecuencia de la llegada á su casa.

Igualmente lo dicho y declarado es la verdad en cargo del juramento, etc. etc. etc.

Francisco Olegario de la Illoxa.

Martin de Azuaga.

Ante mí—

Manuel Benitez,

Escribano de Gobierno.

En el mismo dia presentó la parte por testigo de su informacion á D. Juan José Bazan de Predraza que hizo las mismas declaraciones que el anterior testigo agregando que conoció al Dr. D. José Gaspar Erancia, que desde que vino de la Universidad de Córdoba ha cargado hábitos talaes vistiendo discretamente y que su conducta moral ha sido y es irreprochable dando mucho buen ejemplo con su recogimiento y sujecion en su casa, obediencia y veneracion á sus padres: haciéndose admirable su prudencia en los pocos años que cuenta: y que á mas de esto el declarante ha reconocido íntimamente en el dicho doctor una vasta ciencia en letras

divinas y humanas y un génio apacible y amable y una grande aplicacion á las letras.

Ante mí—

Manuel Benitez.

En la misma fecha se presentaron D. Juan Bautista Goyxí, D. Juan Bautista Cañiza, D. Fernando Fernandez de la Mora, D. Antonio M. Viana y D. Juan José Echeverria y declararon ser cierto lo dicho por los anteriores testigos.

Ante mí—

Manuel Benitez.

Asumpcion, Agosto 3 de mil setecientos ochenta y siete años. Mediante á no presentar la parte mas testigos, dáse por concluida la informacion pedida: corra traslado de ella al Síndico Procurador General para que esponga sobre ella lo que convenga á favor del público.

Illoxa.

Ante mí—

Manuel Benitez.

En el mismo dia entregué en traslado estos autos al Síndico Procurador General con ocho fojas hábiles; de ello doy fé—

Benitez.

Sr. Alcalde ordinario de 1^r voto.

El Síndico procurador de ciudad, aviendo visto la informacion precedente sobre la limpieza de sangre y buena conducta de el Dr. D. Josef Gaspar Francia, yjo

legítimo del Capitan de Artillería D. Garcia Rodriguez Francia y de Da. Josefa Belasco, Besinos de esta Ciudad dise que no encuentra cosa alguna que oponer contra ella y en subirtud seservirá la Integridad de Vm. aprobarla en Justicia que pido.—Assumpcion y Agosto 4 de 1787.

Josef Gonsalez de los Rios.

Assumpcion y Agosto ocho de mil setecientos ochenta y siete. Mediante aque la parte á espuesto verbalmente en este Juzgado no sérle necesaria la remision de este espediente al Ilustre Ayuntamiento: atenta la conformidad del Síndico Procurador General á la informacion vencida por el Dr. D. Josef Gaspar Francia.

Apruébase en todas sus partes y para su mayor validación interpongo en ella mi autoridad y sindical decreto, y mando se le entregué originalmente á la parte como lo tiene pedido dándosele testimonio si lo pidiere y pagando las costas de lo acordado.

Francisco Olegario de la Illoxa.

Ante mí—

Manuel Benitez.

Al Señor Intendente y Capitan General:

El Dr. D. José Gaspar Francia, Clérigo de Menores Ordenes ante V. S. en la forma, que hará lugar parezco, y digo: que por disposicion de V. S. como Vize Real Patrón, del Ilustrísimo Señor Obispo ocupé la Cátedra de Latinidad de los Estudios del Real Colegio de esta Ciudad, en cuio Ministerio servi por espacio de siete meses poco mas ó menos sin interés alguno, como es constante, y por promover únicamente la enseñanza y adelantamiento de la juventud. Y siéndome conveniente

tener un Documento justificativo de este Mérito: Suplico al Celo de V. S. se digne darme una Zertificacion de todo lo referido, ó de lo que V. S. en el Assumpto tuviere por conveniente en Justicia. Por tanto A. S. pido y suplico, etc., etc. etc.

Dr. José Gaspar Francia

D. Pedro Melo de Portugal, Coronel de Dragones de los Reales Ejércitos; Gobernador Intendente y Capitan General de esta Provincia.

Certifico ser cierto que el suplicante ha servido en el Real Colegio de San Carlos de esta Ciudad de Catedrático de latinidad sin sueldo ni gratificacion alguna en los términos y por los tiempos que se refiere en el anterior escrito, y á pedimento de la parte doy la presente firmado de mi mano sellado con el sello de mis armas y refrendada del *infra escriptos* Escribano y Notario Público en S. M. y Gobierno. En la Assumpcion del Paraguay á trece dias del mes de Agosto de mil setecientos ochenta y siete.

Pedro Melo de Portugal.

Ante mí—

Manuel Bachicas.

El Dr. D. Antonio de la Peña Dignidad de Arcediano de esta Santa Iglesia Catedral, y Cancelario Director de los Estados de este Real Colegio de San Carlos.

Certifico á todos los tribunales donde esta fuere presentada, que por disposicion del Vice Patrono Real de esta Provincia y del Ilustrísimo Señor Óbispo estuvo el Dr. D. José Gaspar Francia el año próximo pasado enseñando

latinidad en las aulas de dicho Colegio, cuyo ministerio á mas de servirlo sin concepto á donacion alguna por espacio de siete meses, desempeñó cumplidamente y con adelantamiento de los respectivos estudiantes, así en su enseñanza como en su buen ejemplo. Y por ser así verdad doy esta certificacion á pedido de dicho Dr. en la Assumpcion á 2 de Agosto de 1787.

Dr. Antonio de la Peña.

GUILLERMO BROWN

Soledad absoluta durante veinte años—Ideas de persecucion—Valor del testimonio del alienado, á consecuencia de un atentado cometido contra él mismo

En los alrededores de Troyes, existe una propiedad bastante estensa, conocida bajo el nombre del pequeño Castillo de Saint-Pouange. Allí habitaba en 1846, desde hacia veinte y cinco años, y en una soledad absoluta, el individuo G., antiguo impresor.

Su morada, verdadero castillo-fuerte, completamente aislado; estaba defendido por una triple cintura de muros, fosos y barreras. En la gran puerta de entrada, se leía con sorpresa esta inscripcion: *Franc-fief de droit naturel*; (1) y si algun viajero se presentaba mostrando deseos de visitar la habitacion, veia derrepente levantarse el puente levadizo, y una voz vibrante pronunciaba estas palabras: « Deténte, ciudadano, respeta mi propiedad! ¿Quién eres? ¿Qué quieres? »

Esta era la voz de G., anciano de setenta y seis años, atacado de enagenacion mental, á causa de una

(1) Propiedad de derecho natural.

singular exaltacion de ideas, sobre todo de aquellas tocantes á la religion, la política, la justicia y las relaciones sociales.

Adorador fiel del sol, enfurecíase, cuando la campana de la próxima aldea llamaba á oracion.

Cuando soplabá el viento violentamente, era por culpa del cura de la aldea, *con intenciones maléficas á su respecto*. Jamás comía carne, y tenia horror á las ropas tejidas con lanas ó materias animales; llevaba siempre una espada al cinto para herir á sus enemigos.

El 23 de Agosto de 1843, G..... fué asaltado en su fortaleza por cuatro malhechores, quienes despues de amordazarle y atarle, robáronle cuanto pudieron.

Habiéndose presentado al castillo algunos agentes de la autoridad, con el fin de inquirir detalles sobre el suceso, no quiso dejarles penetrar en él, declarándoles desde el torreón, que haria conocer lo que le habia sucedido por medio de un diario.

Y en efecto, mandó una circunstanciada carta al *Journal de l'Aube*, que fué leida en la sesion del Tribunal. Los acusados fueron condenados, contribuyendo para ello en mucho, la deposicion escrita por G.....

COSTUMBRES USUALES Y HÁBITOS DEL ALMIRANTE DON GUILLERMO BROWN—RELATADOS POR SU CAMARERO Y MAS TARDE SU ABANDERADO S. S. R. G.

Era el General Brown, un hombre sóbrio, metódico en sus manjares, modesto en su traje usual, aceado y religioso ferviente en sus creencias católicas.

Se levantaba de cama siempre antes de salir el sol: pues jamás durante el tiempo que con él serví, pude notar esta falta de costumbre.

Su primer paso al levantarse, era dirigirse á su mesa privada, donde su despencero debia tener de pronto la tetera de té teñido el mas fuerte posible: Pues para dos tasas, él ordenaba se le echara dos cucharadas de sopa: que mas tarde él mismo las media en una tapa de un tarro de lata para ser exacto en la cantidad y no dejar al despencero que aumentara ó disminuyera la cantidad; y por igual medida de dos tasas y media de agua hirviente debia condensar el té: Si estaba en el puerto le agregaba al té al tomarlo dos cucharadas de sopa con leche no dejandola jamás hervir: Y si estaba en viaje, lo tomaba solo, sin agregarle ningun espíritu, pues era enemigo de las bebidas espirituosas; en este orden tomaba su té diariamente tres veces al dia: Al levantarse, á la una en punto del dia, y á las siete de la tarde en verano ó á las cinco en invierno, esto con toda exactitud en la hora.

Mientras él tomaba el té, su despencero tenia que estar allí parado é inmediato hasta que él terminara; despues le ordenaba se sirviera él del mismo té que quedaba en la tetera agregándole nueva agua; y terminado mandaba lavar bien la tetera, no haciendo jamás uso del té usado poniendo el General especial cuidado en que la tetera estuviera siempre bien limpia al ponerle el té.

Terminado que fuese el tomar su té, subia en cubierta, y su despencero procedia á la limpieza de su cámara, pasando el cepillo á jabon y arena en el piso de tabla, sacudir su ropa y si el tiempo era bueno traer á cubierta su colchon y cobertores para ventilarlos, y de ser tiempo malo en la misma cámara en una cuerda tirante abriendo las claraboyas ó portisuelas de popa para ventilacion de su dormitorio.

A las 8 en punto de todas las mañanas fuese el tiempo cual se fuese (aun bajo de temporal) debia estar su almuerzo en la mesa, consistiendo en un bife á la inglesa

algo crudo, con papas que él mismo las pelaba y en plato aparte su tarro de mostaza inglesa destirada con vinagre y una pequeña dosis de sal que él mismo preparaba todas las mañanas en la cantidad que usaba en el acto mismo de estar en la mesa: Si habia huebos tomaba tres huebos pasados por agua, muy blandos colocados en una huebera ó en un vaso por lo general: tomaba al concluir su almuerzo unas tajadas de pan con manteca ó de galleta, cerrando su almuerzo con un vaso de vino de oporto ó madera; desviándose de las costumbres inglesas de tomar el té ó café despues del almuerzo.

En viaje y fuera de puerto, su almuerzo solo se diferenciaba en la carne fresca, ó en los huebos si no los habian, superando estas faltas con tomar jamon, ó tocino de holanda frito, en este caso agregaba á este manjar los incurtidos ingleses que bienen en tarros.

A las doce, con la misma exactitud, debia estar la mesa puesta con la comida, que por lo general era frugal, pues el General á medio dia era de bastante alimentacion: la sopa de su predileccion en el puerto cuando habia carne fresca era de cebada inglesa de la mas fina, lo que los ingleses llaman (pe-sup) y en biage con la carne salada que por lo general solo se cose con el tocino inglés, la alberjilla holandesa: Que es una sopa sustanciosa y se anolda al buen gusto con el tocino.

Los demas platos en carne fresca: el asado á la inglesa en un gran pedazo hecho al horno económico algo crudo hasta salir de su interior la sangre, con papas y bastante salsa sustraído de la misma carne; y en biage la suplantaba con un gran pedazo de carne salada de Holanda, con papas cocidas en el órden ya indicado que debian venir á la mesa naturales con otros platos que es inoficioso detallar que lo que antecede lo refiero para demostrar que este hombre, á pesar de su larga residencia en este

pais conserbava sus costumbres en alimentacion y usos los de su primitiva patria; tomando siempre por postre el bodin cocido de harina con pasas de Corinto y sus ingredientes de composicion de coñac, grasa de baca y una pequeña dosis de azúcar, que hecho en una masa flegible envuelta en una limpia toaya de algodón, que es preferible al hilo se cose solo en una bacija hirviéndolo bastante hasta estar bien cocido se ponía en la mesa caliente el cual con una salza preparada para mezclarlo en la cantidad que comia compuesta de vino de oporto ó gerez era su manjar agradable como postre, pues nunca hacia uso del dulce, pues solo alternaba algunas veces con el queso inglés. Del sobrante del bodin pues por lo general era de tres libras de peso, á la tarde él hacia su sena con tajadas delgadas del mismo bodiu fritas en manteca inglesa de cuñete, las cuales bien tostadas las tomaba con el té lo cual en regular cantidad hacia de esto el alimento de sena; no tomando otro alimento hasta la mañana siguiente: Pues durante la noche en aquellas que el General tenia que estar de pié y atender á la navegacion, tomaba una que otra vez una taza de café de oebada inglesa tostada que suple é imita al café de Habana, ó Brasil, siendo mas saludable segun él lo decia: Pues éra enemigo del verdadero café (que decia: Los ingleses me quicieron enbenenar en las Antillas cuando me tomaron prisionero, con este líquido) del cual no daba á las tripulaciones racion de café, y si lo tomaban tenian que comprarlo, que á pesar de no gustarle que la gente lo tomara, no lo prohibia; mas siempre en sus habituales manias del veneno, decia que el café era un veneno.

Esta regla en sus alimentos no la variaba, salvo en aquellas ocasiones que se trasbordaba de un buque á otro por las necesidades del mejor desempeño de las operaciones de guerra; mas como estas eran rápidas y

perentorias, pronto volbia á la Capitana que era su buque predilecto el Belgrano (pues él decia mi Belgrano.)

En su última Campaña naval, fué este buque la Capitana, y solo en la suba del Paraná lo dejó por su mucho calado trasbordándose primero al bergantin Echagüe y mas tarde á la nueve de Julio (Alias Palmar) en la cual mandó la accion de Costa Brava.

Está dicho lo bastante con respeto á la sobriedad de su alimentacion. Pues como está dicho él no veia vedidas espirituosas, mas que el vino muy regular y necesario en el acto de su manjar.

Su modestia en traje y maneras eran singulares: De uniforme solo se le behia el dia del combate, en cuyo acto se presentaba de toda gala, mostrando todas sus condecoraciones, su elástico, y su invicta espada, terminada la accion, tornaba el General á su hábito usual, distinguiéndose solo en su gorra de galon á lo marino, la cual no avandonaba, de su cabeza aun bajo del agua y el temporal, cambiándola así cuando el agua ya la hamedecido á fin de conservar siempre su cabeza seca.

Sus órdenes, como todas sus relaciones con sus subalternos eran siempre afables: Revelando la modestia: Y solo en los casos imperiosos del servicio era enérgico y terminante revelando su autoridad.

Religioso en sus creencias católicas, sin imponerlas á bordo á nadie; por cuanto cada uno las observaba segun su conciencia: No se usaba como en otras armadas extranjeras en las cuales á los domingos tienen establecido horas de misa, segun las religiones de Estado; Brown al domingo, dejaba que su tripulacion lo observara como mejor fueran sus creencias religiosas; así era que en ese dia la gente fondeaba el Puerto á tan solo se le obligaba á vestir de limpio, y á la Oficialidad con el mejor traje; al buque lo diferenciaba con cruzar sus bergas de juanete,

enarbolar la mejor y mas grande de la bandera como igualmente la corneta de su insignia: No permitiendo ningun trabajo á bordo esceptuando á aquellos que en órden á la seguridad suprema que se hacen necesarios á las naves que flotan sobre el agua.

El General en estos dias se le behia contraido en su Camarote ó Cámara distraido en lecturas religiosas; y si subia en cubierta se paseaba al costado estibor solo, muy rara vez hablaba con nadie. A mas de estos hábitos religiosos, sabido es que él hacia donacion mensual de una parte de sus haberes á las Monjas Catalinas; á las cuales hacia esta donacion en aras de sus creencias, teniendo especial empeño en que se les entregara aunque sus sueldos no hubieran salido de Tesoreria. Algunas veces el que relata estos apuntes le ha oido decir que aquellas mujeres confinadas en un Claustro eran mas dignas de su aprecio que muchas de las que en las calles lucian su lujo.

A mas de esto tenia por costumbre al acostarse, fuese á la hora que fuese se percinaba.

Su dormir era aveces tranquilo, notándose algunas veces, y siempre como signo de su proxima mania, que algunas noches era muy soñador; al extremo de alarmar á su camarero: Una de estas noches el referido despencero se acercó en puntas de pies á la puerta de su Camarote á escuchar un monótono dialogo que decia medio dormido: Porqué Dios mio permitis que me envenenen.

Su despencero creyéndolo despierto guardo sigilo, pero observó que al instante seguido calló y roncaba como totalmente dormido y no se notó hasta la siguiente mañana ninguna alteracion en el sueño. Al amanecer de esa noche, al aclarar el General se levantó precipitadamente. no quiso tomar su té, y se espresó de esta manera: A

Vordo hay envenenadores: Yo los voy á castigar, esto diciendo se paseaba en su Cámara; y en estos instantes saliendo de su Camarote de la segunda Cámara el Oficial Alvaro Alzogaray que hacia entonces de su Secretario, y fué entonces cuando lo mandó encerrar en su alcoba arrestado á pan y agua como ya está referido por el mismo autor de estas líneas, y comprobado por cartas existentes del finado Coronel Toll á este respecto.

Creo ser lo suficiente, y no abundar en este relato; Dejo al estudio de una autoridad mas competente las observaciones filosóficas, que agregados estos relatos á lo ya hechos sobre sus manias que tanto han dado que hablar al estudio del espíritu del alma de este hombre cuya vida en sus dos tercios consagró en Cuerpo y alma en servir á su patria adoptiva la «*República Argentina.*»

Los hijos de esta tierra sabran algun dia estimar los importantes hechos de armas con qué él contribuyó á afianzar la existencia de la Nacion.

Los filósofos se encargarán de la parte moral y espiritual de su alma: A mi solo me compete decir: Que lo consideré y le tributé respeto 1^o por su valor é intrepidez—2^o—por cualidades en partes desarrolladas, y por mi reconocidas practicamente como testigo ocular—3^o—por los sentimientos venébolos de humanidad: Por cuanto jamas ejerció actos de tirania, aun con sus enemigos. Es el único tributo que á mi me compete rendir á su memoria:—1^o Por patriotismo Argentino por sus relevantes servicios 2^o—Por ser un deber tributar respecto á los hombres á cuya alma se amoldaba la de Guillermo Brown.

Buenos Abril 14 de 1881.

S. J. R. Gonzalez.

INDICE

LA MELANCOLIA DEL DR. FRANCIA

CAPITULO I

SUMARIO—Juicios sobre el dictador Francia emitidos por diversos autores: Rengger y Longchamp, Moreau de Tours, etc.—Los padres de Francia—Su origen y antecedentes—La niñez—Primeros síntomas de locura—Incidentes íntimos—D. Martin Arámburu—En la Universidad de Córdoba—Influencia de la educación que recibió allí, sobre su enfermedad—Qué era la Universidad de Córdoba y cómo pudo influir de una manera tan poderosa?—El Colegio de Monserrat—Opinion de Funes—Influencia de la educación en el desarrollo de los trastornos mentales—Como iba acentuándose su melancolía—Síntomas avanzados—Episodios de su vida de colegial—Contestura moral de los educandos de Loreto y Monserrat—Sus entretenimientos—Otros síntomas..... 9

CAPITULO II

SUMARIO—Llegada de Francia al Paraguay—Nuevos síntomas—Ataques de hipocondría—El Dr. Gauna—Retrato de Francia—Sus trajes—Sus hábitos—La organización interna de su casa—Acentuación de su enfermedad—Accesos de furor—Sus sobrinos y su hermana—La dispepsia—Efectos de la Dispepsia sobre su espíritu—Síntomas neuropáticos de los dispepticos—Delirio de las persecuciones—Defallecimiento de sus facultades—La *Cámara de la Verdad*—Sus sueños mórbidos—Efectos de ellos—Su constipación habitual—La melancolía termina su evolución—Derrame seroso—Decrepitud—Muerte de Francia—Estigarribia—Sultán..... 35

CAPITULO III

SUMARIO—Los íntimos—Los chambelanes—Los heraldos y los verdugos—Bejarano—El médico Estigarribia, su retrato, su vida y sus talentos—La terapéutica de las enfermedades de Francia—Sus insomnios y su constipacion—Preocupaciones de Estigarribia—Patiño—Sistema penal de Francia—El gabinete de estudio—Su ama de llaves—El perro Sultan—El negro Pilar—Los cuervos—Estravagancias dolorosas—Matanzas de perros—Ejecuciones—Servilismo—Sus únicos amigos—Minuciosidades administrativas—Conclusion.....

EL ALCOHOLISMO DEL FRAILE ALDAO

CAPITULO IV

SUMARIO—Efectos del alcoholismo—Casos notables—La dipsomanía, su orígeu, su rol en el alcoholismo crónico—Dipsomaniacos célebres—Impulsiones irresistibles—La antropofagia—El alcoholismo y la parálisis general—La embriaguez en Europa, según las últimas estadísticas—Los trabajos de Magnus Huss—Influencia del alcohol sobre ciertos acontecimientos políticos—Salomon y la Mazorca—El consumo de alcohol durante la tiranía de Rosas—Quiroga—Francia—Artigas, etc, etc, etc.—La dipsomanía del Fraile Aldao—Sus enfermedades físicas—Su origen y sus primeros años—Guardia-Vieja—Importancia médica de este acontecimiento—Cómo obraba el alcohol en el Fraile—Episodios de sus borracheras—Exaltaciones maniacas—¡Sangre! ¡sangre!—Depresion moral—Enbrutecimiento—Alucinaciones—Muerte del Fraile.....

EL HISTERISMO DE MONTEAGUDO

CAPITULO V

SUMARIO—Predisposicion del organismo para los trastornos de la invasión—Letourneau—el hombre nutritivo—el hombre moral—el hombre sensitivo—Tem-

peramentos—Principios de la Histéria—Descripción—Resúmen de su sintomatología—La educación y la posición social—Rasgos histéricos de Monteagudo—Su esmero y cuidados en el arreglo de su persona—Su tipo—Retrato hecho por el Dr. Lopez—Sensualismo histérico—Sibaritismo—Su contestura moral según el autor de la Historia de la Revolución Argentina—Sus excesos—Su manera de vivir—Síntomas múltiples del lado de la inteligencia—Falta de síntomas físicos—Escasez de datos con respecto á su vida privada—Su hijo—Sus trajes, etc. etc. 123

CAPITULO VI

SUMARIO—Rasgos fundamentales de la historia—La movilidad de ideas, la volubilidad de sentimientos, la estremada escitabilidad del sentido genésico—La Grasser tipo de la histérica consumada—su vida—su enfermedad—Cuáles eran los síntomas capitales que predominaban en Monteagudo—Monteagudo monarquista y aristócrata—Monteagudo demagogo—Monteagudo republicano—demócrata, monarquista nuevamente, etc., etc.—Brusquedad de sus cambios afectivos—Odios y amores brutales—Descensos súbitos de su nivel moral—Exaltación de su sentido genésico—Antecedentes históricos—Como entendía Monteagudo el amor—Sus fantasías—Sus olores y sus plantas favoritas—Terapéutica de su enfermedad—El café y el agua fría 145

DELIRIO DE LAS PERSECUCIONES

DEL

ALMIRANTE BROWN

CAPITULO VII

SUMARIO—Síntomas prodrómicos de la melancolía—La *hipocondría corporal* y la *hipocondría mental*—Fisiología de los melancólicos—El delirio de las persecuciones es una manifestación frecuente de la melancolía—Temores nosomaniacos—Análisis de enfermedades imaginarias—Cómo principiá

Brown á sentirse perseguido—Las primeras extravagancias—Patogénia del <i>delirio de las persecuciones</i> —Opiniones de Legrand du Saulle—El cocinero de Brown—La casa del Almirante—Episodios de su vida—Esplosiones de perseguido—El veneno—Las persecuciones del gobierno inglés—Sus complots—Diagnóstico de D. Juan Manuel—El <i>viejo Bruno está loco</i> —Alucinaciones del oído—Situaciones dolorosas—En su castillo—Sus preparativos para resistir ataques de enemigos imaginarios.....	175
---	-----

CAPITULO VIII

SUMARIO —Frecuencia del delirio de las persecuciones—Estadística de los autores franceses—Etiología del delirio—Edad, sexo, profesiones—Causas—Herencia—Grandes disgustos y grandes privaciones—Otras causas—Primeros años de Brown—Antecedentes de familia—Predisposicion de familia—El hambre en Irlanda—Efectos del hambre—Predisposicion de raza—Prision en Verdun y en Metz—Sus desgracias y sus grandes disgustos antes de venir al Rio de la Plata—Enfermedad al higado—Ultimos años de decrepitud—Encierro—Influencia de las enfermedades del vientre en la produccion del delirio de las persecuciones—Fin	211
--	-----

LAS PEQUEÑAS NEUROSIS

CAPITULO IX

SUMARIO —Frecuencia de las pequeñas neurosis—Encuentros inesperados—En medio de la luz—La pequeña neurosis del amor—Los seductores—Los pintores—Los literatos—etc. etc.—La neurosis de las aptitudes negativas—Ejemplos conocidos—Opiniones de Ball y de Luys—Patogénia de las pequeñas neurosis—Resortes ocultos—Alteraciones parciales—Rivadavia—Olavarria—Quiroga—Lafinur—etc. etc. etc.—La enfermedad de Pascal—El terror de los espacios—Variedades.....	237
--	-----

